

MARIO RAPOPORT

# Tiempos de crisis, vientos de cambio

---

*Argentina y el poder global*



**Grupo Editorial Norma**

*Buenos Aires, Barcelona, Bogotá, Caracas, Guatemala, Lima, México,  
Panamá, Quito, San José, San Juan, San Salvador, Santiago*

## 1.1 LA GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA: IDEOLOGÍAS, REALIDAD, HISTORIA\*

*Cuando pienso en la brevedad de mi vida,  
perdida entre el eterno antes y después,  
el pequeño espacio que ocupo, y que incluso veo,  
inmerso en la infinita inmensidad de espacios que ignoro,  
y que a su vez me ignoran, tengo miedo,  
y me asombra estar aquí y no allá...  
Tengo miedo del silencio eterno de estos espacios infinitos.*

BLAS PASCAL

En este fin del siglo XX la opinión pública, abrumada por las formas a menudo simplistas de una corriente de pensamiento económico claramente predominante en los círculos académicos y dirigentes y por la abundancia de una información mediática que desborda las posibilidades del análisis individual, procura comprender el presente desde el presente mismo e imagina muchas veces el futuro desde un punto de partida anclado en el hoy como en una postal inmóvil.

Se vive así un “presente permanente”, con ideas “fuerza” que marcan el camino y están alejadas de todo examen ponderado de la realidad, la cual sólo tiene sentido si incorpora lo negado, es decir, el flujo de la historia.

---

\* Agradezco la colaboración de Lidia Knecher y Claudio Spiguel. Revista *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, N°12, 1° semestre de 1997, pp. 3-42.

Es cierto que nos hallamos en un momento especial, en un punto de inflexión, y que siempre en estos casos la humanidad parece asistir a un nuevo nacimiento. Si seguimos a Hobsbawm, el siglo XXI ya había comenzado, casi diez años antes de lo previsto. Para el historiador británico, el “largo” siglo XIX se extendió desde la Revolución Francesa a la guerra de 1914, mientras que el “corto” siglo XX se inició en ese conflicto bélico y murió con la caída del bloque soviético, en 1991. Fukuyama tendría razón, entonces, si en vez de hablar del “fin de la historia” se hubiera limitado modestamente a señalar el fin del siglo XX.<sup>1</sup>

Giovanni Arrighi, en cambio, considera más acertado iniciar el siglo que aún vivimos en la expansión financiera de fines del XIX, que marcó el comienzo de la decadencia de la hegemonía británica y el ascenso económico y político de los Estados Unidos (y también de otras potencias europeas). En vez de un siglo XX corto prefiere hablar de un “largo siglo XX”, cuya coronación es el actual proceso de globalización económica y financiera.<sup>2</sup>

Podemos discutir cuándo se abre un período histórico y se cierra otro, pero esto no es suficiente para entender lo que pasa; es necesario examinar también, bajo la superficie, cuáles son las condiciones históricas de este cambio y en qué medida podemos extraer algunas certidumbres para el presente y el futuro.

En otras palabras, analizar qué líneas de continuidad existen con el pasado cercano y con otros más remotos, qué es lo que ha desaparecido o está en vías de desaparecer para siempre y qué constituye propiamente lo nuevo en la esfera de lo económico, lo social, lo político, lo internacional y en la de las ideas, mentalidades o sentimientos.

---

1 Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, 1995; Francis Fukuyama, “The End of History”, en *The National Interest*, verano de 1989.

2 Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century*, Londres, 1994.

## La globalización: un concepto contradictorio

A fines de los años sesenta, Marshall McLuhan mencionaba por primera vez el *global village*, el mundo transformado en una gran “aldea” o “comunidad” globalizada a través de los nuevos medios de información y, en particular, de la televisión.<sup>3</sup> La revolución de las comunicaciones, con la utilización de los satélites y la aparición de la informática, crea redes audiovisuales, interactivas, de bases de datos, etc., que, multiplicadas en los últimos tiempos por la difusión de Internet, permiten a los hombres “navegar” por océanos de información de un lado al otro del globo sin moverse de sus computadoras. El mundo se transforma en un espectáculo donde la realidad “virtual” supera la realidad misma.<sup>4</sup>

Consejero de Seguridad del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski, en otro libro de mucha difusión, prefería hablar de “ciudad global”, cuyo sentido le parecía más adaptado al de la sociedad internacional que el de “aldea”, que tiene connotaciones más comunitarias.<sup>5</sup>

Para él, los Estados Unidos se transforman así en la primera sociedad global de la historia, retomando, quizá sin saberlo, los conceptos acuñados por Braudel y Wallerstein para la Europa de los siglos XV y XVI. Los conceptos de Brzezinski, sin embargo, estaban más vinculados a la geopolítica de la “Guerra Fría” que a una acepción puramente económica o tecnológica. En contrapartida con la sociedad norteamericana, el mundo comunista era incapaz de absorber esas nuevas tecnologías (la centralización burocrática creaba una irracionalidad en el uso de los recursos que no existía en las

---

3 Marshall McLuhan y Quentin Fiore, *War and Peace in the Global Village*, Nueva York, 1969.

4 Cf. Nicholas Negroponte, *Ser Digital*, Buenos Aires, 1995.

5 Zbigniew Brzezinski, *Between Two Ages, America's Role in the Technotonic Era*, Nueva York, 1970.

economías capitalistas); la globalidad se asociaba así con la nueva modernidad frente a un universo cerrado y decadente.

La caída del Muro de Berlín cambió el sentido de las preocupaciones de los primeros teóricos de la “globalización”; los nuevos procesos tecnológicos aparecen ahora como factores decisivos para la conformación de los mercados “globales” (financieros, comerciales, productivos y de servicios) en un mundo dominado totalmente por las economías de mercado.<sup>6</sup>

Esta visión de un mundo “globalizado”, aun antes de ser verificada en la realidad, plantea distintos dilemas que procuraremos sintetizar brevemente.

La primera cuestión se refiere a la “profundidad” histórica del fenómeno. ¿Es un proceso reciente, de los últimos treinta o cincuenta años, cuyo origen se encuentra en la aparición de nuevos paradigmas tecnológicos y económicos impulsores de cambios que afectan de manera irremediable las sociedades modernas, o constituye un momento de una tendencia secular que tiene siglos de existencia? En uno u otro caso, ¿estamos en presencia de una etapa de expansión o de crisis?, ¿o vivimos un período de transición de características inéditas en la evolución económica de la humanidad?

El segundo interrogante que se abre es respecto de los alcances de la globalización económica y financiera. ¿Resulta ésta un fenómeno que, aunque abarque todo el globo o al

---

6 Son revistas académicas vinculadas al mundo de los negocios o a la administración, como la *Harvard Business Review*, o a autores de esa disciplina, como K. Ohmae, *Triad Power: The Coming Shape of Global Competition*, Nueva York, 1985, los que popularizaron en los años ochenta el nuevo sentido del concepto de globalización. Octavio Ianni distingue otras expresiones para definir ese concepto, como “fábrica global”, “nave espacial” o “nueva babel”, cf. *Teorias da Globalização*, Río de Janeiro, 1996, pp. 15-24. “Disneylandia Global” o “McWorld” son expresiones más peyorativas.

menos esté en instancia de abarcarlo, se manifiesta principalmente a través de la conformación de bloques regionales que marcan sus posibilidades de extensión y lo hacen más aceptable para los actores económicos, o, tarde o temprano, esos bloques regionales terminarán por sucumbir frente a las realidades del mercado global?

La tercera pregunta que nos surge tiene que ver con la relación entre la esfera económica y la política: ¿se trata esencialmente de un proceso económico que tiende a disolver las barreras políticas (fronteras nacionales, alianzas regionales, etc.) y pone en cuestión los principios que regían hasta ahora la organización y legitimación del poder político en sus distintas instancias espaciales, o es, más bien, una consecuencia de cambios políticos e ideológicos, la caída del modelo soviético y el fin de la Guerra Fría, y sus límites están dados por nuevas configuraciones político-institucionales o de tipo identitario (culturales, étnicas, religiosas, etc.) que todavía no pueden precisarse?

Un cuarto dilema apunta a las consecuencias que la globalización está creando en el tejido social y en el balance de los recursos naturales para las generaciones futuras. ¿Es este proceso un camino irreversible que produce la marginalización de vastos sectores sociales y pone en peligro el desarrollo humano sustentable, o algunas de sus consecuencias actuales o previsibles constituyen, en realidad, el precio que hay que pagar para una transformación de los sistemas productivos que conducirá a un futuro de mayor bienestar colectivo?

Una quinta cuestión nos lleva a interrogarnos acerca de los alcances del proceso de globalización sobre el mundo de las ideas. Aunque algunos hablan del fin de las ideologías, ¿no se está produciendo en cambio una homogeneización ideológica, una manera única de ver el mundo y de actuar sobre él que, desde distintos factores de poder, internacionales y nacionales, y a través del formidable rol de

los medios audiovisuales e informáticos, influye decisivamente sobre el comportamiento de hombres y sociedades?<sup>7</sup>

Para ubicar nuevamente estos interrogantes en un contexto histórico, convendría retornar, por último, a la realidad mundial: ¿hemos salido de una faz de la historia de la humanidad de auge y caída de diversos imperios, con su secuela de guerras y trágicos conflictos y marchamos ahora hacia la configuración de un “gobierno mundial” cuyos alcances positivos o negativos aún no podemos determinar?<sup>8</sup> ¿O, por el contrario, se trata nada más que de un nuevo orden internacional, con su trama de interdependencias complejas y asimétricas, que no ahorrará a los habitantes del mundo la existencia de nuevos o clásicos conflictos entre comunidades humanas de distinto tipo, incluyendo los Estados nacionales?

En verdad, es improbable que la mayoría de estos interrogantes admitan respuestas simples. Un punto de partida para acercarnos a ellas es confrontar los mitos o construcciones ideológicas que predominan en el análisis de teóricos o especialistas sobre la cuestión, con los hechos y tendencias reales verificables en la historia y en el escenario internacional actual. A ello nos abocaremos a continuación.

### ¿Crecimiento o decrecimiento económico?

El primer mito predominante en el pensamiento actual es el de que nos encontramos en un período de crecimiento económico mundial o, al menos, en una etapa de transformaciones

---

7 Cf. Alain Touraine, “La globalización como ideología”, *La Nación*, 22-10-96.

8 Cf. Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Nueva York, 1987; Jean-Baptiste Duroselle, *Tout Empire Périra*, París, 1992; Armand Matelart, “Prêt-à-porter idéologique”, en *Maniere de Voir*, N° 27. París, agosto, 1995, p. 65.

que está produciendo un salto cualitativo de características inéditas en los sistemas productivos. Según el premio Nobel, Robert Lucas, padre de la teoría de las expectativas racionales, "asistimos a una etapa de fuerte crecimiento de la economía mundial". Otros economistas reputados como Gary Becker y Robert Fogel plantean que los mercados emergentes alimentarán en los próximos años ese crecimiento estimulado por la libertad económica vigente, especialmente la de los intercambios.<sup>9</sup> Sin embargo, las cifras de las últimas décadas no avalan tal optimismo: las tasas de crecimiento anual del conjunto de los países más desarrollados experimentaron un fuerte descenso en los últimos treinta años: de un promedio del 4,3% entre 1965 y 1980 a un promedio del 2,2% entre 1980 y 1996. En la década del noventa (hasta 1996) los países de la OCDE crecieron a razón de un 1,5% anual, lejos del 3,5% del quinquenio 1975-1980 y más lejos aún del 5% alcanzado en la década de 1960 y del 4,1% de la década de 1950. En los últimos años, a su vez, los ingresos mundiales por habitante han evolucionado de manera más bien negativa: 1988, 2,7%; 1989, 1,5%; 1990, 0%; 1991, -1,5%; 1992, -1,1%; 1993, -0,1%<sup>10</sup> (véase el Cuadro 1). Aunque a partir de 1994 la economía mundial parece haber encontrado índices de crecimiento más aceptables (especialmente por el mejor desempeño económico de los Estados Unidos) que pueden indicar una reversión de la tendencia, para el primer quinquenio de los años noventa la tasa de crecimiento anual no responde todavía a las expectativas de los organismos económicos internacionales, dado el débil comportamiento de algunas economías desarrolladas y, salvo China y la región

---

<sup>9</sup> Clarín, 2-6-1996, pp. 12-13.

<sup>10</sup> Cf. PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano, 1995*, México, 1995; Naciones Unidas, *Estudio Económico Mundial, 1993*; Bernard Keyser y Laurent Kenigswald, *La triade économique et financière*, París, 1996.

del sudeste asiático, los poco consistentes resultados macroeconómicos que experimentan gran parte de las naciones en desarrollo. Según la UNCTAD, a pesar de que muchos países han logrado superar desequilibrios estructurales y reducir la inflación, las tasas de crecimiento “se han vuelto más erráticas, dentro de niveles que no son suficientes para permitir una plena utilización del trabajo y del capital”.<sup>11</sup> Como señala Thurow, “en dos décadas el capitalismo perdió un sesenta por ciento de su impulso”.<sup>12</sup>

### Cuadro 1

**Tasa de crecimiento del PIB para los países de la OCDE  
1962-1996 (quinquenios)**  
(en %, a precios constantes)

	Alemania	EE.UU.	Francia	Japón	Reino Unido	Total OCDE
1962/1966	4.5	5.2	5.7	9.3	2.9	5.4
1967/1971	4.2	2.5	5.4	9.8	2.8	4.3
1972/1976	3.2	2.9	3.9	5.0	2.8	3.4
1977/1981	2.3	2.9	2.5	4.8	2.0	2.9
1982/1986	1.9	3.8	1.7	3.8	2.9	2.7
1987/1991	3.9	2.2	2.9	4.8	2.4	2.9
1992/1996	1.7	2.5	1.8	1.0	2.2	2.0

Fuente: elaborado sobre datos de OCDE: “Perspectivas económicas de la OCDE”, varios años.

<sup>11</sup> United Nations Conference on Trade and Development (UNCTAD), *Trade and Development Report, 1996*, Nueva York, 1996, p. 9.

<sup>12</sup> Lester C. Thurow, *El futuro del capitalismo*, Buenos Aires, 1996, p. 16.

## Globalización y ciclos económicos

Teniendo en cuenta tales datos, otros autores afirman que nos encontramos, no en una etapa de crecimiento, sino en una fase aún inacabada de depresión larga iniciada con la crisis de fines de los sesenta y principios de los setenta que, con el fenómeno de la stagflación, marcó el fin del modo de regulación keynesiano que había presidido los “treinta años gloriosos” del *boom* de la posguerra.<sup>13</sup> Partiendo de la teoría de los “ciclos largos”, acuñada por el economista ruso Nicolai Kondratieff y popularizada por Schumpeter, nos hallaríamos así actualmente en una fase B, descendente, de la coyuntura económica mundial, que comienza con la crisis de 1967-1973 (devaluación del dólar, crisis del petróleo) y que aún no ha terminado<sup>14</sup> (véase el Gráfico 1, donde se observa claramente la tendencia descendente a partir de los años setenta). Aunque la ortodoxia económica ha criticado la existencia misma de

---

13 Phillippe Gilles, *Crisis et Cycles Économiques*, París, 1996, p. 163. Véanse también Maurice Byé y Gérard Destanne de Bernis, *Relations Économiques Internationales*, París, 1987, p. 772 y ss; Gérard De Bernis, “¿Hay que regular el liberalismo?”, en *Realidad Económica*, N° 141, 1996; Jesús Rivera de la Rosa, “La crisis del mercado mundial como escenario de las alternativas para la economía mexicana”, pp. 229-241, en José Luis Calva (comp.), *Globalización y bloques económicos: realidad y mitos*, México, 1995.

14 Nicolai D. Kondratieff, *Los ciclos largos de la coyuntura económica*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1989 (traducción del ruso de Luis Sandoval Ramírez). Kondratieff, víctima de las purgas stalinianas de los años treinta, sólo analizó los ciclos del siglo XIX y de los primeros años del siglo XX. Cf. Peter J. Taylor, *Geografía política*, Madrid, 1994, pp. 12-14; Agnus Maddison, *Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas*, Madrid, 1992, cap. 4. Debemos preguntarnos si existe alguna señal de reversión de la tendencia como podrían darlo a entender los casi veinticinco años de fase negativa del ciclo. Según el FMI la tasa de crecimiento de la economía mundial para 1996 sería del 3,8% y para 1997 se prevé un 4,1%, lo que indicaría una recuperación. Sin embargo, la estimación de la UNCTAD para 1996 es de sólo un 2,4%. Véanse FMI, *World Economic Outlook 1997*, Washington, DC, 1997; UNCTAD, *op. cit.*

estos ciclos o, al menos, la inconsistencia teórica de algunos de sus postulados, los historiadores económicos, que tienen la dura tarea de confrontar las teorías con la realidad e incorporar las variables que los muchos *ceteris paribus* de los modelos económicos dejan al margen, han sido más entusiastas en verificar esos largos movimientos económicos ondulatorios y asociarlos con fenómenos estratégicos o políticos.<sup>15</sup> De esta forma, aun con sus rasgos distintivos, la actual globalización económica y financiera no sería una novedad histórica y formaría parte de un proceso, o de una cierta etapa de ese proceso, muy característico en el desarrollo del capitalismo. Desde fines del siglo XVIII se podrían identificar cuatro ciclos económicos de aproximadamente cincuenta años, con una fase ascendente (A, de auge) y una descendente (B, depresiva o de disminución del crecimiento) de veinticinco años cada una (las dos grandes depresiones de 1873-1896 y la de la década de 1930 coinciden con esta fase descendente). En la segunda posguerra se iniciaría una nueva fase A, ascendente, que se cerraría con la crisis de los años setenta. Kondratieff estudió diversos indicadores económicos (precios, salarios, producción, comercio exterior) y, en general, y quizá sea lo más interesante de su análisis, las fases A se asocian con procesos de adaptación de cambios tecnológicos y las fases B, donde baja la rentabilidad y se buscan nuevas oportunidades de inversión, con períodos de innovación tecnológica motivados por la mayor competitividad resultante de las condiciones recesivas. La situación actual se caracteriza justamente por una sensible reducción de las tasas de crecimiento y por la existencia de notables cambios tecnológicos (informática, comunicaciones, robótica) y de los procesos de trabajo.

---

15 Una crítica ponderada de las tesis de Kondratieff puede encontrarse en Roumen Avramov, "Los ciclos Kondratieff: el contexto histórico y los desafíos metodológicos", en *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, N° 10, 1º semestre de 1996.

Otros economistas e historiadores prefieren, por su parte, en vez de hablar de "ciclos largos" hacer referencia a "ciclos sistémicos", que se vinculan no sólo a innovaciones tecnológicas sino también a cambios geopolíticos y, especialmente, a los ciclos hegemónicos de las grandes potencias. Giovanni Arrighi señala cuatro "ciclos largos" en la historia del capitalismo, asociados cada uno de ellos a una potencia hegemónica, siendo los dos últimos el "británico", de 1776 a 1930, y el "norteamericano", que comenzaría en los años treinta y aún no habría finalizado.<sup>16</sup> Pero además de asociar estos ciclos largos (que también tienen fases ascendentes y descendentes) a las economías hegemónicas en cada período, lo que agrega al análisis una dimensión geopolítica, este enfoque constituye un aporte útil desde el punto de vista económico porque aclara el origen de los procesos históricos de predominio del sector financiero (o de globalización financiera como los llamaríamos actualmente). De una forma muy simplificada se podría decir que en la fase A la acumulación inicial se vuelca a la expansión productiva, material, signada por una competencia que luego de una serie de complejos procesos termina reduciendo los márgenes de beneficio y llevando esta fase a su fin. En la fase B, por el contrario, el excedente es volcado al mercado financiero ante la falta de rentabilidad del sector real, y sólo sobreviven aquellos inversores o empresas que se adaptan a las nuevas condiciones de predominio financiero o realizan innovaciones tecnológicas que les permitan luego iniciar otra etapa de expansión material. Estas fases no tienen una correspondencia tan estricta en cuanto al número de años como las de Kondratieff y permiten explicar la existencia de períodos de transición. Justamente, a partir de la crisis de fines de los años sesenta y principios de los años setenta, se abre una etapa de transición

---

16 Véase G. Arrighi, *op. cit.*, caps. 3 y 4.

en la que predomina claramente el fenómeno de la globalización financiera. Esta etapa plantea, además, el dilema de la pérdida de la hegemonía norteamericana a favor de un sistema multipolar (la "tríada": Estados Unidos, Europa, Japón), proceso que aún no ha terminado. De todos modos, como señala Tony Porter, "la tendencia a considerar el período contemporáneo de globalización financiera como único... necesita ser revisado".<sup>17</sup>

Otro aspecto que caracteriza el estudio de los ciclos es que, en etapas estructuralmente semejantes (aun cuando se diferencien por niveles distintos de tecnología y desarrollo económico), los esquemas ideológicos que prevalecen son también semejantes. Paul Krugman ha señalado el parecido que tiene la década de 1920 (monedas convertibles, estabilidad monetaria, libertad de comercio, globalización financiera) a la época actual y cómo se aproximan las creencias económicas de aquel momento, que desemboca en la profunda crisis de los años treinta, a las del "Consenso de Washington". Hasta equipara la figura de Walter Kemmerer, profesor de Princeton en el período de entreguerras y conocido como el "doctor del dinero" por sus concepciones estrictamente ortodoxas, con asesores económicos de nuestra época, como Jeffrey Sachs.<sup>18</sup> Michael Pettis señala, a propósito de Kemmerer, que "sus recomendaciones fueron demolidas por la Gran Depresión y quedaron fuera de moda hasta que reaparecieron en los años ochenta".<sup>19</sup>

---

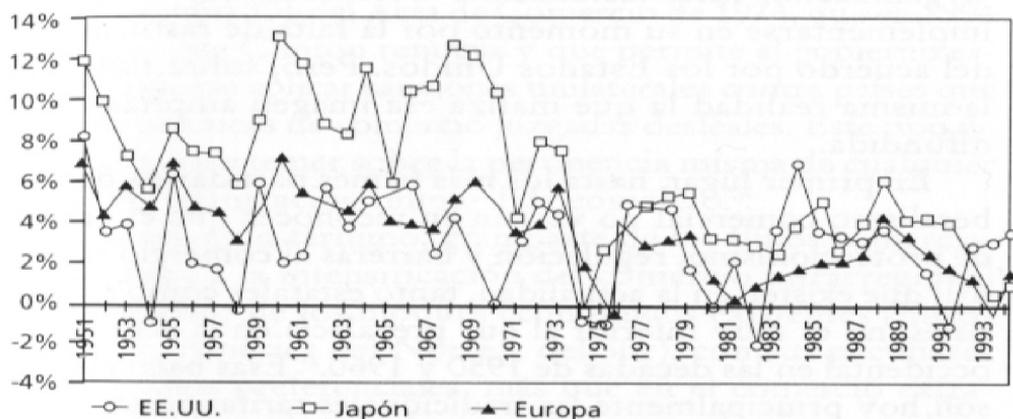
17 Tony Porter, "Innovation in Global Finance: Impact on Hegemony and Growth since 1000 AD", en *Review Fernand Braudel Center*, N° 3, verano de 1995, p. 424.

18 Paul Krugman, "Los ciclos en las ideas dominantes con relación al desarrollo económico", en *Desarrollo Económico*, N° 143, octubre-diciembre, 1996.

19 Michael Pettis, "The Liquidity Trap. Latin America's Free-Market Past", en *Foreign Affairs*, N° 6, vol. 75, noviembre-diciembre, 1996, p. 3.

Es esta perspectiva más amplia, que tiene en cuenta los procesos cíclicos y las variables estratégicas e ideológicas, la que nos puede permitir comprender mejor la etapa actual del desarrollo económico mundial.

**Gráfico 1**  
**Los ciclos largos en los países industrializados**  
(Tasa de crecimiento del PBI)



### Libre comercio y proteccionismo

Un mito persistente en la literatura sobre la globalización es el del triunfo definitivo del libre comercio basado en un avance cada vez más irrestricto del multilateralismo comercial. Esta afirmación se apoya en el crecimiento del comercio mundial a lo largo de las últimas décadas (que según estadísticas del GATT ha progresado varias veces más rápido que la producción) sostenido por el incremento de la liquidez internacional, la apertura de las economías periféricas y, como culminación de ese proceso, la definitiva unificación del mercado mundial con la caída de la Unión Soviética y la disolución del bloque del Este, lo que habría dado por resultado una “república universal de

los intercambios".<sup>20</sup> La creación de la Organización Mundial de Comercio, que entró en funciones en 1995 luego de las arduas negociaciones de la última ronda del GATT, pareciera confirmar esta idea. Sin embargo, hay que recordar que la OMC no es una institución novedosa, sino que representa más bien la última etapa del cumplimiento de los acuerdos de Bretton Woods, retomando el compromiso de La Habana, de 1948, respecto a la creación de una Organización Internacional del Comercio, que no pudo implementarse en su momento por la falta de ratificación del acuerdo por los Estados Unidos. Pero, sobre todo, es la misma realidad la que matiza esa imagen ampliamente difundida.

En primer lugar, hasta los más firmes partidarios del liberalismo comercial no vacilan en reconocer que el grado de proteccionismo, regulación y barreras al comercio mundial que existen en la actualidad, tanto estatales como regionales, no es muy inferior al que prevalecía en la economía occidental en las décadas de 1950 y 1960.<sup>21</sup> Esas barreras no son hoy principalmente las tradicionales tarifas aduaneras, que han disminuido de manera sensible gracias a la acción de los acuerdos del GATT, sino las llamadas medidas no tarifarias (MNT) como las restricciones cuantitativas y las políticas de

---

20 Jean-Jacques Roche, *Ordre, puissance et démocratie après la guerre froide*, Grenoble, 1996, p. 115. Una culminación de este proceso se reflejaría en los resultados de la Ronda Uruguay del GATT que dieron lugar a la creación de la Organización Mundial de Comercio. Cf. H. Delorme y D. Clerc, *Nouveau GATT?*, París, 1994.

21 Charles Oman, *Globalization and Regionalization: the challenge for developing countries*, París, OCDE, 1994, pp. 31 y ss. Cf. también, R. Gilpin, *La economía política de las relaciones internacionales*, Buenos Aires, 1990. Aunque debemos señalar que históricamente hubo períodos en los que el reforzamiento del proteccionismo aceleró la expansión comercial, como lo ha demostrado el historiador Paul Bairoch en un célebre libro: *Economics and World History, Mythes and Paradoxes*, Nueva York, 1993.

subsidios.<sup>22</sup> En el caso de los automóviles y los textiles, las MNT elevaban en 1990 el grado de protección en ciertos países al nivel de los primeros años de la posguerra. El uso abusivo de los derechos *antidumping* y otros tipos de medidas unilaterales o concertadas son también típicas trabas proteccionistas no tarifarias.<sup>23</sup> Asimismo, dado el rol predominante de los Estados Unidos en el comercio mundial, la política económica norteamericana puede erosionar la eficacia de los acuerdos de comercio internacionales, como lo demuestra el caso de la famosa sección 301 del Acta de Comercio de 1974, que en 1994 el presidente Clinton renueva y que permite al gobierno estadounidense aplicar sanciones unilaterales contra países que siguen prácticas de comercio juzgadas desleales. Este tipo de medidas hace temer sobre la pertinencia misma de cualquier tipo de organización mundial de comercio.<sup>24</sup>

En segundo término, gran parte de los flujos comerciales se debe a la intensificación del comercio intrarregional en el interior de los bloques económicos existentes (Europa, Asia, América del Norte y del Sur), con sus peculiares mecanismos preferenciales, más que en el comercio extrarregional. Para decirlo en otros términos, los intercambios de “proximidad” estimulados por los procesos de integración regional tienen mucho mayor peso que los intercambios “a la gran aventura”, para retomar la terminología de Fernand Braudel.<sup>25</sup> Esto se vincula a un mayor énfasis en los

---

22 Juan A. Lanús, *Un mundo sin orillas. Nación, Estado y globalización*, Buenos Aires, 1996, p. 83.

23 *Ídem*, pp. 83-89.

24 CEPPIL, *L'économie mondiale*, 1996, París, 1996, pp. 58-59.

25 Cf. Kym Anderson y Hege Norheim, “History, geography and regional economic integration”, en K. Anderson y R. Backhurst (eds.), *Regional Integration and the Global Trading System*, Nueva York, 1993, pp. 19-51; Gerard De Bernis, *Globalization, Régionalisation et Développement*, Grenoble, 1995, pp. 9-13; H. Delorme y D. Clerc, *op. cit.*, p. 148.

mercados internos ampliados como factor de estímulo de la producción, del comercio y de la atracción de capitales externos por encima del mercado mundial y se compatibiliza con la tendencia de las llamadas "multinacionales globales" a invertir y competir en cada uno de los bloques regionales. El caso más notable es, sin duda, el de Europa Occidental. En 1958 el porcentaje del comercio interregional en el total del comercio de la región era del 35%; en 1990, alcanza ya el 60%.<sup>26</sup> En lo que respecta al Mercosur, la concentración del comercio entre los países miembros ha sido evidente: en pocos años el Brasil se ha convertido en el principal cliente de la Argentina y esta última, en el segundo cliente de su vecino del norte. En los diez años que transcurrieron desde el acta fundacional, en 1985, el comercio interregional se incrementó seis veces y hoy constituye el 20% del comercio exterior total de la región<sup>27</sup> (para una perspectiva de largo plazo de las regiones más importantes, véase el Cuadro 2).

Si analizamos el comercio mundial de acuerdo con el papel de los países más desarrollados en la formación de redes (o bloques) comerciales sobre las cuales ejercen una natural influencia, llegamos a idénticas conclusiones: la alta concentración regional de esas redes. Tomando como ejemplo 1960 y 1990, el 41% del comercio norteamericano en ambos años se concentraba en el hemisferio occidental (el continente americano). Para el Japón, en 1960, el 67% de su comercio se desarrollaba en la región Asia-Pacífico y en 1990, el 70%. En el caso de Alemania su comercio se concentraba en Europa: 43% en 1960 y 71% en 1990. Diferente era

---

26 Christian Hen y Jacques Léonard, *L'Union européenne*, París, 1995, p. 66.

27 Cf. Aldo Ferrer, "Mercosur: trayectoria, situación actual, perspectivas", en *Desarrollo Económico*, N° 140, enero-marzo, 1996.

la situación del poder hegemónico comercial británico anterior a la Segunda Guerra Mundial, que se hallaba muy diversificado en los cinco continentes.<sup>28</sup>

Otra característica del mercado mundial es que no se practica en verdad un comercio plenamente libre sino "administrado", debido al predominio de grandes corporaciones en cuyo interior se desarrolla una parte importante del flujo internacional de mercancías. Se calcula que cerca de un cuarenta por ciento del comercio mundial de bienes representa un intercambio entre filiales de empresas multinacionales.<sup>29</sup>

Por otra parte, aunque persista en algunos economistas cierta visión comercialista de la globalización, existe una creciente coincidencia de que este proceso reposa fundamentalmente en la expansión de la exportación de capitales en los mercados mundiales, en proporciones geoméricamente superiores a la expansión del comercio internacional.<sup>30</sup>

---

28 Tietung Su, "Changes in world trade networks, 1938, 1960, 1990", en *Review Fernand Braudel Center*, N° 3, verano de 1995, p. 443. Tietung Su define los "trade networks" de acuerdo con las esferas de influencia de cada potencia hegemónica, tomando como base inicial para sus cálculos el conocido informe de la Liga de las Naciones de 1942: *The Network of World Trade*.

29 Cf. W. Andreff, *Les multinationales globales*, París, 1996, que provee una amplia información sobre el comportamiento de esas corporaciones; Constantino Vaistos, "Comentarios", en *O Brasil e as Tendencias Econômicas e Políticas Contemporâneas*, Brasilia, 1995, p. 30. Cf. también, Ravi Batra, *El mito del libre comercio*, Buenos Aires, 1994. Este autor critica lo que denomina la "falacia del libre comercio" y propone para restablecer el liderazgo de Estados Unidos en el mundo, uno de los propósitos de su libro, la adopción de una política de "proteccionismo competitivo".

30 Cf. François Chesnais, *La mondialisation du capital*, París, 1995. Para Chesnais, entre 1985 y 1991 los flujos de inversiones directas en el extranjero han crecido tres veces más rápido que el comercio. El noventa por ciento de esos flujos sirvieron para financiar adquisiciones y fusiones, revelando que esas inversiones no se corresponden con un crecimiento de las capacidades de producción.

**Cuadro 2**  
**Las regiones y el comercio internacional**

	El comercio interregional como porcentaje del comercio total			Participación de la región como % del comercio mundial			Comercio extrarregional (impo+expo) como % del PBI		
	1928	1963	1990	1928	1963	1990	1928	1963	1990
Europa Occidental	51	61	72	46.8	43.4	46.4	16.5	13.8	12.8
América del Norte (incl. México)	29	35	40	18.5	17.7	17.6	7.7	8.0	11.9
América Latina (excl. México)	11	17	16	7.8	6.1	2.9	40.0	10.6	23.7
Asia	46	47	48	18.0	12.3	21.4	17.4	13.6	15.2

Fuente: Elaborado sobre datos de Anderson, K. - Blackhurst, R., "Regional integration and the global trading system", *op. cit.*

### El proceso de transnacionalización

Un tercer mito surge porque sobre esta realidad distintiva se construyen visiones unilaterales o discutibles en torno a las características "novedosas" del proceso de transnacionalización en curso. Para algunos la novedad del actual período radica en el impulso dado a ese proceso por fuerzas "microeconómicas", representadas por un nuevo tipo de empresas globalizadas que se apoyan en tecnologías y formas de organización superadoras del rígido paradigma fordista y que se localizan en función de las condiciones de competitividad de los diversos espacios económicos. Entre ellas, la ventaja provista por un mercado próximo sería una variable clave, mientras que los costos laborales ya no resultan tan atractivos (como fue el caso tradicional de los bajos costos laborales de los países periféricos). Se produce así una desterritorialización

del capital (producción de distintas partes en diferentes países o regiones), proceso que se realiza erosionando los espacios nacionales y con una cierta autonomía de la acción de los Estados. Se llega así a sugerir que esta nueva situación implicaría una tendencia a la superación de las estructuras oligopólicas de las empresas multinacionales (que es vinculada a la escala tecnológica que plantea el fordismo) y a la disolución de las asimetrías correspondientes a la división internacional del trabajo imperante desde comienzos del siglo XX. Esto haría posible también la existencia de una mayor competitividad, en igualdad de condiciones, de las empresas de países periféricos con aquellas pertenecientes a los países desarrollados.<sup>31</sup>

Sin embargo, este enfoque hace abstracción del predominio del capital financiero que sostiene los movimientos de capital a nivel mundial y del hecho de que las estructuras oligopólicas de numerosas empresas multinacionales no fueron un producto de las formas de organización fordista de la producción (aunque éstas sin duda los reforzaron), sino de procesos de concentración del capital anteriores al fordismo. Convirtiendo en principal determinante el cambio tecnológico, se generaliza así abusivamente el empleo de las nuevas tecnologías y formas de organización de la producción en un escenario en el cual la exportación de capitales recrea, paralelamente, formas de producción tradicionales no sólo en los países periféricos, donde los bajos costos laborales siguen teniendo una incidencia fundamental, sino también en los propios países centrales, en los cuales la flexibilización de las relaciones laborales no reposa exclusivamente en los requerimientos de las técnicas avanzadas sino

---

31 Cf. Ch. Oman, *op. cit.*; C. Winston, "Economic deregulation: days of reckoning for microeconomists", en *Journal of Economic Literature*, septiembre, 1993. Cf. también Robert Reich, *El trabajo de las naciones*, Buenos Aires, 1993.

también en la intensificación de los ritmos de trabajo y en formas precarias de empleo.<sup>32</sup> Esta visión “microeconómica” oculta asimismo el hecho de que se recrea y reformula la división internacional del trabajo entre las distintas regiones del mundo en un proceso que refuerza asimetrías ya existentes y el monopolio tecnológico de los países desarrollados.

En verdad, la transnacionalización operada por la multinacionales “globales” no es una tendencia nueva. Las primeras empresas globales surgieron en el escenario de la crisis del último tercio del siglo XIX en los países desarrollados, ligadas al crecimiento de los flujos financieros mundiales y a la conformación del capitalismo “corporativo”.<sup>33</sup>

Este proceso se ha acentuado, sin embargo, en los últimos cincuenta años y particularmente en las últimas décadas. Entre 1980 y 1990 el cúmulo del flujo de inversiones directas anuales, según datos del FMI, ha alcanzado 870 mil millones de dólares contra 290 mil millones en la década precedente y actualmente continúa creciendo: sólo en 1995 esos flujos representaron más de 350 mil millones de dólares. El stock de inversiones extranjeras de los países industrializados por su origen constituía, a su vez, en 1991, el 96,1% del total de inversiones directas en el mundo, mientras que el 80,1% se invirtió en los mismos países industrializados<sup>34</sup> (véase el Cuadro 3). Esta expansión de la inversión extranjera y el notable proceso de fusiones empresarias refleja, por un lado, grados de asociación y concentración entre capitales y empresas de las naciones desarrolladas, motivados por la crisis que se abre en los setenta, de gran magnitud (aunque

---

32 Lester Thurow, “Por qué caen los salarios”, en *Clarín*, 19-5-1996; Robert Boyer y Jean-Pierre Durand, *L'après fordisme*, París, 1993.

33 W. Andreff, *op. cit.*, pp. 9-10. El análisis de este período dio lugar a la formulación de las teorías sobre el imperialismo por Hobson, Hilferding y Lenin.

34 *La Documentation Française*, “L'économie mondiale”, *Les Cahiers français*, N° 269, enero-febrero, 1995, pp. 17-20; W. Andreff, *op. cit.*, p. 10.

no enteramente novedosos, pues han ocurrido, en medida variable, a lo largo de todo este siglo) y, por otro, el reforzamiento de la competencia a escala mundial.

No puede negarse la importancia de esa concentración. Se estima que 37 mil sociedades transnacionales, con 170 mil filiales, dominan la economía mundial y que el valor de venta de las filiales extranjeras de esas sociedades supera el valor total de las exportaciones mundiales<sup>35</sup> (véase el Cuadro 4 para el caso de la industria automotriz). Pero tal concentración no constituye simplemente un "imperio global" de las multinacionales, sino que se manifiesta sobre todo a través de la conformación de un mundo tripolar en torno de Europa, Estados Unidos y el Japón, lo que queda demostrado por el hecho de que la mayor parte de esas empresas multinacionales tiene su sede y activos principales en cinco países (Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia y Gran Bretaña). De las 200 empresas multinacionales más importantes del mundo por el volumen de sus negocios y de sus beneficios, 168 pertenecían en 1995 a los cinco países mencionados, acrecentándose la presencia de las del Japón y disminuyendo las de Estados Unidos respecto a la década de 1980. Por otro lado, la parte en el producto bruto global de esas 200 empresas pasó del 24,2% en 1982 a más del 30% en 1995.<sup>36</sup>

El incremento de la presencia de las multinacionales se vincula así a la diversificación del poder económico mundial, poniendo de relieve la entidad de los espacios nacionales de las grandes potencias y el papel de esos Estados como agentes

---

35 Cf. World Bank, *Global Economic prospects and the Developing Countries*, Washington, DC, 1995; Frédéric F. Clairmont, "Ces deux cents sociétés qui contrôlent le monde", en *Le Monde Diplomatique*, abril, 1997.

36 *Ibidem*; ONU, *World Investment Report, 1993: Transnational Corporations and Integrated International Production*, Nueva York, 1993. La parte en el producto bruto global de esas 200 sociedades ha pasado del 24,2 %, en 1982, a 26,8 %, en 1992. Véase también W. Andreff, *op. cit.*, pp. 11-13.

y promotores de esta competencia agudizada, al tiempo que se observa, por el contrario, un visible debilitamiento del poder de decisión de los Estados periféricos y de sus márgenes de autonomía económica.<sup>37</sup>

**Cuadro 3**  
**Stock de inversión extranjera directa**  
(en miles de millones de dólares)

	1914	1938	1960	1975	1985	1991
<b>Total</b>	14.3	26.4	63.1	275.4	693.3	1.799.0
<b>Distribución porcentual</b> (país de origen)						
Reino Unido	45.5	39.8	17.1	13.1	14.7	13.6
EE.UU.	18.5	27.7	52.0	44.0	35.1	24.3
Japón	0.1	2.8	0.8	5.7	11.7	13.1
Alemania	10.5	1.3	1.3	6.5	8.4	9.4
Francia	12.2	9.5	6.5	3.8	3.0	7.4
Otros países desarrollados	13.2	18.9	21.2	24.5	24.3	28.3
Países en desarrollo	0.0	0.0	1.1	2.3	2.7	3.8
Economías planificadas	0.0	0.0	0.0	0.1	0.1	0.1

Fuente: Andreff, W.: *Les Multinationales globales*.

<sup>37</sup> Véase la discusión sobre el tema del sistema económico mundial, las empresas transnacionales y los Estados nacionales, en Charles A. Michalet, *Le capitalisme mondial*, París, 1993; y Groupe de Lisbonne, *Limites à la compétitivité*, Canadá, 1995.

**Cuadro 4**  
**Concentración del capital y transnacionalización**  
**El caso de la industria automotriz**

Automóviles	1984	12 empresas concentran el 78% de la producción mundial
Piezas de vidrio para automóviles	1988	3 empresas concentran el 53% de la producción mundial 7 empresas concentran el 88% de la producción mundial
Neumáticos	1988	6 empresas concentran el 78% de la producción mundial

Empresas	1982			1992		
	Automóviles	Vehículos utilitarios (en miles de vehículos)	Total	Automóviles	Vehículos utilitarios (en miles de vehículos)	Total
General Motors	4.779	1.107	5.886	5.053	1.898	6.951
Ford	2.993	1.146	4.139	38.04	1.924	5.728
Toyota	2.386	1.284	3.670	4.097	1.253	5.350
Volkswagen	1.828	94	1.922	3.291	201	3.492
Nissan	2.017	941	2.958	2.316	776	3.092
Fiat	1.468	192	1.660	2.001	276	2.277
Renault	1.962	359	2.321	1.761	334	2.095
Chrysler	750	224	974	800	1.255	2.055
PSA	1.504	182	1.686	1.842	207	2.049
Honda	860	160	1.020	1.721	132	1.853
Mitsubishi	573	399	972	1.142	533	1.675
Mazda	824	286	1.110	1.139	277	1.416
Suzuki	114	489	603	652	334	986
Hyundai	60	60	120	726	157	883

		1982			1992	
Empresas	Automóviles	Vehículos utilitarios (en miles de vehículos)	Total	Automóviles	Vehículos utilitarios (en miles de vehículos)	Total
Mercedes-Benz	466	242	708	541	269	810
VAZ (Lada)	800	0	800	620	61	681
Isuzu	113	292	405	119	481	600
BMW	363	0	363	598	0	598
Fuji Heavy	-	-	-	423	147	570
Kia	-	-	-	323	231	554
Rover	405	91	496	346	21	367
Daewoo	-	-	-	239	31	270
<b>Total</b>	<b>24.265</b>	<b>7.548</b>	<b>31.813</b>	<b>33.554</b>	<b>10.798</b>	<b>44.352</b>
<b>Total mundial</b>	<b>26.605</b>	<b>9.486</b>	<b>36.091</b>	<b>34.838</b>	<b>13.117</b>	<b>47.955</b>

Fuente: Chesnais, F.: *La mondialisation du capital*, París, 1995.

### La globalización financiera

Un aspecto fundamental de esta nueva etapa de internacionalización del capital lo constituye el llamado proceso de desregulación financiera. Sin embargo, una visión corriente también lo convierte en mito al considerarlo un dato contextual del proceso económico mundial aludiendo a dos aparentes características del mismo: la difusión del capital en la promoción de actividades productivas, comerciales y de servicios, y la homogeneización de la economía internacional. En verdad, la desregulación financiera es sólo un emergente de un proceso histórico que incluye tres hitos fundamentales: la crisis del sistema monetario y financiero internacional basado en el patrón oro-dólar (vinculado a la declinación de la hegemonía norteamericana) y su forma de salida a través de un sistema de cambio flotante regido, en última instancia,

por acuerdos entre los países desarrollados, y un incremento formidable de la liquidez internacional (déficit de la balanza de pagos de Estados Unidos, eurodólares provenientes del Este; petrodólares) que instituyó una economía de endeudamiento con una enorme elasticidad de la oferta de fondos prestables. La crisis de la deuda latinoamericana de principios de los años ochenta condujo a una nueva etapa de expansión del mercado de títulos públicos y privados para posibilitar una mayor diversificación de los riesgos, lo cual, en un proceso sacudido por las crisis bursátiles de 1987 y 1989, dio lugar a la llamada "economía de los mercados financieros", caracterizada por el hecho de que la financiación directa reemplaza en parte a la clásica intermediación bancaria.<sup>38</sup>

Este proceso fue acelerado por otros dos factores: uno político y otro tecnológico. El primero de ellos fue el derrumbe de la Unión Soviética, que completó la unificación del mercado mundial y aceleró los mecanismos desregulatorios; el segundo estuvo dado por la aplicación generalizada de la informática y el salto en la tecnología de las comunicaciones, que convirtió en "instantáneos" los flujos financieros.

Así, desde principios de los años noventa asistimos a una verdadera "economía internacional de especulación", mezcla de intermediación clásica con la colocación de títulos negociables, que ha multiplicado la importancia de los mercados de productos derivados y puesto de relevancia la hipertrofia de los paraísos fiscales. El creciente divorcio existente entre los valores negociados en los mercados de "derivados", basados

---

38 Henri Bourguinat, *La tyrannie des marches. Essais sur l'économie virtuelle*, París, 1995, pp. 10-11; Cf. Michel Aglietta y otros, *Globalisation financière: la aventure obligée*, cap. I, París, 1990; M. Byé y G. D. de Bernis, *op. cit.*, cap. XIV. Cf. también Naúm Minsburg y Hector W. Valle (eds.), *El impacto de la globalización. La encrucijada económica del siglo XXI*, Buenos Aires, 1994; Benjamín Hopenhayn, "Movimiento internacional de capitales y financiamiento externo de América Latina", en *Revista de la Cepal*, N° 55, 1995.

en operaciones de futuro, y el proceso económico productivo (o sea que esos valores no tienen por objeto contribuir directa o indirectamente al financiamiento de la producción o de los intercambios) ha constituido lo que algunos autores denominan una “economía virtual” y otros, una “economía de casino”, en una permanente “fuga hacia adelante”, cuyas consecuencias imprevisibles comienzan a ser preocupantes para el mismo *establishment* económico y político de los países industrializados, alarmados frente a la falta de control de las “burbujas especulativas” (véase el Gráfico 2). “La inestabilidad financiera —señala una publicación económica europea— ha engendrado un ‘riesgo sistémico’ creciente. Por ‘riesgo sistémico’ se entiende un riesgo de inestabilidad global que resulta de una disfunción en los sistemas bancarios y financieros, cuando la interacción de los comportamientos individuales, lejos de resultar en ajustamientos correctores, agrava los desequilibrios.”<sup>39</sup> La aparición de los llamados “mercados emergentes” refuerza este proceso.<sup>40</sup>

Según una institución bancaria internacional, las transacciones diarias sobre el mercado de cambios representan cincuenta veces el monto de los intercambios de bienes y servicios, cuando en la época de Keynes esta relación era sólo de dos veces, creando una situación de inestabilidad estructural que pone al mundo en una situación de riesgos imprevisibles.<sup>41</sup> En la década de 1980, mientras los flujos comerciales y el PBI de los países de la OCDE se duplicaron, los flujos de inversión extranjera directa se incrementaron en 3,5 veces y las transacciones sobre los mercados de cambio,

39 *La Documentation Française, op. cit.*, p. 16.

40 Véase François Chesnais y otros, *La mondialisation financière, genèse, cout et enjeux*, París, 1996, pp. 28-29.

41 Cf. Susan Strange, *Casino Capitalism*, Oxford, 1986; H. Bourguinat, *op. cit.*; René Passet, “Emprise de la Finance”, en *Manière de Voir*, N° 28, noviembre, 1995, p. 26; F. Chesnais, *op. cit.* (1996), p. 115.

en 8,5 veces. El mercado de productos derivados, en particular, se ha multiplicado por 15 entre 1986 y 1995, llegando a representar dos veces más que el PBI de los Estados Unidos (véase el Cuadro 5). Algo similar ha ocurrido en los mercados de títulos de la deuda pública.<sup>42</sup>

Estos fenómenos explican la existencia de una verdadera “economía migrante” donde, si bien los Estados nacionales siguen rigiendo el flujo de mano de obra y sus condiciones de reproducción y una parte del ciclo de reproducción de los capitales que se instalan en su espacio, el ciclo completo de estos capitales, que han devenido nómades, se les escapa. De esta manera, llevan hacia fuera de los espacios de regulación estatal los peligros inherentes a su ciclo de reproducción, sea éste el de la no realización del capital dinero (peligro vinculado a la debilidad de la demanda) o el de la no reproducción de la fuerza de trabajo salarial (peligro ligado a la desocupación).<sup>43</sup>

En este sentido se entienden las propuestas de James Tobin y otros economistas que apuntan a establecer algún tipo de control impositivo sobre el movimiento de capitales a nivel mundial, lo que reforzaría el papel de los Estados nacionales. Kindleberger afirma que a escala de cada país siempre existe la posibilidad de recurrir al prestamista de último recurso, pues a “nivel nacional hay un banco central y un gobierno que asumirán la responsabilidad última. A nivel internacional no es éste el caso”, aunque existan las instituciones creadas en Bretton Woods. Recordemos que un proceso similar ocurrió en los años veinte.<sup>44</sup>

---

42 Cf. F. Chesnais, *op. cit.* (1995), p. 210; *La Documentation Française, op. cit.*, p. 13.

43 Cf. Jocelyn Letourneau, *Les Années Sans Guide. Le Canada à l'Ère de l'Économie Migrante*, Québec, 1996.

44 Charles P. Kindleberger, *Manías, pánicos y cracs*, Buenos Aires, 1993, p. 278; John K. Galbraith, *El crac del 29*, Barcelona, 1976; B. Marcel y J. Taieb, *Crises d'hier, crise d'aujourd'hui*, París, 1996.

Para William Hutton se ha hecho hincapié en los daños producidos por el proteccionismo en los años de la gran depresión, dejando de lado el caso de los mercados financieros que, en vez de absorber los efectos de la crisis, los multiplicaron. “Los países –señala en un artículo reciente en *Foreign Affairs*– deben recobrar su poder de regular los flujos de capital y manejar las tasas de cambio: las finanzas deben ser obligadas a comportarse de una forma más considerada y de largo plazo... el villano es –para él– la libertad financiera, no la libertad de comercio.”<sup>45</sup>

El predominio del capital financiero y la actividad especulativa a nivel mundial sirven, por otra parte, de sostén a las visiones globalistas extremas que, abstrayendo el fenómeno del conjunto de los procesos económicos, sociales y políticos del escenario mundial, dan por desaparecidos los espacios económicos nacionales. Estas visiones responden más a la óptica del rentista que a las del empresario “schumpeteriano” vinculado al proceso productivo. El historiador Pierre Vilar ha realizado un paralelismo entre las tendencias del capital financiero contemporáneo y la de otros períodos históricos: “Seamos prudentes; no justifiquemos a los historiadores que, para picar la curiosidad, hablan de ‘trusts’ y de ‘multinacionales’ en el siglo XVI. Pero fijémonos en que un gran empresario de hoy se parece más a un financiero de la edad moderna en el meollo de sus compañías, que al ‘empresario-tipo’ del siglo pasado, al frente de su unidad de producción, de su ‘fábrica’. La estrategia del capital financiero representa un retorno a las fuentes. La palabra ‘empresa’ tiene muchos sentidos”.<sup>46</sup>

---

45 William Hutton, “Relaunching Western Economies. The Case for Regulating Financial Markets”, en *Foreign Affairs*, N° 6, vol. 75, noviembre-diciembre, 1996, pp. 9 y 12.

46 Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, 1982, p. 254.

En realidad, el rasgo decisivo de la economía globalizada no es propiamente la desregulación, sino la intensificación sin precedentes del predominio del capital financiero sobre la producción y el creciente funcionamiento especulativo de los mercados internacionales, en los que operan las propias multinacionales como grupos financieros a través de arbitrajes permanentes entre los capitales comprometidos en sus diferentes actividades. En el caso de los países periféricos, como en América Latina, en donde pese a las políticas de ajuste estructural el endeudamiento externo aumenta creando una dependencia creciente de los mercados de capitales (la que se ve incrementada por las políticas de apertura y desregulación que favorecen la llegada de capitales volátiles), se han producido ya crisis profundas, como la del efecto “tequila” mexicano, que hacen temer un efecto dominó sobre los otros países de la región.<sup>47</sup>

A su vez, la concentración del capital financiero (de treinta a cincuenta bancos y casas financieras rigen en lo esencial el movimiento mundial de esos fondos), que se halla en el origen de este proceso, se produce en el seno de la diversificación del poder económico mundial a través de la “tríada” de países hegemónicos, donde la puja gira en torno al cuestionado rol de Wall Street, al ascenso de los bancos japoneses y a las dudas europeas en su propia unificación monetaria.<sup>48</sup> Esto explica por qué, lejos de una presunta homogeneidad, esta realidad multipolar hace perder eficacia a las instituciones financieras internacionales.<sup>49</sup>

---

47 Cf. los artículos de Paul Krugman y Moisés Naím sobre la crisis mexicana, en *Foreign Affairs*, vol. 74, N° 4, julio-agosto, 1995. Véase también F. Chesnais y otros, *op. cit.* (1996), pp. 288-295.

48 FMI, *International Capital Markets*, Part I: “Exchange rate management and international capital flows”, Washington, DC, abril, 1993; B. Keizer y L. Kenigswald, *op. cit.*, pp. 257-267.

49 Ch. Kindleberger, *op. cit.*, p. 274, respecto a las posibles consecuencias del proceso actual el autor agrega, con cierto alivio frente a un futuro que juzga impredecible: “Da la casualidad que el interés de este estudio es histórico. Afortunadamente”.

## Cuadro 5

### Operatoria con instrumentos financieros derivativos. Deuda pendiente y cantidad de contratos: 1986-1995

(Deuda pendiente en miles de millones de dólares. Transacciones en millones de contratos)

Datos a fin del período

	1986		1989		1992		1995	
	Deuda	Contratos	Deuda	Contratos	Deuda	Contratos	Deuda	Contratos
Futuros	370.0	91.0	1200.8	201.0	2913.0	330.1	5.863.3	561.0
<i>Instrumentos a corto plazo</i>	274.3	16.3	1002.6	70.2	2663.7	144.9	5475.2	266.5
Eurodólar a tres meses <sup>1</sup>	229.5	12.4	671.9	46.8	1389.6	66.9	2451.7	104.2
Euroyén a tres meses <sup>2</sup>	0.0	0.0	109.5	4.7	431.8	17.4	1400.7	42.9
Euromarco alemán a tres meses <sup>3</sup>	0.0	0.0	14.4	1.6	229.2	12.2	654.6	25.7
<i>Instrumentos a largo plazo</i>	95.7	74.7	198.2	130.8	249.3	185.2	388.1	294.5
Bonos del Tesoro USA <sup>4</sup>	23.0	54.6	33.2	72.8	31.3	71.7	39.9	87.8
Bonos del gobierno francés <sup>5</sup>	2.1	1.1	6.1	15.0	21.0	31.1	12.4	33.6
Bonos del gobierno japonés a 10 años <sup>6</sup>	63.5	9.4	129.5	19.1	106.1	12.1	178.8	15.2
Bonos del gobierno alemán <sup>7</sup>	0.0	0.0	4.2	5.3	27.8	18.9	56.7	44.8

Opciones ( <i>plus puts</i> )	146.5	22.3	387.9	39.5	1385.4	64.8	2741.6	225.5
Futuros de monedas	10.2	19.9	16.0	28.2	26.5	31.3	37.9	98.3
Futuros de opciones	39.2	13.0	50.2	20.7	71.1	23.4	43.2	23.2
Futuros "stock market index"	14.5	28.4	41.3	30.1	79.8	52.0	172.2	114.8
Opciones "stock market index"	37.8	140.4	70.7	101.7	158.6	133.9	326.9	187.3
Total	618.2	315.0	1766.9	421.2	4634.4	635.5	9185.1	1210.1
América del Norte	518.1	288.7	1155.8	287.9	2694.7	341.4	4847.2	455.0
Europa	13.1	10.3	251.0	64.4	1114.3	185.0	2241.3	353.3
Asia-Pacífico	87.0	14.4	360.0	63.6	823.5	82.8	1990.1	126.5
Otros	0.0	1.6	0.1	5.3	1.8	26.3	106.7	2753.4

1 Negociado en el Chicago Mercantile Exchange-International Monetary Market (CME-IMM), Singapore Mercantile Exchange (SIMEX), London International Financial Futures Exchange (LIFFE), Tokyo International Financial Futures Exchange (TIFFE) y et Sydney Futures Exchange (SFE).

2 Negociado en TIFFE y SIMEX.

3 Negociado en el Marché à Terme International de France (MATIF) y en LIFFE.

4 Negociado en el Chicago Board of Trade (CBOT), LIFFE, Mid-America Commodity Exchange (MIDAM), New York Futures Exchange (NYFE) y en et Tokyo Stock Exchange (TSE).

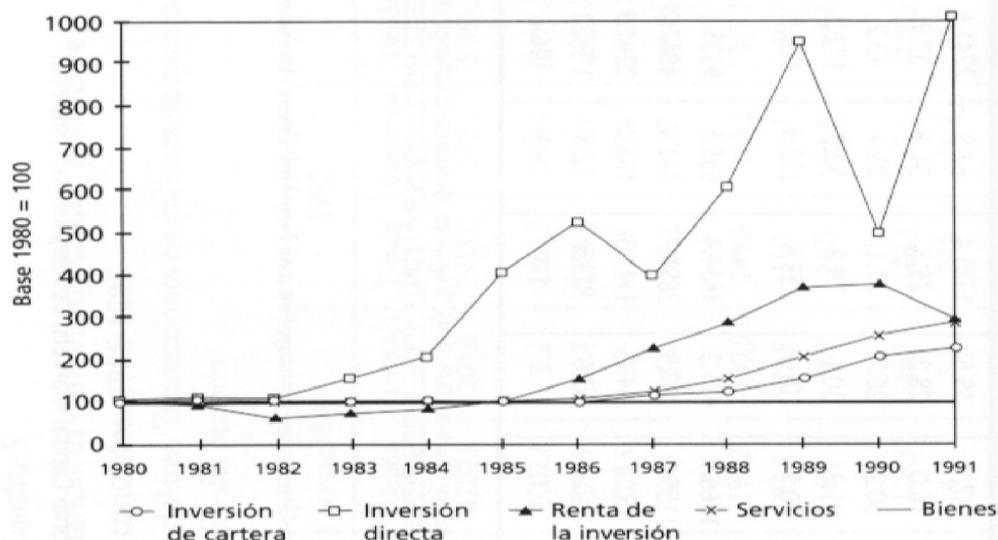
5 Negociado en el MATIF.

6 Negociado en el TSE, LIFFE y CBOT.

7 Negociado en LIFFE y en el Deutsche Terminborse (DTB).

Fuente: elaborado sobre la base de datos del FMI. "International Capital Markets. Developments. Prospects and Key Policy Issues", 1996.

**Gráfico 2**  
**Transacciones internacionales de bienes,  
 servicios y capitales**



## Globalización y regionalización

Otro mito ha sido construido en torno al tipo de relaciones existentes entre la globalización y las integraciones regionales, o sea, los espacios económicos regionales marcados por procesos de integración “de jure” (Unión Europea, Nafta, Mercosur) o de hecho (Asia-Pacífico). Estos procesos son considerados, por algunos especialistas, como mero reflejo y cauce de la globalización económica.<sup>50</sup> Los mercados ampliados se deberían, sobre todo, a un salto cuantitativo en las corrientes de inversión transnacionales y en las modalidades de fusiones y asociaciones empresarias, dando como resultado una expansión de la inversión directa de

<sup>50</sup> Cf., por ejemplo, Charles Oman, *op. cit.*

distinto origen en las diferentes áreas regionales consideradas en su conjunto.<sup>51</sup> Esta concepción globalista de la regionalización entiende que la tendencia a la conformación de mercados protegidos y a la constitución de bloques comerciales es una consecuencia no deseada del proceso globalizador, atribuible, exclusivamente, a las decisiones subjetivas de los Estados. Se escinde así la economía de la política, dejando fuera del campo de análisis los siguientes factores:

a) Los diversos orígenes y tendencias determinantes de cada proceso de integración, tal como se verifican en la realidad. La unificación europea, por ejemplo, tuvo desde sus inicios una fuerte connotación geoestratégica y económica en los marcos de la asociación con los Estados Unidos frente a la expansión comunista (cuyos comienzos se encuentran en el Plan Marshall), y más tarde como instrumento para una mejor defensa de los intereses propios con respecto a la hegemonía norteamericana.<sup>52</sup> En cuanto al Nafta (North America Free Trade Association), éste constituye, por un lado, la coronación de un proceso previo de asociación económica con desiguales características entre Canadá y Estados Unidos y de este último país y México y, por otro, un movimiento de respuesta político-estratégica de Washington al proceso de regionalización europea y al desafío asiático, que se procura proyectar hacia el resto del hemisferio americano (Iniciativa de las Américas). La articulación económica del área asiática se manifiesta, a su vez, a través de la expansión comercial y de inversiones del Japón, del dinamismo económico de los llamados "tigres asiáticos" y de la

---

51 Los cambios en las formas de organización empresarial de las multinacionales, como la llamada forma M (por regiones), obedecerían a esta realidad; véase W. Andreff, *op. cit.*, pp. 34-35.

52 Sobre el papel del Plan Marshall en la reconstrucción europea, véase Gérard Bossuat, *L'Europe Occidentale à l'Heure Américaine, 1945-1952*, París, 1992.

vigencia de asociaciones que existen hace años como la Asean (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), en la conformación de una esfera de influencia regional cuyo futuro está muy ligado al curso de la evolución del gigante chino. En un proceso aún no definido, el Mercosur constituye la dificultosa culminación de una serie de proyectos de integración frustrados en la región latinoamericana. Concedido para el logro de mayores niveles de desarrollo nacional basado en la ampliación de los mercados internos y de los intercambios comerciales, y de una potenciación del poder negociador de los distintos países en el orden mundial, existe también una tendencia, al calor de las políticas económicas predominantes, a privilegiar la existencia del mercado único como campo de atracción de capitales extranjeros. En este contexto, la problemática del Mercosur incluye, para algunos, un dilema: el de lograr una mayor convergencia con el proyecto hemisférico norteamericano o el de promover una política de creciente diversificación comercial y económica con el resto del mundo.

b) Las características de cada región en el desigual reparto del poder económico y político mundial: Europa como asociación de varias potencias desarrolladas con desigualdades y contradicciones entre sí; hegemonía norteamericana en el Nafta en condiciones de una mayor simetría con Canadá y de la ubicación de México como *hinterland* periférico; el Mercosur, constituido exclusivamente por países en desarrollo; el bloque Asia-Pacífico, que no es todavía una realidad jurídica, aunque la creación del APEC (Asian Pacific Economic Cooperation) puede ser un primer paso en ese sentido.

c) Las contradicciones en el seno de cada proceso de integración entre fuerzas económicas divergentes, regiones desarrolladas y subdesarrolladas y Estados nacionales: *v. g.*, la conocida tendencia al desarrollo desigual de las distintas subregiones dentro de los mercados unificados. En el caso del Mercosur resultan visibles las diferencias de tamaño y

poder económico entre las naciones así como la marginación de áreas interiores dentro de los países miembros: nordeste brasileño, noroeste argentino, Patagonia.

d) La funcionalidad de los espacios regionales como base para la competencia política y estratégica mundial.<sup>53</sup>

Por otro lado, los procesos de integración en curso dan pie a visiones que absolutizan la pérdida de soberanía de los Estados nacionales en favor de organismos regionales de distinto tipo, como un reflejo del debilitamiento de la esfera de acción de esos Estados provocada por la globalización. Esto es cierto sólo en parte, porque es preciso notar que los acuerdos jurídicos en los que se basan esos fenómenos de integración han requerido, y requieren aún, negociaciones sustentadas en el poder de decisión de los respectivos gobiernos. En el caso europeo, el más avanzado en el proceso de unificación política, es posible observar una persistencia del juego de acuerdos y divergencias entre los principales países de la región. Es visible la existencia de un eje económico germano-francés y de un eje militar franco-británico. La propia integración económica se encuentra condicionada por las diferencias entre los Estados, como lo comprueban las dificultades en el camino hacia la unión monetaria, tornando incierto el destino de lo que a comienzos de la década de 1990 prometía constituir un supraestado europeo. Los problemas no emergen sólo de cuestiones internas a la unión. Surgen asimismo en cuanto al avance de la integración hacia los países del este europeo y en conexión con los distintos intereses estratégicos y económicos respecto a esos países y

---

53 Cf. B. Leyser y L. Kenigswald, *op. cit.*; José Luis Calva (coord.), *op. cit.*; Alicia Girón y otros, *Integración financiera y TLC, retos y perspectivas*, México, 1995; Christian Hen y Jacques Léonard, *op. cit.*; Mario Rapoport y Andrés Musacchio (coord.), *La Comunidad Europea y el Mercosur, una evaluación comparada*, Buenos Aires, 1993; "Europe, l'utopie blessée", *Manière de Voir*, N° 22, París, mayo de 1994; E. Helpman y A. Ragin (eds.), *International Trade and Trade Policy*, Cambridge, 1991.

a los conflictos generados en la región, como en la ex Yugoslavia, que representó uno de los focos más agudos de conflicto militar en el mundo (y en donde las posiciones de Alemania fueron divergentes de las de Francia e Inglaterra). Otro factor determinante es el curso de la crisis política rusa y de las prioridades estratégicas que ésta genere.<sup>54</sup> En el caso del Mercosur, se observan también diversos conflictos que requieren el poder negociador de los respectivos gobiernos.<sup>55</sup>

De todos modos, la existencia de bloques, ya sea económico-comerciales o estratégicos-militares o ambos simultáneamente, no es un fenómeno nuevo con respecto a otros períodos de la historia mundial y en especial del siglo XX. El proceso histórico de formación de un sistema internacional ha estado surcado por la existencia de espacios económicos y estratégicos supranacionales y alianzas militares. Un ejemplo lo proporcionaron los imperios coloniales, punto de partida del escenario internacional con que se inauguró este siglo, así como, más tarde, diversas comunidades de naciones conformadas en torno de un polo hegemónico como el Commonwealth, la Comunidad Francesa o el Comecon soviético, o también alianzas puramente militares, como la OTAN o el Pacto de Varsovia. La articulación de mercados protegidos y bloques rivales en el plano económico, político y militar ha sido un signo del accionar de las grandes potencias mundiales. El estudio de esos procesos es imprescindible a fin de conocer lo nuevo y lo que aún perdura de aquel pasado en la coyuntura internacional presente.<sup>56</sup>

---

54 Cf. "Quels avenir pour l'Union Européene?", en *Ramses 96*, cap. 3, París, IFRI, 1996.

55 Como el del mes de abril de 1997 relativo a las restricciones de importaciones argentinas por parte del gobierno brasileño.

56 Cf. Sobre una comparación de bloques económicos o comerciales en distintas épocas del siglo XX, cf. Tietung Su, *op. cit.*

La regionalización, que se ha convertido en un signo distintivo del mundo contemporáneo, se articula, sin duda, con la transnacionalización económica en curso. Pero no sólo como un reflejo de ella, sino como su contracara, puesto que no está conduciendo en el plano económico a un imperio del capital universalizado, sino al desarrollo desigual y a la diversificación del poder en un mundo multipolar.

### **Progreso económico y distribución del ingreso**

Otro núcleo ideológico asociado al concepto de globalización como proceso movido por “fuerzas microeconómicas” vinculadas a las nuevas tecnologías sugiere que la producción globalizada difunde de modo generalizado el progreso económico en los países y regiones que tienen éxito en incluirse en él. La globalización marcaría un campo en el cual el mundo se divide ahora entre incluidos y excluidos de la misma. Los países que fracasan en incluirse quedan marginados de la “aldea global” y se hunden en el atraso o en la barbarie (un ejemplo paradigmático sería el África negra).

Esta concepción, que se apoya en el concepto de la interdependencia entre las diversas regiones y países concebida como un proceso de atenuación de sus diferencias y contradicciones, hace abstracción de las asimetrías de poder económico y político y del hecho de que, a lo largo del siglo, el propio proceso de mundialización del capital ha sido, en gran medida, el que ha reforzado esas asimetrías; no sólo en relación con las áreas “marginadas”, sino en el seno de las economías crecientemente integradas en el mundo.

Así, por ejemplo, los países más ricos, que constituyen el 20% de la población mundial, consumen más del 80% de los bienes de la Tierra, mientras que el 60% más pobre de esa población, concentrado en la “periferia”, consume menos del 6%. El proceso de concentración del ingreso ha sido progresivo en el tiempo. En 1930 la diferencia entre el 20%

más rico y el 20% más pobre era de 1 a 30; en 1990 fue de 1 a 59.<sup>57</sup> En 1992, mientras que el PBN per cápita en los países industriales era de 21.352 dólares, en los países en desarrollo sólo llegaba a 924 dólares. Los índices de “desarrollo humano”, que tienen en cuenta factores sociales, educacionales y de calidad de vida, son aun más elocuentes en cuanto a las diferencias entre unos y otros. En América Latina, en particular, en la “década perdida” de los años ochenta, y con el predominio de las políticas de ajuste estructural (que tienen por objeto, según sus sostenedores, adaptarse al proceso de globalización, disciplinando las economías y aumentando su competitividad), el número de pobres ha crecido de 130 a 180 millones, anulando los progresos de las décadas del sesenta y del setenta<sup>58</sup> (véase el Cuadro 6).

En los últimos años, con el fin del “Estado de bienestar”, las políticas de flexibilización laboral y el aumento del desempleo, ha crecido la pobreza y se ha acentuado la concentración regresiva del ingreso también en los países desarrollados. Se han abandonado las políticas de pleno empleo, reducido los recursos financieros destinados a los más pobres y desmantelado las redes de protección social.<sup>59</sup> Según Robert Reich, entre 1977 y 1990 la brecha de ingresos entre la quinta parte menos favorecida de la población y la quinta parte de los más ricos en los Estados Unidos se amplió significativamente: para los primeros un cinco por ciento

---

57 UNDP, *Human Development Report, 1992*, Nueva York, 1992, p. 35. Véase también Jacques Adda, *La mondialisation de l'économie, 2. Problèmes*, París, 1996, pp. 44-51.

58 PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano, 1995*, México, 1995, p. 5. Para América Latina, véase Enrique Iglesias, *Reflections on Economic Development: Toward a Latin American Consensus*, Washington, DC, BID, 1992.

59 Groupe de Lisbonne, *op. cit.*, pp. 78-90.

menos, para los segundos un nueve por ciento más.<sup>60</sup> Por otro lado, en el período mencionado, mientras el crecimiento de la productividad media alcanzó un 30%, los salarios disminuyeron un 13%, con lo que aun en las economías más desarrolladas los trabajadores no recogen los frutos del progreso técnico, contradiciendo los principios de la economía neoclásica.<sup>61</sup> Afinando aun más el análisis, encontramos que, mientras que los cuatro quintiles inferiores de la fuerza laboral *full-time* disminuyeron fuertemente sus salarios reales entre un 10% y un 23% en el período 1973-1992, el quintil superior los aumentó en un 10%.<sup>62</sup> Esto es lo que ha permitido que en la sociedad norteamericana la tasa de desocupación se haya mantenido en proporciones razonables en los últimos años (se crearon más de veinticinco millones de puestos de trabajo entre los años setenta y ochenta); pero en Europa, en cambio, donde los salarios reales no cayeron en igual medida, la desocupación constituye la principal manifestación del malestar social. Para el conjunto de los países de la OCDE europeos esa tasa es del 10,5% en 1996, encabezando el ranking España con 21,9%, seguido por Finlandia con 16,1%, Bélgica con 12,8% e Irlanda con 12,5%<sup>63</sup> (véase el Cuadro 7 para una comparación entre los países más desarrollados). El desmantelamiento de las políticas sociales del “modelo europeo”, que ha dado ya lugar a

---

60 Robert Reich, *op. cit.*, p. 195. Los ricos se hacen cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, reconoce Reich.

61 Michael Lind, “To have or have not. Notes on the progress of the American class war”, en *Harper's Magazine*, Nueva York, junio, 1995.

62 L. Thurow, *op. cit.*, p. 37.

63 *Anuario El País 1996*, p. 40. Otras publicaciones dan cifras mucho más altas; cf. *Ramses 96, op. cit.*, p. 376, que para 1995 tiene estimaciones superiores que las de la OCDE, sobre las que se basa *El País*.

fuertes resistencias, como en Francia y en Alemania, puede agravar la situación precarizando el trabajo y desamparando a los desocupados. Como reconoce una publicación francesa, los distintos mecanismos de protección social permiten eludir la pobreza a casi trece millones de franceses.<sup>64</sup>

En suma, el salto en el proceso de conversión de las economías de los diversos países y regiones en una economía mundial única no implica un proceso de apropiación de los "frutos del progreso técnico" para la mayoría de la población mundial, ni siquiera en los países centrales, y tampoco atenúa las diferencias entre éstos y el mundo "periférico". La dinámica de la globalización contribuye más bien, por el momento, a la marginación de vastos sectores y a aumentar las distancias entre los países más desarrollados y en vías de desarrollo, aunque pueda crear en las zonas más pobres polos aislados de modernidad conectados con la economía mundial y desvinculados del resto de la población.<sup>65</sup>

---

64 *Ramses 96*, *op. cit.*, p. 197.

65 El éxito de los países del sudeste asiático para acortar distancias con los países desarrollados no puede ser ignorado. Pero las causas del crecimiento de esos países es muy discutida. No sólo han intervenido variables geopolíticas (la ayuda económica de Estados Unidos como un elemento de contención del comunismo en la región; recordemos la Guerra de Corea, el rol histórico del Japón en esos países), sino también las propias políticas económicas nacionales, fuertemente apoyadas en los aparatos estatales, y que se han apartado de las clásicas de ajuste estructural preconizadas por las instituciones financieras internacionales como fundamento de las estrategias de inserción en el mundo globalizado. Cf. Roberto Frenkel, "Estabilização, crescimento e política industrial na América Latina", en *O Brasil e as Tendências Econômicas e Políticas Contemporâneas*, Brasilia, 1995, pp. 51-52; Victor Sukup, "El Japón, los 'Tigres' Asiáticos y América Latina", en *Realidad Económica*, N° 140, 1996.

**Cuadro 6**  
**Crecimiento del diferencial internacional**  
**de ingresos por habitante**

	Tasa media de crecimiento anual del PBI por habitante		Diferencial internacional del PBI por habitante (tasa de PPA) (EE.UU.=100)		
	1965-1980	1980-1993	1960	1978	1994
EE.UU.			100	100	100
Japón	3.0	2.2	31	68	85
Unión Europea			58	71	72
Otros países industrializados			45	54	50
NICs de Asia, 1ª generación <sup>1</sup>			11	23	57
NICs de Asia, 2ª generación <sup>2</sup>	5.1	6.4	11	14	18
China			4	5	13
Europa del este y Asia central	4.4 <sup>3</sup>	-0.3	29	34	17
América Latina	3.2	-0.1	26	29	24
Mundo Árabe	4.0	-2.4	21	31	19
Otros países asiáticos	1.4	3.0	6	5	6
África subsahariana	1.3	-0.8	9	8	4

Fuente: Jacques Adda: *La mondialisation de l'économie*, t. 2.

1 Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur.

2 Malasia, Tailandia y Filipinas.

3 1970-1980.

**Cuadro 7****Tasa de desocupación en los países desarrollados**  
(porcentaje de la población activa)

	1974	1979	1984	1989	1994	1995	1996
EE.UU.	5.6	5.8	7.5	5.2	6.0	5.5	5.5
Japón	1.4	2.1	2.7	2.3	2.9	3.0	3.0
Alemania	2.1	3.3	8.2	5.6	8.4	9.0	10.3
Francia	3.0	6.0	9.9	9.4	12.3	11.5	12.1
Gran Bretaña	5.0	7.2	9.3	7.2	9.5	8.4	7.9
Total OCDE	3.9	5.4	8.4	6.2	7.9	7.2	7.7

Fuente: Elaborado sobre la base de datos de OCDE: "Perspectives économiques", varios años.

**Tecnología y procesos de trabajo**

Otra de las cuestiones que suscita mayores controversias se refiere al rol de las tecnologías en el proceso de globalización. Es imposible negar que un nuevo paradigma tecnológico, el "paradigma informático", está en "la base de la formación de la economía global". Esto ha permitido que las "actividades estratégicas decisivas" funcionen en "tiempo real" y a escala planetaria.<sup>66</sup> Pero las nuevas tecnologías van más allá de la capacidad de transmitir "información" en el sentido lato de la palabra; no sólo revolucionaron las telecomunicaciones y proporcionaron a la sociedad moderna una creciente e

<sup>66</sup> Manuel Castells, "Os novos paradigmas tecnologicos e suas implicações economicas e sociais", en *O Brasil e as Tendencias Economicas e Políticas Contemporâneas*, Brasilia, 1995, p. 15.

inagotable base de datos, sino que generaron procesos de automatización y control que se aplican a todos los campos de la actividad económica. No obstante, aunque el avance de la informática parezca explosivo, se fundamenta en la acelerada carrera estratégica que vivió el mundo bipolar de la Guerra Fría como consecuencia de la competencia militar y espacial, en la búsqueda de formas de organización de la producción más rentables (el paso del fordismo al toyotismo), y en la aparición o consolidación de nuevos medios masivos de comunicación (especialmente de la televisión).<sup>67</sup> El transistor, los circuitos integrados y el microchip son etapas de un mismo proceso que hace eclosión hoy con las primeras autopistas de información globales.

Por eso, sus aspectos más destacables deben ser analizados también desde una perspectiva histórica y teniendo en cuenta las bases económico-sociales en las que se sustenta. Esto nos lleva a realizar algunas consideraciones:

a) Los avances tecnológicos tienen la particularidad de ser “extraordinariamente” incluyentes y excluyentes.<sup>68</sup> Todas las revoluciones industriales anteriores lo eran; pero, por lo general, sus transformaciones terminaron por incorporar al sistema capitalista a grandes masas de población, como fue el caso de los agricultores y artesanos precapitalistas en las primeras etapas del proceso de industrialización o el de las regiones periféricas del mundo a través de la colonización, los movimientos de capital o el intercambio de mercancías en distintas épocas de la expansión mundial del sistema. La situación actual no parece ser la misma. Por un lado, la transnacionalización de las economías y la globalización de los

---

<sup>67</sup> Para una explicación de los cambios de los paradigmas organizacionales de la producción, véase Robert Boyer y Jean-Pierre Durand, *L'après fordisme*, París, 1993.

<sup>68</sup> M. Castells, *op. cit.*, p. 16.

mercados financieros constituyen una realidad “unificadora” e “inclusiva”; por otro, el desempleo, la pobreza y la marginación de diversas regiones del globo, que no pueden autosubsistir y carecen de los más elementales medios de comunicación (los índices de desarrollo humano de Naciones Unidas son terminantes a este respecto), muestran claramente las tendencias a la “exclusión” de vastos sectores. Puede argüirse que tal cosa a ocurrido en el pasado, como cuando los “ludditas” destruían a principios del siglo XIX las primeras maquinas industriales, que consideraban la causa del deterioro de sus condiciones de vida.<sup>69</sup> Pero no es en la tecnología (como no lo fue en aquella época) sino en la sociedad que le sirve de sustento donde podemos encontrar una respuesta a los propios desafíos que la misma plantea. La tecnología no es neutra, ni independiente de los modos de acumulación del capital ni de los procesos productivos.

b) Las actuales tecnologías informáticas conllevan una fragmentación de la sociedad, un grado de “individualización” y una “distanciación” del proceso productivo como no se habían verificado nunca en la historia del capitalismo. Sin embargo, posibilitan al mismo tiempo la creación de nuevas redes de comunicación y de relación entre individuos y organizaciones sociales también inéditas. Como señala un autor, si la sociedad se concibe como una suma de agentes económicos (productores y, sobre todo, consumidores) y de “animales comunicantes”, en torno de lo cuales se construye artificialmente un “aglomerado social”, compuesto de estadísticas que intentan medir su grado de homogeneidad a través de los indicadores del mercado, tendremos un determinado tipo de sociedad y una tecnología en correspondencia con ella.<sup>70</sup> En este caso,

---

<sup>69</sup> Cf. H. E. Friedlaender y J. Oser, *Economic History of Modern Europe*, Nueva York, 1953.

<sup>70</sup> Roger Lesgrads, “L’empire des techniques”, en *Manières de Voir*, N° 28, pp. 29-31.

el “paradigma informático” privilegiará la “atomización” y la “fragmentación”. Lo mismo ocurre con respecto a los procesos de trabajo: la “flexibilización laboral” y la “precarización del empleo”, bajo el pretexto de una mejor adecuación a las nuevas tecnologías, responden a una ideología que no se ha mostrado eficaz como “creadora de empleos” ni coincide con los objetivos iniciales del “toyotismo”.<sup>71</sup> Se habla también del “desempleo estructural” (o incluso de la tendencia al “fin del empleo” según la expresión de un sociólogo norteamericano) como resultado, en gran parte, de las innovaciones tecnológicas; y la pregunta que muchos se hacen es si los “fenómenos de anomia social que hoy afligen a nuestra sociedad, empezando por la delincuencia juvenil” no están ligados a “la disminución de ese factor educativo central que es el trabajo”. Nuevamente, la respuesta no puede hallarse en los procesos tecnológicos en sí mismos.<sup>72</sup>

c) Los procesos de “compresión” del tiempo y del espacio, como señala Gilles Breton, tienen una larga historia. Las invenciones de la moneda y de la imprenta y el sucesivo perfeccionamiento de los medios de transporte y de las comunicaciones han revolucionado en distintas épocas a la humanidad. Esos procesos no se produjeron, además, en forma lineal; hubo momentos o coyunturas históricas de aceleración y otras de cambios menos significativos.<sup>73</sup>

---

71 R. Boyer y J. P. Durand, *op. cit.*; Benjamín Coriat, *L'atelier et le robot*, París, 1990.; M. Cusumano, *The Japanese Automobile Industry*, Harvard, 1989. El “toyotismo” supone una producción de masa flexible para reducir costos en función de satisfacer una demanda diferenciada y de calidad, lo cual se hace posible con la incorporación de las nuevas tecnologías.

72 Gianni Vattimo, “El fin del empleo”, en *El País*, 4-5-96.

73 Gilles Breton, “La globalización y el Estado: algunos conceptos teóricos”, en Mario Rapoport (comp.), *Globalización, integración e identidad nacional. Análisis comparado Argentina-Canadá*, Buenos Aires, 1994, p. 22.

Desde el punto de vista de la percepción de los seres humanos no es posible afirmar que la significación que tienen hoy la "revolución informática" y de las comunicaciones es mayor para nuestros contemporáneos que la invención del teléfono o de la aviación para generaciones anteriores; y, por otra parte, "el tiempo real" hace mucho tiempo que existe para la radio o la telefonía, por ejemplo. La problemática principal en este caso no es tampoco tecnológica. Por el momento, los principales beneficiarios de la "instantaneidad" son los mercados de capitales y los medios de comunicación. Pero las nuevas tecnologías tienen otras potencialidades que aún no han sido suficientemente explotadas. Su utilización y el curso que seguirán las nuevas tecnologías de los nuevos procesos innovadores dependerá de las concepciones y de los procesos económicos y sociales que las impulsan.

### La cuestión de la competitividad

Otro de los mitos más comunes del proceso de globalización gira en torno a la cuestión de la competitividad. En distintas etapas del desarrollo del capitalismo se formularon ideas o teorías económicas tendientes a justificar políticas que tendían a favorecer a países o naciones (o sectores económicos dentro de ellas) en los mercados internacionales. El objetivo esencial de los mercantilistas como Colbert no se diferenciaba en mucho en sus objetivos de las ideas que prevalecen hoy día en economistas o gobiernos. Para Colbert el imperativo más importante para un país era desarrollar las exportaciones porque el comercio exterior constituía el nervio de la guerra económica, ella misma fuente de poder para una nación. En los mercantilistas la búsqueda de este poder se obtenía fomentando las exportaciones y restringiendo las importaciones de otros países, incluso prohibiéndolas o recurriendo al embargo de ellas. Era necesario retener los metales preciosos a

través de los excedentes en la balanza comercial.<sup>74</sup> Por su parte, los economistas clásicos, y David Ricardo en particular, formulan la teoría de las ventajas comparativas en momentos en que el proceso de industrialización británico de fines del siglo XVIII y principios del XIX permitían a la corona inglesa exportar ventajosamente sus manufacturas, de mayor valor agregado, abasteciéndose a cambio de ello de materias primas y alimentos baratos en otras partes.<sup>75</sup> Ricardo escribe sus *Principles* en 1817 y sólo treinta años más tarde son abolidas en Gran Bretaña las leyes de granos, último vestigio del proteccionismo inglés, extendiéndose en el mundo las ideas y la práctica del libre comercio. Es decir que la conversión al liberalismo se realiza en aquel país más de un siglo después de comenzada la Revolución Industrial.<sup>76</sup> La teoría de las ventajas comparativas surge, pues, en un momento en que existían claras ventajas para el capitalismo inglés sobre sus competidores en el desarrollo de los sectores productivos más avanzados para la época. Es esta misma razón la que produce una reacción en los países en vía de industrialización, particularmente en Estados Unidos y Alemania, los cuales, para defender su producción industrial amenazada por la competencia británica, elaboran teorías y políticas proteccionistas cuya exposición más clara se halla en el *Sistema nacional de economía política*, de Friedrich List, escrito en 1840. Para List el proteccionismo constituía una defensa contra la ley de los más fuertes, un sacrificio para la nación (por la desventaja inicial que implicaba para

---

74 Maurice Basié y otros, *Histoire des pensées économiques*, París, 1993, p. 18.

75 Nadie puede suponer que Ricardo tomase el ejemplo de los textiles ingleses y los vinos portugueses como un simple ejercicio de imaginación. La realidad precedía a la teoría.

76 Cf. Paul Bairoch, *op. cit.*, cap. 2.

los consumidores) y un medio del que se valían las naciones atrasadas para llegar más satisfactoriamente al libre cambio.<sup>77</sup>

Pero lo más interesante desde el punto de vista histórico es que, como lo ha demostrado Paul Bairoch, en el desarrollo del capitalismo el "libre cambio es la excepción y el proteccionismo, la regla". Por ejemplo, el siglo XIX, considerado como el siglo de oro del libre cambio en Europa, tuvo pocos años donde prevaleció plenamente y sólo Gran Bretaña sostuvo, después de 1846, una política firmemente librecambista. Por el contrario, en el caso de los Estados Unidos resulta igualmente claro que entre fines del siglo XVIII y la crisis de los años treinta fue un país decididamente proteccionista.<sup>78</sup>

Actualmente, se ha acuñado la teoría de las ventajas competitivas basada en la realidad de los países desarrollados. Michael Porter es el que mejor la ha expuesto en un libro ya clásico.<sup>79</sup> Pero esta teoría surge también en un marco histórico determinado y como consecuencia de la pérdida de competitividad de naciones líderes, como los Estados Unidos, frente al Japón, los "tigres" del sudeste asiático y algunos países de la Comunidad Europea. Hay autores que lo expresan abiertamente al señalar que el libre comercio beneficia sólo

---

77 Cf. Friedrich List, *Système national d'économie politique*, París, 1857.

78 Paul Bairoch, *op. cit.* Cuando Inglaterra pierde sus ventajas comparativas dentro de su mismo Imperio después de la crisis de 1930, adopta un proteccionismo defensivo a través del sistema de "preferencias imperiales". Estados Unidos es, por el contrario, el impulsor del liberalismo en la segunda posguerra, que coincide con su posición hegemónica dentro del mundo occidental.

79 Michael Porter, *The Competitive Advantage of Nations*, Nueva York, 1990. Porter recrea la teoría de la dotación de factores las ventajas competitivas, pero esos factores son más numerosos y complejos que aquellos expuestos por la teoría clásica o neoclásica y varían de país a país. La clave es la existencia de factores especializados (de recursos humanos, infraestructura, etc.) que provean la innovación tecnológica necesaria para un continuo y sostenido aumento de la productividad. Puede verse también Kenichi Ohame, *op. cit.*

a las “naciones que deben importar materias primas”, en una clara referencia al Japón, proponiendo para los Estados Unidos una política de “proteccionismo competitivo”.<sup>80</sup> Robert Reich y otros han analizado de qué manera afecta la globalización a la sociedad norteamericana aunque proponen soluciones distintas de las del “nacionalismo suma-cero (o ganamos nosotros o ganan ellos).<sup>81</sup>

Sin discutir la necesidad que tienen todos los países de ser más competitivos y de ampliar su participación en los mercados mundiales, sobre la base de un crecimiento económico sustentado en una asignación más eficiente de los recursos y en un cambio en sus paradigmas tecnológicos y de formación de recursos humanos, algunos especialistas comienzan a cuestionar la ideología de la competitividad porque ésta no tiene en cuenta las realidades de la economía mundial y pretende sustituir “otros modos de organización de la vida económica, política y social”.<sup>82</sup>

Las razones esgrimidas son varias. Por empezar, el peligro de que la concurrencia y el exceso de competitividad lleven a guerras económicas y a un retorno a los proteccionismos. Luego, el hecho de que ambos factores estén limitados estructuralmente en su accionar por fenómenos tales como la desigualdad de los ingresos, el problema ecológico y la concentración del poder en manos de ciertas entidades “globales” (empresas multinacionales, redes internacionales de información y comunicación, etc.). Finalmente, la constatación

---

80 Ravi Batra, *El mito del libre comercio*, Buenos Aires, 1994, pp. 244-260. Cf. también Paul Krugman, quien propone la teoría de la política comercial estratégica que debe ser utilizada para incrementar el bienestar de los Estados Unidos a expensas de otros países; véase P. Krugman, *Strategic Trade Policy and the New International Economics*, Cambridge, 1986.

81 Robert Reich, *op. cit.*, p. 296.

82 Groupe de Lisbonne, *op. cit.*, pp. 22-26. Organizaciones basadas en la cooperación y la solidaridad, por ejemplo.

de que la ideología de la competitividad tiende a promover reformas económicas que tienen efectos negativos sobre las sociedades –eliminación de pequeñas y medianas empresas, desempleo, destrucción del medio ambiente–, que no siempre resultan compensados por la mayor inserción internacional o directamente no se justifican.<sup>83</sup> La competitividad tiene sus “límites” y el “mundo global”, la obligación de encontrarlos.

### A modo de conclusión: globalización e historia del capitalismo

“Toda la tierra habitable –decía Paul Valéry en 1931– ha sido en nuestros días reconocida, relevada, compartida entre las naciones. La era de las tierras vacías, de los territorios libres, de lugares que no pertenecen a nadie [ha terminado]... la era de la libre expansión se ha cerrado. El tiempo del mundo finito comienza.”<sup>84</sup>

En los últimos años del siglo XX ese proceso, simbolizado –como señala Rosenau– por las imágenes de la Tierra tomadas desde la Luna mostrando “una esfera azul que parece suspendida en el tiempo y que recuerda hasta qué punto todos los seres humanos están confinados a un mismo espacio limitado y, en consecuencia, sujetos a las mismas vulnerabilidades”, es perceptible por todos, no sólo por algunos intelectuales o visionarios.<sup>85</sup>

Pero esta constatación puede llevarnos a conclusiones equivocadas en el análisis de la coyuntura actual y de sus perspectivas futuras si no recurrimos a la historia y si no nos interrogamos sobre las características del proceso histórico

83 *Ibidem*.

84 Paul Valéry, *Regards sur le monde actuel*, París, 1931.

85 James N. Rosenau, “Les processus de la mondialisation: retombées significatives, échanges impalpables et symbolique subtile”, en *Études Internationales*, Univ. Laval, vol. XXIV, N° 3, septiembre, 1993, p. 497.

que nos condujo a la situación presente y sobre sus alcances. ¿Cuándo comienza? ¿Es un proceso reciente o viene de muy lejos en el pasado? ¿Representa un punto de inflexión de la sociedad moderna o no es más que un episodio, una etapa, difícil de poder encerrar en sus límites temporales? ¿Es propio de la sociedad capitalista o tiene rasgos comunes con otras sociedades del pasado?

En verdad, la mayoría de los textos que hablan de globalización carecen de una perspectiva histórica o, si la tienen, ésta es insuficiente o no bien fundamentada, aunque sus conclusiones prácticas aparecen evidentes. El problema principal es que quienes se refieren hoy a la economía mundial como una novedad consideran que las economías nacionales están en vías de disolverse, ignorando el grado en el cual, a lo largo de varios siglos, el proceso de mundialización económica ha estado íntimamente articulado a la formación y desarrollo de los espacios económicos nacionales. Es decir, discutir el status teórico e histórico de la globalización remite necesariamente a un nuevo debate sobre el papel de los mercados nacionales y de los Estados-nación como categorías históricas.<sup>86</sup>

Sin embargo, los historiadores no han sido tomados por sorpresa y antes de que se acuñara el concepto de globalización ya existían otros que podrían abarcarlo. Así, por ejemplo, en espacios más limitados y circunscriptos en el tiempo, Fernand Braudel introdujo los conceptos de imperios-mundo y economías-mundo. No trataba de explicar fenómenos que se extendían a todo el globo terrestre pero sí a considerables extensiones de tierra, reconocidas y ocupadas por los hombres, que conformaban una misma unidad económico-política en determinados momentos históricos. Esta

---

<sup>86</sup> Esta discusión constituye el tema central del texto de François Bedarida y Nicolas Roussellier, "Nations, peoples and states forms", en *Proceedings*, XVIII International Congress of Historical Sciences, Montreal, 1995, pp. 3-45.

visión, que contribuyó a estimular una perspectiva de más largo alcance en los estudios históricos y se asocia a otro concepto “braudeliano” clave, el de “larga duración”, ha sido criticada por algunos por su enfoque demasiado “circulacionista” en el que un cierto divorcio entre el concepto de economía de mercado y de capitalismo habría conducido a Braudel a una “sustancialización” casi universal del mercado, sobreestimando “el grado de mercantilización de la sociedad europea anterior al siglo XIX”.<sup>87</sup>

Para Immanuel Wallerstein, cuya obra histórica estuvo dedicada a desarrollar esta idea “braudeliana”, el concepto de “economía-mundo” (*world-system*) no debe ser confundido con el de “economía internacional”, que se entiende como la suma de una serie de economías distintas de alcance nacional que, bajo ciertas circunstancias, realizan intercambios las unas con las otras. Según Wallerstein, estamos en presencia de una ‘economía-mundo’ siempre que exista una división internacional del trabajo... con un conjunto integrado de procesos de producción, unidos unos a otros por un mercado instituido o creado de alguna manera compleja”. La economía-mundo de forma capitalista, basada sobre un modo de producción definido, no resulta así una novedad del siglo XX, ni tampoco una simple yuxtaposición de economías nacionales, sino que ha existido, al menos en parte del globo, como un sistema social histórico, desde el siglo XVI.<sup>88</sup>

Otros autores, como Ruggiero Romano, en cambio, si bien aceptan el concepto de economía-mundo capitalista no están de acuerdo con el contenido que le da el mismo Wallerstein ni con su periodización. Según Romano, de los siglos

---

87 Alain Caille, “Comment on écrit l’histoire du marché”, Premier Rencontre Karl Polanyi, Lyon, 23-10-1993, p. 21.

88 Immanuel Wallerstein, “Tendances et prospectives d’avenir de l’économie-monde”, en Bahgat Korany y otros, *Analyse des relations internationales, approches, concepts et données*, Montreal, 1987, pp. 107-109.

XVI a XVIII el capitalismo es una “mera ilusión” a escala internacional. Para él, en primer lugar, no existe una correlación en las variaciones de precios de toda una serie de productos en los distintos continentes y, en segundo término, si bien los europeos controlan el comercio internacional desde el siglo XVI, la mayor parte de la producción aún se les escapa. Todavía, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, “nos encontramos –dice Romano– ante ‘imperios mundo’... Una aproximación a la creación de una verdadera relación centro/periferia [y la relativa economía-mundo] se obtuvo, realmente, en el siglo XVIII en el contexto del poderío inglés. Pero se trata únicamente del inicio. Para el gran cambio se tendrá que esperar hasta el siglo XIX”.<sup>89</sup> La polémica hace recordar la que se desarrolló en las décadas de 1950 y 1960 en torno de los conceptos de transición del feudalismo al capitalismo y de capitalismo de producción y capitalismo comercial.<sup>90</sup>

Es cierto que en el siglo XIX las ideas dominantes del liberalismo, bajo la influencia del pensamiento de Adam Smith, representaban el desarrollo de la economía mundial y las tendencias a la internacionalización en todos los planos como resultado exclusivo y determinante de la expansión de los mercados. Pero esta visión unilateral, tanto del proceso de los siglos previos como de aquel mismo período, provenía de la necesidad del capitalismo industrial triunfante y de sus sectores dirigentes, sobre todo en la etapa del monopolio industrial de hecho de Gran Bretaña, de abrir el mundo a las mercancías de su industria en expansión.<sup>91</sup>

---

<sup>89</sup> Ruggiero Romano, “El centro e la periferia”, en AA.VV., *Stori d'Europa*, Milán, 1988, pp. 481-489.

<sup>90</sup> Véase, por ejemplo, P. M. Sweezy, M. Dobb y otros, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Madrid, 1967.

<sup>91</sup> Mario Rapoport, *De Pellegrini a Martínez de Hoz, el modelo liberal*, Buenos Aires, 1984, pp. 23-24.

En realidad, como lo expuso Karl Polanyi, el comercio nacional que sirvió de base a la expansión capitalista no había sido el resultado de la expansión automática y espontánea ni de los mercados locales, ni del comercio exterior a gran distancia propio de los mercaderes medievales, sino de la acción de los Estados nacionales, desde las monarquías absolutas hasta List y el *Zollverein* alemán, por un lado, y el Japón Meiji, por otro, pasando por la revolución inglesa del siglo XVII, la francesa del XVIII, y el proceso de formación nacional de Estados Unidos influenciado fuertemente por las ideas “proteccionistas” de Hamilton. De hecho, afirma Polanyi, “el comercio interior... ha sido creado en Europa Occidental por la intervención del Estado”.<sup>92</sup> Paul Kennedy concuerda con estas ideas al señalar que “de manera gradual y desigual la mayoría de los regímenes europeos estableció una relación simbiótica con la economía de mercado a partir del establecimiento de un orden nacional”.<sup>93</sup>

En el propio Adam Smith el libre cambio es resultado y función de la constitución de un mercado nacional, que exige una iniciativa estatal a fin de abolir las leyes que impiden la formación de ese mercado. La revalorización actual por los historiadores del pensamiento económico de economistas rivales de Smith, como James Stuart, que afirmaban aun con mayor convicción lo mismo, expresa las dudas que desde el punto de vista teórico plantea el enfoque neoliberal de la globalización.<sup>94</sup>

Desde el siglo XVI la articulación de un primer mercado mundial, denominado sugerentemente por Aldo Ferrer como primer orden económico mundial, junto con el ascenso

---

92 Karl Polanyi, *La Grande Transformation*, París, 1983, p. 96.

93 Paul Kennedy, *op. cit.*, p. 52.

94 Cf. Pierre Rosanvallon, *Le libéralisme économique. Histoire de l'idée de marché*, París, 1989.

del capitalismo naciente, estuvieron íntimamente ligados al proceso de conformación de las naciones europeas y a la acción de los Estados bajo el mercantilismo, para no mencionar la conquista de América y los inicios de la expansión colonial.<sup>95</sup> La interacción entre Estado y mercado ha sido así el eje determinante en el proceso, también mutuamente articulado, entre la evolución de las naciones y el sistema económico internacional. El proceso de expansión del capitalismo, aun en sus períodos de mayor liberalización comercial y económica, como desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial (bajo el signo del patrón oro y de la *pax britannica*) estuvo enmarcado por la acción permanente de los Estados tanto en el interior de cada país como en el de las relaciones económicas internacionales (colonialismo, proteccionismo de potencias emergentes), como bien lo señala Paul Bairoch.<sup>96</sup> La crisis de 1929, con los cambios en las políticas económicas que supuso el paradigma keynesiano, sólo hicieron visible un proceso de vinculación orgánica y estructural entre Estado y mercado que la ideología liberal predominante y la reglas formales del comercio internacional no habían alcanzado a opacar.

La inexistencia actual de organizaciones estatales supranacionales (efectivamente soberanas) se revela como un signo de la perduración de los espacios nacionales, y aunque en los hechos éstos estén sujetos a procesos de desestructuración y reestructuración siguen siendo un fenómeno característico de la evolución económica y política mundial. Más aún, en el marco de la actual globalización, comunidades étnicas o culturales reivindican la necesidad de un Estado propio para conformarse como naciones (en los Balcanes, Europa Oriental, Québec, etcétera).

---

95 Cf. Aldo Ferrer, *Historia de la globalización*, Buenos Aires, 1996.

96 Cf. Paul Bairoch, *op. cit.*

Si caracterizamos la globalización de las relaciones humanas de todo tipo como un signo distintivo del capitalismo en tanto sistema económico, tal como lo señala Wallerstein, podemos distinguir tres etapas de rasgos cualitativamente disímiles que caracterizarían ese proceso y se vinculan a fases de desarrollo del sistema capitalista desde sus orígenes, localizados geográficamente en el norte de Europa. La primera es la de los siglos XVI a XVIII (conquista de América, mercantilismo, creación de un primer mercado mundial). La segunda la podemos situar desde la Revolución Industrial y el paso de la gran industria maquinizada hasta el triunfo del libre cambio, la hegemonía británica, una segunda expansión colonial y la consolidación de otras naciones industrializadas. La tercera etapa, que caracteriza al siglo XX, está asociada, a su vez, con los profundos cambios en la estructura del capitalismo (concentración industrial y financiera, cambios tecnológicos y en las formas de organización del trabajo, surgimiento y expansión de las empresas multinacionales); los cambios de hegemonía en el sistema internacional (desplazamiento de Inglaterra por Estados Unidos y otros países desarrollados); el predominio de las exportaciones de capitales y la conexión ya no meramente mercantil entre los espacios nacionales, y un mundo en donde no quedan ya territorios por descubrir y apropiarse.<sup>97</sup> En este sentido, una discusión más particularizada del proceso presente estriba en poder reconocer si nos hallamos en el umbral de una cuarta etapa de globalización

---

97 Sobre las etapas del proceso de mundialización capitalista, véase Giovanni Arrighi, *op. cit.* En este trabajo entendemos los conceptos de mundialización y globalización como similares, pero hay autores que distinguen el uno del otro, considerando que la globalización es un fenómeno reciente que forma parte del proceso histórico de mundialización capitalista, pero le agrega un sistema de ideas y una concepción del mundo que no existían en las etapas anteriores (cf. R. Bernal Meza, *América Latina en la economía política mundial*, Buenos Aires, 1994). Por lo tanto, sólo podríamos hablar de globalización en los últimos treinta o cincuenta años.

con elementos cualitativamente distintos de los anteriores, que comienza en la segunda posguerra o en los años setenta, o si éste es un nuevo subperíodo, con rasgos particulares, de la tercera etapa.

El estudio de la historia permite descubrir que la ilusión de lo nuevo debe ser contrastada con ciertos rasgos que aún perduran y que tienen varios siglos de existencia (la articulación de la tendencia a la mundialización con la formación y persistencia de los espacios nacionales; la conexión orgánica entre Estados y mercados), pero, a la vez, que cada etapa ha tenido elementos cualitativamente distintos, decisivos en la estructuración de la economía y del sistema internacional.

En la actual debemos señalar, por empezar, la diferente dimensión que han adquirido los conceptos de tiempo y espacio que estuvieron inseparablemente unidos en las culturas premodernas y que hoy se caracterizan por la instantaneidad de la información y la intensificación explosiva de los flujos económicos y culturales en todo el globo.<sup>98</sup>

En segundo lugar, la existencia de un orden económico y político mundial multipolar, caracterizado por la existencia de una tríada, que reemplaza al esquema bipolar y a la hegemonía norteamericana sobre las economías de mercado de la posguerra.

En tercera instancia, la nueva articulación entre la esfera económica y la política, en donde la primera parece tomar la primacía y, desde el punto de vista económico, la separación cada vez mayor de la esfera financiera con respecto a los movimientos comerciales y a las estructuras de producción, la transnacionalización de los procesos productivos y los cambios en las condiciones y modalidades de trabajo.<sup>99</sup>

---

98 Cf. Mario Rapoport (comp.), *op. cit.*

99 Cf., entre otros, Henri Bourguinat, *op. cit.*; Robert Reich, *op. cit.*

En cuarto lugar, el peso creciente de los procesos de integración regional, su relación dinámica y contradictoria con la globalización y los cambios en las modalidades de acción (más restringidas) de los Estados nacionales frente a ambos fenómenos.

En quinto término, la aceptación predominante en los círculos de poder e intelectuales de “la concepción liberal de la política social y la gestión de la economía”.<sup>100</sup>

En sexto lugar, la creciente percepción del mundo como un espacio ecológico único (una nave espacial) en donde la destrucción de alguna de sus partes afecta a la humanidad en su conjunto.

Finalmente, y en el ámbito de lo social, la tendencia a la marginación de vastos sectores de la población mundial, con un corte entre “incluidos” y “excluidos” que no se produce solamente entre regiones o países, sino en el interior de cada uno de ellos, incluso en el mundo más desarrollado.

Al mismo tiempo, la transnacionalización de las economías y de las sociedades lleva como contracara la aparición de movimientos separatistas regionales en el seno de Estados y naciones y el resurgimiento de tradiciones étnicas, culturales o religiosas de distinto tipo. Las guerras y conflictos regionales y nacionales no han desaparecido ni parecen estar en vías de hacerlo. El llamado “fin de la historia” no ha ocurrido y el hombre debe atravesar aún un dificultoso camino para mejorar sus condiciones de vida y difundir los frutos del crecimiento económico a la mayor parte de la población mundial.

Por el contrario, sólo una perspectiva de “largo plazo” puede ayudarnos a comprender la naturaleza del momento que vivimos, en lo que tiene de prolongación del pasado y en lo que tiene de nuevo, permitiendo confrontar ideologías con hechos.

---

<sup>100</sup> En los propios términos de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), *El empleo en el mundo 1995*, Ginebra, 1995, p. 77.

Parafraseando a Rosenau, el globo azul que ahora puede observarse desde la Luna da a los seres humanos una nueva visión del propio hogar que se corresponde con los cambios conmocionantes que experimentan en su vida cotidiana e induce a pensar en un mundo homogéneo y finalmente unificado, suspendido en el eterno presente del movimiento gíatorio de los astros. Pero, como dice Borges respecto de la audaz idea de uno de sus personajes de reunir un Congreso del Mundo: "Organizar una entidad que abarca el planeta no es una empresa baladí... planear una asamblea que representara a todos los hombres era como fijar el número exacto de los arquetipos platónicos, enigma que ha atareado durante siglos la perplejidad de los pensadores".<sup>101</sup> El análisis histórico no nos dará la solución a ese enigma pero nos permitirá ver más allá de la miopía de nuestra condición presente, ayudándonos así a corregir nuestras percepciones y a tomar conciencia de la relatividad de las mismas.

---

101 Jorge Luis Borges, *El libro de arena*, Buenos Aires, 1995, p. 45. Citado también por O. Ianni, *op. cit.*

## 1.2 ACERCA DE ALGUNOS MITOS SOBRE LA GLOBALIZACIÓN. A PROPÓSITO DE LOS ESTADOS NACIONALES, EL NUEVO ORDEN MUNDIAL Y LA DEMOCRACIA Y LA CULTURA GLOBALES\*

### La globalización y los Estados nacionales

Una cuestión que debe ser discutida para dilucidar lo que hay de mítico y de real en el proceso de globalización, es la del “debilitamiento” o posible “desaparición” del Estado-nación. Se considera que hasta el fin de la bipolaridad habría regido en el escenario internacional el “paradigma” del Estado-nación soberano y autárquico. Con el triunfo del capitalismo liberal y la globalización económica, nos encontraríamos ante un proceso de disminución progresiva de la esfera de acción de los Estados, hecho sobre el que concuerdan tanto apologistas como críticos del neoliberalismo.

Por ejemplo, Robert Falk y Gilles Breton han desarrollado el concepto de “evasiones del Estado” para mostrar cómo dentro y fuera de las fronteras de un Estado-nación existen fuerzas internas y externas que establecen redes o efectúan acciones “por sobre los Estados”, “a través de las

---

\* Extraído en parte del artículo “Davos y anti-Davos. un replanteo de la globalización”, publicado en la revista *Enoikos*, N° 19, noviembre, 2001.

fronteras” o “más allá de las fronteras”, que se dirigen a resolver políticas globales (derechos humanos, capa de ozono, fundamentalismos de diversos tipos, terrorismo, tráfico de drogas, etc.) sin hallarse necesariamente en una lógica de oposición al Estado, pero prescindiendo de su propio marco institucional o de sus propias normas.<sup>1</sup>

Esto en parte es verdad. Nadie puede negar esos fenómenos de transnacionalización que ponen en cuestión el rol de los Estados-nación o debilitan sus soberanías, pero es preciso incorporar al análisis ciertos elementos que relativizan esas visiones. En principio, se debe evitar una asimilación mecánica entre el concepto de nación y el de Estado, la que a menudo resulta de una perspectiva eurocéntrica basada en el proceso histórico de formación de algunos países de Europa Occidental, cuyo paradigma sería Francia. ¿Cómo definir, por ejemplo, incluso en Europa, a países como Suiza y Bélgica donde coinciden un Estado y una sociedad plurinacional? Esto es más evidente aún en otras partes del mundo como en la India o Canadá. En el sentido opuesto, existen naciones que no han podido transformarse en Estados.

La nación, del latín *natus*, es una categoría histórica vinculada a procesos materiales y culturales que permiten constituir una comunidad distintiva respecto de otras (o dicho de otro modo, con una identidad propia). La nación, en su sentido moderno, está ligada, además, a los procesos de evolución social que caracterizaron el desarrollo del capitalismo desde sus inicios. A la vez, las naciones, con mayor o menor éxito, han procurado establecerse como Estados, es decir, poseer un aparato de poder (órgano de acción y de coerción) con soberanía sobre el territorio de esa nación y con el objetivo de regular las relaciones dentro de la sociedad

---

1 Gilles Breton, “La globalización y el Estado: algunos conceptos teóricos”, en Mario Rapoport (comp.), *Globalización, integración e identidad nacional. Análisis comparado Argentina-Canadá*, Buenos Aires, 1994, pp. 20-21.

nacional y con las otras comunidades. En el mundo moderno estos procesos han dado por resultado un sistema mundial conformado por pueblos que poseen Estados jurídicamente reconocidos.<sup>2</sup>

Sobre la base de estas premisas podemos preguntarnos si existe hoy un debilitamiento generalizado del Estado-nación como consecuencia del proceso de globalización y cuál es el sentido del mismo.

En primer lugar, se confunde muchas veces el “debilitamiento” del Estado con un fenómeno distinto aunque fuertemente asociado al proceso internacional y al del pensamiento que lo acompaña, cual es el cambio de las políticas económicas predominantes, marcado por la crisis del modo de regulación keynesiano y por la aplicación en su lugar de políticas neoliberales de ajuste estructural (reestructuración productiva, reforma del Estado, apertura económica, privatizaciones, abandono de políticas de protección social). Esto puede suponer un Estado más chico, con menos burocracia, pero no por eso menos “fuerte”, ya sea hacia el interior de la sociedad nacional como en sus relaciones externas.

En segundo lugar, se parte de un presupuesto falso al concebir el escenario de las relaciones internacionales anterior como regido por la acción exclusiva de los Estados. Precisamente a lo largo de los últimos cien años se han hecho sumamente visibles los fenómenos y estructuras que Pierre Renouvin llamó “fuerzas profundas” en la vida internacional, que trascienden a los Estados como actores exclusivos y convierten a las naciones en “porosas” a procesos transnacionales. Desde el último tercio del siglo XIX el mundo ha asistido a la expansión de las empresas multinacionales, a crisis económicas y financieras de alcance universal, a escándalos internacionales,

---

2 Cf. François Bédarida y Nicolas Roussellier, “Nations, peuples et États”, en *Proceedings, XVIII International Congress of Historical Sciences*, Montreal, 1995, pp. 3-23.

a procesos de intensificación y difusión de prácticas culturales y científicas y de corrientes ideológicas y políticas de carácter mundial (socialismo, comunismo, fascismo, liberalismo, diversos tipos de movimientos religiosos y de organizaciones internacionales). Recordemos por su peculiar importancia en la política mundial a la Internacional Comunista. Sin embargo, esas tendencias no anularon la acción estatal y, por el contrario, en ciertas coyunturas, la potenciaron: las guerras entre las grandes potencias también tuvieron un alcance universal.<sup>3</sup>

En tercer lugar, al iniciarse el siglo XX gran parte de la población del mundo no vivía bajo la jurisdicción de Estados soberanos sino en el marco de diversas formas de dominación colonial y semicolonial. Por el contrario, un resultado visible de las últimas cinco décadas es la multiplicación de Estados independientes en el escenario internacional.

En cuarto lugar, en el contexto de los cambios actuales los Estados nacionales conservan aún un rol destacado. En el caso de las grandes potencias es particularmente notable su papel como instrumentos para garantizar una mayor competitividad internacional de cada una de ellas. Como señala un autor, en el plano económico, la regulación estatal permanece aunque retoma los objetivos que tenía “en un período más temprano del capitalismo occidental, orientada al logro de la competitividad, la supremacía y el elitismo” en cambio de los rasgos presentes en el “Estado de bienestar”, surgido en la posguerra, vinculados a políticas de crecimiento, equilibrio social y universalidad. Hoy “la soberanía del Estado, que no es jurídicamente puesta en cuestión por la afir-

---

3 Cf. Mario Rapoport, “¿Una teoría sin historia? El estudio de las relaciones internacionales en cuestión?”, en *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, N° 3, 1992, pp. 147-160; Jean-Baptiste Duroselle, *Tout Empire périrá*, París, 1992.

mación de las tendencias en curso, se reduce de facto, para los gobiernos, a determinar soberanamente hasta dónde irá su sumisión al capital".<sup>4</sup>

En quinto lugar, el peso aún vigente de los Estados nacionales, particularmente el de las grandes potencias, se hace más visible en el plano político, estratégico y militar, como lo muestran la Guerra del Golfo y el proceso posterior de negociaciones y conflictos entre los países líderes en torno a diversos puntos "calientes" de la agenda internacional (el caso de la ex Yugoslavia, Somalia, Cuba, Irán y Libia, etc.) así como las discrepancias en torno al control y desarrollo de las armas nucleares, dentro del aún vigente monopolio atómico. Todo ello se ha reflejado en la visible "crisis" de los organismos internacionales, como las Naciones Unidas, cuya influencia como ente supraestatal parecía afirmarse progresivamente a fines de los años ochenta y principios de los noventa. Por eso mismo el proceso actual no marca el fin del sistema interestatal; por el contrario, se intensifica el rol de los Estados de varias grandes potencias en la escena internacional.<sup>5</sup>

A la vez, se observa un gran debilitamiento de la presencia y poder de decisión en el escenario internacional de los Estados de los países periféricos, muchos de los cuales alcanzaron a desempeñar un rol más destacado a través del movimiento de países "no alineados". Con las políticas de ajuste estructural, los efectos del endeudamiento externo y la reducción de las áreas de capitalismo de Estado ha mermado la capacidad de fuerzas locales para utilizar el aparato de Estado en la búsqueda de mayor poder interno y autonomía internacional.

---

4 Jocelyn Letourneau,, *Les Années Sans Guide. Le Canada a l'Ère de l'Économie Migrante*, Québec, 1996, p. 16.

5 Cf. Raúl Bernal-Meza, "La globalización: ¿un proceso y una ideología?", en *Realidad Económica*, N° 139, 1996, p. 96.

En sexto lugar, el proceso de reformulación de la fuerza y debilidad de los diversos Estados tiene su base no en la extinción, sino en la perduración y recreación del fenómeno nacional, en un proceso de interacción con la globalización, incluso en el plano económico. Más aún teniendo en cuenta la diversidad de sociedades, culturas e historias que inciden en la estructuración/desestructuración de los espacios nacionales.

El fin del Imperio soviético, por ejemplo, caracterizó al período como de emergencia de naciones antes subsumidas en el Este que reivindicaron sus derechos como naciones y como Estados. En el caso yugoslavo, catalizado por desacuerdos entre las potencias occidentales, se asiste al retorno de nacionalismos "esencialistas", al tiempo que crecen las corrientes neofascistas y nacionalistas regresivas en Europa y Estados Unidos. Estos fenómenos son en parte una respuesta a la globalización como resistencia de valores culturales amenazados, pero también una tendencia que responde a las características del proceso económico y político de la globalización. Así, la competencia internacional ha engendrado en el *establishment* norteamericano disyuntivas globalistas-nacionalistas, frente a la necesidad de afirmar la hegemonía de Estados Unidos en el escenario mundial.

Parece prematuro plantearse también que los espacios nacionales tienden a desaparecer disueltos en un contexto mundial global. Mientras ciertas naciones se desestructuran o fragmentan, emerge el nacionalismo en otras, y diversas comunidades reivindican un Estado propio para afirmar procesos de consolidación nacional.

Finalmente, es necesario remarcar que los propios proyectos de integración regional, a la vez que tienden a recortar las soberanías nacionales, expresan una tendencia a la constitución de suprasoberanías que contradicen los presupuestos de la "aldea global".

La Unión Europea, que tiene ya instituciones políticas en funcionamiento (el Parlamento europeo) y una densa burocracia en Bruselas y Estrasburgo, es el ejemplo más relevante de este proceso.

### El nuevo orden mundial

Acuñaado por el ex presidente Bush en el fragor de la Guerra del Golfo, un mito fuertemente sostenido en el plano de las relaciones políticas internacionales es el de la constitución de un nuevo orden mundial. Tras la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética, el fin de la disputa bipolar habría dado por resultado un escenario mundial en el que los intereses globales vinculados al triunfo del capitalismo liberal engendraban una comunidad internacional con valores compartidos. La competencia estratégica perdía así importancia en relación con un mundo de cooperación y paz regulado crecientemente por los organismos internacionales o sustentado, más bien (según las teorías realistas), en la existencia de una sola potencia hegemónica, los Estados Unidos. En consonancia con estas ideas se proclamaba el triunfo de una nueva juridicidad internacional que subordinaba los principios de la soberanía nacional, antes consagrados, a reglas supranacionales, inauguradas con la intervención colectiva en Irak.

En verdad, no es la primera vez a lo largo del siglo que un presidente norteamericano procura delinear un nuevo orden internacional. Henry Kissinger compara la formulación actual con los presupuestos "idealistas" de Woodrow Wilson tras la Primera Guerra Mundial y con la voluntad "de reformar todo el orbe siguiendo el modelo norteamericano" de Franklin D. Roosevelt y Harry Truman desde las postrimerías del segundo conflicto bélico. Con el fin de la Guerra Fría, la condición de los Estados Unidos de ser la única superpotencia con capacidad para intervenir en

cualquier parte del mundo constituyó la base objetiva del nuevo discurso sobre el orden mundial.<sup>6</sup>

Sin embargo, el rumbo tomado por los acontecimientos, si bien afirmó parte de estas tendencias, mostró también matices diferentes. El fin de la bipolaridad tornó visible la ya existente multipolaridad económica en el plano político y los “grados de libertad” para las potencias nacionales o regionales que ofrece la ausencia de un enemigo único. Este proceso no ha dado lugar, en consecuencia, a un nuevo orden sino a un incremento de la inestabilidad y la imprevisibilidad que desvela a los politólogos y estadistas. Se ha comenzado a hablar de un “déficit de poder” para el establecimiento de un nuevo orden con relación a la incapacidad de los Estados Unidos para seguir siendo centro hegemónico en términos decisivos pese a su supremacía militar. La “difusión” y desarticulación de las “variables del poder” (económico, financiero, comercial, productivo, comunicacional, militar) reflejan en realidad el proceso de esa multipolaridad en curso.

Por ello, los organismos internacionales han probado no constituir un poder en sí mismos y su acción sigue dependiendo de la voluntad y el acuerdo entre las grandes potencias. El proclamado nuevo rol de la ONU se transformó en una situación de crisis cuando, al compás de la creciente competencia multipolar, el orden jurídico y las acciones consiguientes que promovía se paralizaban por los desacuerdos o abrían paso a la lógica del poder tradicional, como en Bosnia, Haití, Somalia, Kosovo, Oriente Medio y otros lados. Fue la OTAN finalmente, y no las Naciones Unidas, la que debió intervenir en la guerra de Kosovo. La comunidad internacional sigue siendo, como su nombre lo indica, una comunidad de naciones, con potencias hegemónicas y países periféricos, en cuya cúpula se dibuja el poder estratégico de los

---

6 Henry Kissinger, *La diplomacia*, México, 1995, p. 802.

Estados Unidos, pero también una “tríada” (la nación del norte, la Unión Europea, el Japón) con acuerdos y conflictos, pero sin reglas fijas.

En lugar de una paz universal “kantiana”, prevalece un nuevo “desorden” internacional que se refleja en numerosos focos de conflicto en todo el mundo. Según una publicación reciente existen más de cincuenta conflictos y guerras en curso en los cinco continentes. Desde el drama de la ex Yugoslavia, en el corazón de Europa, pasando por los innumerables focos africanos, la caldera del Oriente Medio, los enfrentamientos y guerras civiles en el Extremo Oriente y la ex Unión Soviética hasta el resurgir de movimientos guerrilleros en América Latina, el mundo no parece asistir a la gestación un nuevo equilibrio (u orden). Aunque algunos de estos conflictos son atribuidos a supervivencias de lo antiguo, al “choque de civilizaciones” o al resurgimiento de tribalismos, manifiestan en verdad un proceso de fragmentación que aparece como una evidente contracara de la globalización.<sup>7</sup>

Al mismo tiempo, no debe dejarse de tener en cuenta que la estrategia de las grandes potencias y la expansión del capital transnacional se articula con esos conflictos, los condiciona, potencia o aplaca. Persisten la competencia política y militar y el monopolio atómico y ha continuado el comercio de armas: “todo ministro de Defensa” de las potencias vendedoras es “juizado por sus capacidades de representante de ese comercio”.<sup>8</sup> En la Argentina conocemos bien la situación en torno del tráfico de armas en dirección a Croacia y Ecuador.

El criminal atentado a las Torres Gemelas no altera el diagnóstico ni constituye, como se ha dicho, el comienzo de otra guerra mundial ni una expresión del “choque de

---

7 Cf. *Atlas 2001 des Conflits*, en *Manière de Voir*, N° 55, París, enero-febrero, 2001.

8 Monique Chemillier-Gendreau, “Les Nations Unies confisquées”, en *Conflits fin de siècle*, *Manière de Voir*, N° 29, París, febrero, 1996, p. 17.

civilizaciones”. En principio nada indica que la civilización occidental es históricamente más adelantada que otras. El siglo XX ha conocido varias masacres de las cuales las dos más relevantes fueron las causadas por el genocidio nazi, que, además de generar una guerra con cuarenta millones de muertos, se basó en la planificación del exterminio de un pueblo, y por el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, que aniquiló a trescientas mil personas de la manera más horrenda posible. En su origen estaban naciones “civilizadas” como Alemania y Estados Unidos.<sup>9</sup> Por otra parte, como señala Kissinger, “por ser la única nación explícitamente creada para reivindicar la idea de libertad, los Estados Unidos siempre creyeron que sus valores eran relevantes para el resto de la humanidad”. Lo que creaba la obligación de “transformar el mundo a nuestra imagen”.<sup>10</sup> Pero ya el mismo ex presidente Jimmy Carter había señalado años antes del reciente atentado a las Torres Gemelas que “sólo hace falta ir al Líbano, Siria o Jordania para ver el inmenso odio de la gente hacia Estados Unidos porque nosotros hemos bombardeado sin piedad y matado gente inocente (...) Como resultado de ello para esa gente que está profundamente resentida nos hemos convertido en una especie de diablo”.<sup>11</sup> El doble circuito impulsado por la globalización de la inmensa pobreza y de las desigualdades sociales, étnicas y religiosas de millones de personas, por un lado, y de la inmensa riqueza producto del tráfico de armas, el narcotráfico, los paraísos fiscales y diversas formas de criminalidad internacional, por otro, que genera millonarios como Ben Laden (apañados en su momento por los mismos organismos de inteligencia norteamericanos), explican, junto a esos

---

9 Sobre este tema, véase Pedro Brieger, *Guerra y globalización después del 11 de septiembre*, inédito.

10 *Clarín*, 3-1-1993.

11 *New York Times*, 26-3-1989, citado por Brieger.

odios y conductas, el origen del nuevo terrorismo internacional. Los problemas de Estados Unidos no provienen sólo del Oriente Medio, sino de su extrema hegemonía sobre el resto del mundo, como señala Alain Touraine.<sup>12</sup>

En síntesis, si es cierto que la Guerra Fría pudo colocar al mundo al borde del holocausto nuclear y ese peligro se disipó desde fines de los años ochenta, el análisis histórico debe brindarnos una mayor prudencia en cuanto a los alcances de una paz perdurable. La aguda competencia comercial y económica, los fundamentalismos de todo tipo, las crecientes disparidades de ingresos, el incremento de la pobreza en el mundo, las disputas territoriales y el nuevo terrorismo internacional dan lugar a conflictos de distinto tipo que, aunque no estén condicionados o potenciados por la disputa bipolar, existen y se desarrollan en el marco de la puja de hegemonías, la cual supone al mismo tiempo interdependencia y rivalidad. Pero frente a esta realidad se alzan también diversos procesos de integración regional, como la Unión Europea y el Mercosur, que generan espacios diferentes y pacíficos donde los países pueden unirse en función de intereses comunes, económicos, políticos, sociales y culturales.

### La democracia global

Un mito persistente de la ideología de la globalización es el de que ésta viene acompañada de un proceso de expansión y fortalecimiento de sistemas democráticos de gobierno, que va en camino de extenderse poco a poco a la mayoría del globo. En realidad, tal idea se apoya en los acontecimientos que se sucedieron en Europa Oriental, luego del derrumbe de la Unión Soviética y de los regímenes autoritarios del "socialismo real", y en los procesos de transición democrática que, a partir de la década de los años ochenta, comenzaron a

---

<sup>12</sup> *El País*, 13-9-2001.

verificarse en diversos países del Tercer Mundo, especialmente en América Latina, como consecuencia de la caída de varias dictaduras militares surgidas en estrecha conexión con la Guerra Fría.

Pero debemos señalar, ante todo, que esta visión no tiene en cuenta los “agujeros negros” del mundo, como África (con excepción de Sudáfrica, que es un caso aparte y cuya democratización se debe a un largo proceso de luchas internas y presiones externas) o ciertas regiones del Oriente Medio, Asia y América Latina.

En segundo término, es preciso recordar que la vulnerabilidad anterior del sistema democrático en América Latina, si bien era favorecida por el contexto estratégico de la Guerra Fría, obedecía también a condiciones económicas, sociales y políticas propias que atentaban contra las posibilidades de estabilizar gobiernos democráticos. De todos modos, las actuales democracias no dejan de tener aspectos cuestionables que erosionan sus fundamentos, desde distintas perspectivas. Por un lado, el fenómeno de Fujimori en el Perú, el poder de veto que tuvo Pinochet en Chile, los cuasi golpes de Estado y la inestabilidad en Paraguay, el poder de los traficantes de droga en Colombia, la corrupción generalizada y las diversas transgresiones jurídicas y constitucionales, que son moneda corriente en la mayoría de los países de la región y cuyo ejemplo ha sido el menemismo en la Argentina; por otro, la existencia de movimientos guerrilleros también en Colombia y del movimiento zapatista en México, y la situación de crisis en Venezuela que produjo la llegada de Chávez al gobierno, impiden hablar de democracias plenamente consolidadas. Algo parecido sucede en Europa Oriental, en la cual existen aún conflictos armados y en donde, en muchos lados, las formas democráticas no ocultan tendencias autoritarias. El proceso de globalización, en la medida en que torna más frágil la situación social y separa arbitrariamente el ámbito de lo económico y de lo político

subordinando éste a aquél (y sobre todo, a los organismos económicos internacionales que supervisan las políticas de ajuste), contribuye a aumentar las incertidumbres del sistema democrático de estos países.

En tercer lugar, las democracias occidentales más avanzadas sufren también diversos problemas de legitimidad. La consideración del mercado como "un principio de organización social", la "privatización de la vida y de los valores" y la "banalización" de la política a través de los medios dan por resultado el alejamiento de la vida pública de una parte significativa de la ciudadanía. El elector se convierte en "consumidor" pasivo de ofertas electorales sobre las que ha perdido el control, con un grado de divorcio entre mandante y mandatario que se encuentra muy lejos de los paradigmas de la democracia liberal desarrollados en el siglo XIX. Existe, por el contrario, una acumulación del poder político (a través de una estrecha relación entre burocracia estatal, grandes medios de difusión e intereses económicos) que produce un descreimiento creciente sobre las virtudes del sistema.

Esta despolitización tiene también por causas la declinación de los partidos políticos populares, de los sindicatos y de todo tipo de movilización de masas, así como los escándalos y la corrupción política (y la vinculación de diversas mafias a la política, como en Italia) y la ausencia de valores comunitarios y objetivos nacionales que trasciendan lo meramente económico.

Por otro lado, las desigualdades en los ingresos, la no resolución de los problemas étnicos y raciales y el incremento de la desocupación y de la pobreza son elementos que destruyen los lazos de solidaridad social y los principios democráticos. Así, en los Estados Unidos, una parte de la ciudadanía no vota, se autoexcluye de la toma de decisiones políticas, mientras que, en Europa, resurgen fuerzas políticas que se creían extinguidas: neonazis, fascistas, populistas de derecha, etc., algunas con cierto peso electoral, como en

Francia, o se fortalecen movimientos regionales separatistas. El agotamiento del modelo democrático liberal ha llevado así a algunos especialistas a buscar nuevas formas de participación política y a proponer una reconstitución del rol del Estado como regulador y sostenedor de ese modelo.

### **La globalización de la cultura**

Una última cuestión que merece examinarse es la de la globalización cultural. Es imposible negar también en el ámbito de lo cultural (y en el de las ideas) una evidente tendencia hacia la homogeneización, pero no a partir de la fusión en un terreno común de las diversidades existentes, sino de la universalización de algo particular: de un tipo de cultura que se transforma en hegemónica.

Este proceso tiene que ver con los dos factores que caracterizan ese fenómeno que algunos han denominado el “tiempo mundial” para referirse al actual proceso de globalización como un momento de ruptura y cambio: la ruptura geopolítica que representó la caída del sistema soviético y la ruptura socioeconómica, fundada en la preeminencia del mercado sobre la regulación keynesiana.<sup>13</sup>

La caída del “socialismo real” implicó también el ocaso de un imaginario social, poniendo al descubierto la ausencia de un modelo alternativo al sistema, mientras que el cambio en los paradigmas económicos predominantes desde la crisis de 1930 (el retorno al liberalismo) supuso una revolución (o restauración) ideológica que privilegia ciertos valores: el individualismo, la privatización de intereses y metas personales, el predominio de la competencia sobre los principios de solidaridad o cooperación, el reconocimiento de que en toda sociedad habrá ganadores y perdedores en función de niveles

---

<sup>13</sup> Zaki Laidi, “Le temps mondial”, en *Les Cahiers du Ceri*, N° 14, 1996, p. 15.

de conocimientos y de capacidades diferentes.<sup>14</sup> Ello dio lugar a tres tipos de convergencia: “una convergencia estructural”, en torno de los patrones del desarrollo capitalista y de las nuevas tecnologías de punta; una convergencia de lenguajes fundacionales e interpretativos; y una convergencia cultural, centrada en la cultura estandarizada de Occidente.<sup>15</sup> Pero aunque los científicos sociales “identifican las líneas de transformación estructural con relativa unanimidad”, los procesos de cambio cultural “implícitos en la difusión de una retórica del globalismo” son menos claros.<sup>16</sup>

Sin embargo, la cultura de la globalización tiene características definidas y medios sobre los cuales se sustenta. Es, por supuesto, planetaria, pues abarca todo el globo; instantánea, pues se difunde en el tiempo real; y virtual, porque tiene una existencia propia que va más allá del mundo material. Estas características se apoyan, a su vez, en dos paradigmas: el de la comunicación y el del mercado. El espacio de la comunicación y el de las imágenes mediáticas ocupa todos los resquicios de la posmodernidad: el mismo espacio político “ha sido capturado por los medios de comunicación”. El mercado, por su parte, se ha constituido en el núcleo irreducible de la nueva sociedad (es posible vivir sin democracia pero no sin mercado), por lo cual la economía relega también a la política a un segundo plano. La “McDonaldización” o la “cultura Benetton” son ejemplos, muchas veces citados, de este horizonte cultural.

---

14 No es casual que sea un formidable adversario de Keynes en los años veinte y treinta, Friedrich von Hayek, el más influyente partidario del liberalismo, no sólo a través de su pensamiento económico, sino también de sus ideas en lo político y en lo jurídico.

15 Luis Roniger, *La globalización y la cultura de la disgregación social*, Tel-Aviv, 1996, p. 4.

16 *Ibidem*, p. 5.

La “cultura global” es, en verdad, una cultura hegemónica: el “idioma universal”, la formulación de modelos de interpretación de la economía y de la sociedad aplicables a todo lugar y circunstancia, la deshistorización y descontextualización de la realidad a través de las imágenes mediáticas, la difusión de los valores de una sociedad de consumo, forman parte de un tipo de cultura que predomina en las sociedades más avanzadas del mundo occidental.

Esta “cultura global” está, no obstante, sujeta a diversos tipos de cuestionamientos, ya sea por otras culturas globales o por culturas particulares (algunas de ellas también con aspiraciones hegemónicas).

Entre las culturas globales alternativas, podemos mencionar a aquellas que se vinculan a la defensa del medio ambiente mundial o a la protección de valores sociales no tenidos muchas veces en cuenta por la cultura hegemónica de la globalidad, como los derechos humanos. Se apunta así a la formación de una conciencia sobre problemas que afectan al conjunto de la humanidad. Entre las culturas particulares, se hallan las que tienen que ver con otro tipo de civilizaciones, con códigos sociales distintos del occidental, y algunas, como el islamismo, con aspiraciones universales; o las que se expresan a través de realidades económicas, prácticas sociales e identidades de distinto tipo (regionales, étnicas, religiosas, etc.) que no se corresponden con las representaciones que el globalismo cultural difunde y que perduran y se recrean pese a su menor poder de reproducción mediatizada.

En la medida en que el proceso de globalización tiene una dinámica de inclusión-exclusión, estas culturas alternativas pueden llegar a ser absorbidas o quedar totalmente fuera del sistema. Si el choque de civilizaciones es impensable, no lo es la existencia de un multiculturalismo basado en la pugna entre las culturas globales y las culturas particulares en un mundo en el que, junto a la uniformización, conviven el caos y el puro azar (característicos del nihilismo posmoderno);

junto al etnocentrismo, la diversidad; junto a la descontextualización y la deshistorización, el arraigo de los individuos a las memorias colectivas y las culturas particulares; junto a las "leyes eternas" propias de la subjetividad humana (el mercado, el lucro), una conciencia individual o colectiva de solidaridad y protección de los intereses comunes. La imagen de un eterno presente de competencia y consumo, lejos de ser global, es parte de una realidad bien particular de determinados sectores sociales y regiones del planeta.

No agotamos con este análisis la problemática actual de la globalización; sólo procuramos identificar los rasgos más significativos de la evolución económica, política y social del mundo en los últimos años que dan cuenta de ese fenómeno, tratando de evitar visiones unilaterales que abstraen algunos aspectos de su contexto o enfatizan otros, posturas ideológicas dirigidas a justificar políticas o intereses, o enfoques atemporales, carentes de la perspectiva histórica que permite discriminar lo nuevo de lo viejo y explicar correctamente las tendencias en curso.

### 1.3 LA CRISIS MUNDIAL DE FIN DE SIGLO\*

El mundo se acerca aceleradamente al siglo XXI sin tener en claro los escenarios que se le presentan. Estamos a mucha distancia de las predicciones de los relatos de ciencia ficción (aunque nuestro globo constituya en sí mismo una “nave espacial”, el espacio exterior no forma aún una parte esencial de las preocupaciones humanas). También nos hallamos lejos del futuro optimista de fines del siglo XIX. En aquel momento se estaba produciendo una formidable revolución tecnológica y sus contemporáneos se encontraban muy confiados respecto a los resultados positivos que la misma traería. El desplazamiento esperanzado de poblaciones enteras del viejo continente a nuevos espacios económicos, como la Argentina, era un signo de las posibilidades abiertas por los cambios tecnológicos y del “ilimitado” progreso económico que, se creía, resultaría de ellos.

La situación no es igual a fines del siglo XX. Frente a los que muchos denominan una “tercera revolución económica”,

---

\* Publicado parcialmente en *Coyuntura y Desarrollo*, revista del FIDE, N° 242, diciembre, 1998.

esta vez basada no en el sector industrial, sino en las comunicaciones y los servicios, las expectativas de nuestros contemporáneos son mucho más pesimistas. Esto resulta paradójico, porque con el fin de la Guerra Fría las perspectivas bélicas (y de un holocausto nuclear) parecen haberse alejado definitivamente, mientras que el retorno de las formas democráticas de gobierno en una porción significativa del mundo periférico debería proveer motivos de ilusión en un mundo mejor.

Sin embargo, las señales negativas del fin del siglo son numerosas y, para muchos, más importantes que los signos positivos: desocupación, pobreza y desigualdades crecientes, desequilibrios ecológicos, mercantilización de las relaciones humanas, corrupción y ausencia de contenidos éticos, difusión de la drogadicción, identidades culturales amenazadas de desaparición, etc., forman parte de la vida cotidiana de una gran parte de la población del planeta.

En este sentido, la actual crisis económica mundial ha mostrado los límites de un proceso de globalización económica que favorece a sectores limitados de la población mundial y pone en cuestión las condiciones mismas de sustentabilidad del sistema. Los paradigmas económicos priman sobre los políticos dentro de un panorama inquietante: el sector financiero está cada vez más desvinculado de la economía real, hay un divorcio creciente entre la producción y el consumo, y no existen mecanismos reguladores ni estatales ni supraestatales que permitan ordenar el caos de un sistema de valores que pone en peligro la democracia misma.

Sorprendentemente, para los que dan por seguro que el mercado financiero global es un hecho adquirido que representa una etapa diferente e innovadora en la historia del capitalismo, publicaciones de ideología liberal como *The Economist* advierten que aún falta mucho para la constitución

de ese mercado. Por el contrario, en un mundo con perfecta movilidad de capitales debería haber escasa relación entre el ahorro y la inversión nacionales, y este lazo se ha debilitado muy poco en los países industrializados; la mayor parte de la inversión interna es financiada con ahorros domésticos. Incluso en las economías emergentes en su conjunto, sólo el diez por ciento de la inversión doméstica es financiada externamente. Krugman lo señala también en un libro reciente, criticando las teorías en boga sobre la "guerra económica" entre las naciones. Pero lo más notable es que a fines del siglo pasado y principios de éste la situación no fue así: los índices de movilidad de capital en función de estas variables eran muy superiores, al menos tres veces más que actualmente. De igual modo, mientras que para los países ricos la proporción de la inversión extranjera directa sobre la inversión interna es hoy de cerca del seis por ciento, a principios de siglo los capitalistas británicos invertían en el exterior casi tanto como en su propio país.<sup>1</sup>

Por otra parte, el vigor relativo de la economía norteamericana en los últimos años se ha basado en el hecho de que el comercio exterior de ese país no representa más que el doce por ciento de su PBI y en el que el rol clave de la moneda norteamericana le asegura el financiamiento externo a través de su propia emisión monetaria. Es, en principio, el consumidor norteamericano el que ha sostenido el reciente proceso de crecimiento, no como ocurre en países como el nuestro. En la Europa del "euro" pasa lo mismo: el noventa por ciento de los ingresos de los europeos proviene de sus propios gastos. La conclusión para los neoliberales frente a estos hechos era hasta hace poco obvia, porque con la crisis se ha ido revirtiendo: las dificultades que pueden obstaculizar la marcha del proceso de globalización no se resuelven,

---

<sup>1</sup> *The Economist*, 18-10-1997.

como hoy ya se reclama en muchos lados, estableciendo controles cuya existencia termine erosionando la confianza del inversor, sino, por el contrario, propiciando una mayor integración financiera y asegurando mercados más abiertos que superen las opciones nacionales. Por supuesto, los riesgos son mucho más importantes para países con mercados financieros pequeños y relativamente poco sofisticados, como lo ha puesto de manifiesto con crudeza el actual derrumbe de la economía mundial.

Sin embargo, Aldcroft, Galbraith y otros economistas e historiadores que estudiaron las lecciones de la crisis de los años treinta nos habían puesto en guardia sobre estas soluciones.<sup>2</sup> Con patrón cambio oro, estabilidad monetaria, políticas económicas pasivas y una amplia libertad en los mercados comerciales y financieros, los movimientos de capital en la década de 1920, en lugar de jugar un papel de equilibrio entre los países deudores y acreedores, contribuyeron a desestabilizar la situación y a desencadenar la crisis, convergiendo, es cierto, como está ocurriendo ahora, con otros factores, como la caída en los precios de los productos primarios y la fuerte declinación en la capacidad de importación de los países deudores.

A ello le siguió la caída del sector real de la economía, especialmente en los Estados Unidos. Como lo señaló vívidamente el presidente Roosevelt en un mensaje al Congreso de su país en 1938, las causas del colapso de 1929 se debieron a la "sobreespeculación y a la sobreproducción de prácticamente cada artículo o instrumento usado por el hombre... millones de personas estaban trabajando pero los productos que fabricaban excedían el poder de compra de sus bolsillos... bajo la inexorable ley de la oferta y la demanda, la

---

<sup>2</sup> Derek H. Aldcroft, *De Versailles a Wall Street, 1919-1919*, Barcelona, Crítica, 1985; John K. Galbraith, *El crac de 1929*, Barcelona, Ariel, 1976.

oferta superó de tal modo a la demanda que podía pagarla que la producción debió detenerse”.<sup>3</sup>

La especulación y la extrema volatilidad de los movimientos de capital a corto plazo constituyeron elementos clave para explicar ya en aquel entonces la quiebra del sistema económico y monetario internacional. Para los países emergentes y deudores de la época, el considerable flujo de importaciones de capital, provenientes sobre todo de los Estados Unidos, no alcanzó a cubrir el endeudamiento externo, y cuando una porción significativa de esos capitales se retiró abruptamente, a partir de 1928, por la elevación de las tasas de interés en el país del norte (la actual conducción de la Reserva Federal norteamericana, que aparentemente aprendió la lección, siguió una línea distinta disminuyendo las tasas de interés), en la Argentina se tuvo que suspender el funcionamiento de la Caja de Conversión, la antecesora de la más reciente Ley de Convertibilidad, y se debió obrar, para hacer frente a la crisis, como en la mayoría de los países del mundo, a través de una combinación de medidas que incluían devaluación, control de cambios e intervención del Estado en diferentes actividades económicas. En otros lados, se recurrió, incluso, a una moratoria de la deuda externa.

La lecciones históricas se detienen allí. Aun cuando no exista un mercado financiero totalmente integrado en un nivel global, la globalización financiera actual no puede ser comparada, ni por su magnitud ni por la sofisticación de los productos financieros, inmensamente mayores que entonces, con la que existía a principios de siglo. Las transacciones sobre los mercados de cambios llegan a 1500 billones de dólares por día, contra 18 mil millones a principios de

---

<sup>3</sup> Franklin D. Roosevelt, “Plans for recovery”, en Robert F. Himmelberg, *The Great Depression and American Capitalism*, Boston, 1968.

los años setenta y 200 mil millones a mediados de los años ochenta. Es decir, más de 50 veces el monto de intercambios de bienes y servicios, contra sólo 2 veces antes de la crisis de 1930.

El creciente divorcio entre los valores negociados en los mercados de "derivados", basados en operaciones de futuro, que en los últimos diez años se ha multiplicado por 20 representando varias veces el PBI de los Estados Unidos, y el proceso productivo ha constituido lo que algunos economistas denominan una "economía virtual", o directamente de "casino", con una permanente fuga hacia adelante de consecuencias imprevisibles que ahora acosan al *establishment* económico y político de los países industrializados, definitivamente alarmado frente a la falta de control de las "burbujas especulativas" y la abrupta caída actual de los mercados de valores, anticipada por las crisis de la deuda de 1982 y 1994 y el *crash* financiero de 1987.

Junto al concepto de "riesgo sistémico", que implica una disfunción en los sistemas bancarios y financieros cuando la interacción de los comportamientos individuales lejos de resultar en ajustes correctores refuerzan los desequilibrios, se agregan los de "fragilidad" y "recesión" financiera. En una recesión financiera la incertidumbre es más fuerte que en una recesión standard, porque está basada en importantes caídas de los precios de los activos financieros, revelando de golpe la sobrevaluación grosera de esos activos que, además, son en gran parte representativos de un capital ficticio.

Un periodista del *International Herald Tribune*, comentando la atmósfera que se vivía en el FMI y en el Banco Mundial en el pasado mes de octubre, decía: "Se tenía la impresión de asistir al velorio de la globalización. Los que conducían el duelo no alcanzaban a darse cuenta de que la muerte había pasado por allí. No podían dar prueba de lucidez, pues estaban encerrados en una actitud de negación.

El derrumbe de la globalización había provocado en ellos una crisis intelectual que se parecía a una crisis religiosa”.<sup>4</sup>

Es interesante notar que una de las primeras salidas frente a la crisis es buscar la salvaguarda del tan denostado Estado y, si es posible, del dinero de los contribuyentes. Es así que, contrariando toda lógica liberal, los mercados han podido saludar una intervención gubernamental masiva en el sector bancario tomando la forma de nacionalizaciones. Esto pasó a mediados de octubre en Tokio, donde el índice Nikkei aumentó un 5,2% ante el anuncio del plan de salvataje de los bancos japoneses decidido por el gobierno de Keizo Obuchi, y que va a costar 500 billones de dólares a las finanzas públicas, es decir, a los contribuyentes japoneses.

Un salvataje parecido se produjo en los Estados Unidos, aunque en este caso de manera indirecta, a través de la Reserva Federal de Nueva York. Es el del fondo especulativo Long Term Capital Management, por la Reserva Federal de Nueva York. Con cuatro mil millones de dólares de fondos propios, gracias al dinero que tomaron prestado, el LTCM disponía de 200 mil millones de dólares de títulos. La crema de los establecimientos financieros y las grandes empresas, incluidos los bancos centrales de China y de Italia, tenían invertidos fondos allí. Myron Scholes y Robert Merton, los dos premios Nobel de 1997, por sus contribuciones sobre los productos derivados y el sistema financieros eran asesores del LTCM. Después de una serie de malos arbitrajes y colocaciones de fondos, el LTCM entró en un proceso de quiebra. Es así que un consorcio de dieciséis establecimientos financieros pudieron reunir en menos de cuarenta y ocho horas el dinero necesario para evitar la quiebra. No hubo, es cierto,

---

<sup>4</sup> William Pfaff, “The Crunch Has a Message for Europe’s Central Bank”, en *International Herald Tribune*, 16-10-1998, citado en Bernard Cassen, “Désir et besoin d’État”, en *Manière de Voir*, N° 42, París, noviembre-diciembre, 1998.

fondos públicos, pero sí la intervención activa de la Reserva Federal, y su garantía, para resolver el problema.

Otro ejemplo es que después de la caída de las bolsas los inversores se han volcado a la compra de los títulos calificados AAA por las agencias calificadores Moody's o Standard and Poor: bonos del tesoro alemanes o norteamericanos, obligaciones del Tesoro francesas o de otros países desarrollados. Aun las obligaciones de empresas privadas de primer rango, notadas AA, han visto caer su valor. En última instancia el capital no tiene verdaderamente confianza, como señaló un economista italiano, sino en la "mamma estatal".<sup>5</sup>

El fracaso del proyecto de Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), impulsado por los países más desarrollados, debido al retiro en las negociaciones de Francia y la resistencia que encontró en Europa, es también un indicio de que la era de la liberalización total del capital está llegando a su fin. El AMI pretendía favorecer a las empresas transnacionales, aceptando incluso principios de extraterritorialidad para salvaguardar sus intereses.

No parece casual que el comité sueco que otorga los premios Nobel se haya decidido a premiar en 1998 a un economista que no sólo no proviene de los países más ricos, como Amartya Sen, sino que ha centrado sus contribuciones académicas en el análisis de la pobreza en el mundo. Sen fue también uno de los autores que preparó la base estadística publicada por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y que se conoce como "Índice de Desarrollo Humano".<sup>6</sup>

Pero lo que ocurre actualmente no es sólo una crisis bursátil sino una verdadera crisis de superproducción, o también,

5 *Idem, ibidem.*

6 Cf. Arnaldo Bocco, "Amartya Sen, un Nobel a la economía del desarrollo", en *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, N° 16, 2° semestre de 1998.

de acuerdo con otras interpretaciones, de subconsumo, como las habían descripto Karl Marx, Malthus y otros economistas clásicos hace mucho más de un siglo.

La crisis no vino de afuera como se dice superficialmente, es decir, de los países del sudeste asiático, sino que refleja las propias características de la evolución de la economía mundial en los últimos veinte años, en donde el crecimiento de esos países fue mucho más fuerte, con tasas del 5% al 10% anual promedio, que el de los países industrializados de Occidente, con tasas anuales de crecimiento del 2% o 3%. Esto creó, a través de agresivas políticas exportadoras, una saturación de la oferta impulsada por la acelerada revolución científico-tecnológica a través de sus dos principales impulsores, la informática y las telecomunicaciones, que transformaron las estructuras productivas y aceleraron la movilización de los capitales. Pero las políticas económicas en curso restringían al mismo tiempo el consumo y achicaban los mercados internos a través de la expulsión de mano de obra, la flexibilización laboral y la reducción de los salarios. Mientras que en los países desarrollados esta situación se expresaba a través del incremento de la desocupación o de la desigualdad de los ingresos, creando en el Primer Mundo islotes de pobreza y marginación y reduciendo el consumo de las capas medias, en los países de la periferia se traducían en índices más altos de redistribución regresiva del ingreso y pobreza masiva.

El crecimiento que algunos mercados emergentes tuvieron en los últimos años, como ocurrió en la Argentina, no respondía a las mismas leyes de la economía neoclásica, pues estaba basado en el fuerte aumento de la productividad de trabajo, sin contrapartida en una mejora de los salarios, e incrementando asimismo, y aceleradamente, la desocupación.

La crisis de superproducción tiene tres ejes sobre los que se sustenta: la diferencia entre la oferta creciente de los países asiáticos y la capacidad de consumo de los mercados mundiales

tomados en su globalidad; la diferencia que se comienza a advertir ya en algunos países desarrollados entre sus propias producciones y ofertas de bienes, y las restricciones crecientes de los mercados públicos y privados; y las que sufren ya, con vehemencia, los países periféricos, con mercados sujetos a continuos ajustes públicos, caídas salariales y de empleo y desaparición de sectores medios. Se derrumba así la ideología de la competitividad externa, cuando las gigantes plataformas exportadoras de los NIC, presentadas hasta hace poco como la principal vía para superar las limitaciones de la Argentina, se transforman en el punto de partida de una nueva crisis mundial. Esto pone en cuestión las recetas exclusivamente exportadoras para países como el nuestro, que las privilegiaron sobre sus demandas internas a costa de desequilibrar fuertemente, al mismo tiempo, sus cuentas externas.

La brusca caída de los precios de productos electrónicos y manufacturas, materias primas industriales y alimentos en el orden del 20% al 30% en forma similar a lo que ocurrió en los años treinta, a lo que se añaden ahora fuertes reducciones en la producción industrial en diversas partes del mundo, con suspensiones de trabajadores, despidos y cierres de plantas, indica la magnitud de esta crisis sistémica de carácter estructural. El peligro principal no es más la inflación sino la deflación de precios, motivada por la caída de la demanda efectiva, el problema principal con el que tropezaron Keynes y los economistas de su época.

Pero la crisis no es como la aparición de un rayo un día de sol; sus causas vienen de lejos. Se trata, en verdad, de la no resolución de la crisis de las economías occidentales de los años setenta que comienza con la caída del dólar, en 1971, y la crisis del petróleo, en 1973, poniendo fin a los llamados treinta años gloriosos del *boom* de posguerra y del Estado de bienestar, al menos en los países más desarrollados. Frente al debilitamiento de las instituciones implementadas

en Bretton Woods y a los procesos de estanflación que comenzaban a manifestarse en las economías occidentales y que originaban una disminución de la rentabilidad en la mayor parte de ellas, se produjeron dos fenómenos, ya señalados por Kondratieff y Schumpeter en sus análisis de los ciclos largos en la economía capitalista. Por un lado, se aplicaron aceleradamente en la esfera privada las innovaciones tecnológicas producto de la carrera espacial y militar de la Guerra Fría, basadas en la informática y en las telecomunicaciones. Por otro, la plétora de capitales disponibles del *boom* anterior comenzó a movilizarse rápidamente en busca de mayor tasas de rentabilidad hacia los países emergentes en un proceso de globalización financiera, similar en muchos aspectos al que había ocurrido en la primera “gran depresión” de fines del siglo XIX, gracias al cual, y también a través de la llegada masiva de capitales externos, la Argentina inició su inserción en la economía mundial como país agroexportador.

Las cifras de crecimiento de la economía mundial no avalaron, sin embargo, las expectativas optimistas puestas por economistas “nobelizados”. Las tasas de crecimiento anual del conjunto de los países más desarrollados experimentaron un fuerte descenso en los últimos treinta años: de un promedio del 4,3% entre 1965 y 1980 a uno del 2,2% entre 1980 y 1996. En la década del noventa los países de la OCDE crecieron a razón de un 1,5% anual, lejos del 3,5% del quinquenio 1975-1980 y más lejos aún del 5% alcanzado en la década de 1960, aunque a partir de 1994 la economía mundial pareció haber encontrado índices de crecimiento más aceptables por el mejor desempeño económico de los Estados Unidos. Según la UNCTAD, a pesar de que muchos países habían logrado superar desequilibrios estructurales y reducir la inflación, las tasas de crecimiento se volvieron “más erráticas, dentro de niveles que no son suficientes para permitir una plena utilización del trabajo y

del capital".<sup>7</sup> Como señala Thurow "en dos décadas el capitalismo [habría perdido] un 60% de su impulso".<sup>8</sup>

En este marco de estancamiento, las principales excepciones a la regla general, Japón y los países del sudeste asiático, fueron las primeras que entraron en crisis. Es que en vez de reiniciarse nuevamente, como había ocurrido hasta ahora en la historia del capitalismo, otra faz positiva de crecimiento, las contradicciones del sistema se agudizaron, planteando, a diferencia del fin del milenio pasado, o del *boom* de la segunda posguerra, un principio del nuevo milenio oscuro y amenazador. Es verdad que la depresión de los años treinta se superó finalmente, no sólo por las políticas activas (New Deal y otras) aplicadas en los países industrializados, sobre todo en Estados Unidos cuyo PBI había caído en los peores años de la crisis un cincuenta por ciento, sino también por el inmenso proceso de destrucción de recursos que significó la Segunda Guerra Mundial para poder liquidar los desafíos criminales del fascismo y del nazismo surgidos al amparo de la misma crisis y de las consecuencias de la Primera Gran Guerra. No por casualidad los ideólogos del "fin de la historia", como Francis Fukuyama, que afirmaban ligeramente tras la caída del Muro de Berlín y del comunismo soviético que ahora venía un mundo parecido a los inmutables paisajes de la pintura japonesa, recuerden de pronto que en medio de una crisis sistémica nuevos fascismos son posibles. Aunque, como en oportunidades anteriores el capitalismo se recupere de esta crisis, el costo de la misma va a ser, tal cual ocurrió en el pasado, bastante alto.

Por eso es que las certezas ideológicas se escurren como la arena. Por ejemplo, el rol de las instituciones financieras

7 United Nations Conference on Trade and Development, *Trade and Development Report*, 1996, Nueva York, 1996, p. 9.

8 Lester C. Thurow, *El futuro del capitalismo*, Buenos Aires, 1996, p. 16.

internacionales, los “prestamistas de última instancia”, que economistas como Kindleberger consideran necesarios para estabilizar el sistema, ya carecen de la confianza del *establishment* de los economistas neoliberales. Uno de los más duros, Jeffrey Sachs, sostiene que el FMI y el Banco Mundial se han comportado con sorprendente arrogancia, aconsejando políticas de ajuste erróneas a los países en desarrollo, basados en una burocracia que, desde la sede de esas organizaciones, ignora en realidad las verdaderas condiciones económicas o financieras de aquellos países, los cuales acataron ciegamente el mensaje tutelar del gobierno norteamericano: “Obedeced al FMI”.<sup>9</sup> Es aun más explícita la posición de un conservador como Henry Kissinger, quien, en un mensaje con acentos extrañamente “dependentistas”, advierte “que la versión extrema de la globalización descuida el inevitable desfasaje entre la política y la organización económica del mundo. A diferencia de la economía –sostiene Kissinger–, la política divide al mundo en unidades nacionales. Y aunque los dirigentes políticos pueden aceptar cierto grado de sufrimiento en nombre de la estabilización de sus economías, no pueden sobrevivir como defensores de una casi permanente austeridad sobre la base de directivas impuestas desde el exterior”.<sup>10</sup> En esto retomaba, quizá sin saberlo, las reflexiones de la misma revista *The Economist*, en plena crisis, en septiembre de 1930, cuando señalaba que desde el punto de vista económico el mundo es una unidad integral de acción, pero que políticamente ha permanecido fragmentado. Por lo que las tensiones entre “estos dos desarrollos contrapuestos han desencadenado una serie de conmociones y de quiebres en la vida social de la humanidad”. Entre las cuales agregamos las tensiones y rivalidades entre los propios países o bloques

---

9 *The Economist*, 12 y 18-9-1998.

10 *Clarín*, 4-10-98.

desarrollados, y entre éstos y los países pobres o en “interminables” procesos de desarrollo que no parecen converger jamás con los del “Primer Mundo”.

En verdad, los errores no se deben, como afirma Sachs, a las deficiencias “burocráticas” de los organismos internacionales, y una reorganización de los mismos no traería necesariamente el alivio esperado. La libertad absoluta de los mercados supone, en primer lugar, el derecho de los capitales y de las empresas transnacionales a moverse por el mundo sin ningún tipo de controles, mientras que, por el contrario, los gobiernos de los países en desarrollo deben sujetarse al control de los organismos internacionales para asegurar esa libertad de mercados. Hace ya muchos años el economista norteamericano James Tobin había propuesto una modesta tasa del uno por ciento a las transacciones de capitales (en ese momento la crisis de los años setenta afectaba a los Estados Unidos), que no tuvo ningún tipo de aceptación, pero hoy se abren paso ideas de otras tasas aun más urticantes, como a las inversiones extranjeras directas y a las ventas globales de las empresas multinacionales, que reparten a su favor los costos pero no las ganancias (ahorran costos en unos mercados y venden en otros). Pues mientras la mayoría de los países, incluso los del Primer Mundo, desregularizan sus economías, flexibilizan sus políticas laborales y disminuyen los gastos públicos para hacer frente a las deudas externas o los déficit comerciales, muchas empresas transnacionales o capitales volátiles escapan a todo tipo de reglas laborales o fiscales. Aprovechan impositivamente los paraísos fiscales y laboralmente los países con sistemas salariales más deprimidos; deslocalizan y mueven sus empresas y capitales en función exclusiva de sus tasas de rentabilidad, dejando el peso de la carga fiscal y salarial a las poblaciones de las naciones afectadas. En este sentido, tanto los trabajadores de los países desarrollados como los de los más pobres soportan, cierto que desigualmente, un mismo tipo de carga.

Es por eso que, como señala un líder político europeo, “las crisis tienen una virtud: arruinan, al menos por algún tiempo, los conformismos; sacuden las certidumbres... si el capitalismo ha perdido desde 1989 su principal rival, no está sin embargo al abrigo” de todo peligro. Su mejor enemigo sería el capitalismo mismo.<sup>11</sup>

Puede ser, en verdad, que el Muro de Berlín se haya caído para ambos lados y que la tarea del fin de siglo no sea sólo la de salir de la crisis económica, sino también la de procurar reconstruir la sociedad sobre bases más humanas; en un escenario donde se tiendan a corregir las profundas desigualdades actuales, el sector público recobre la función reguladora que le corresponde y se reconcilien definitivamente la economía de mercado y la de bienestar.

---

11 *Le Nouvel Observateur*, N° 1766, septiembre, 1998.

#### 1.4 EL PENSAMIENTO ÚNICO Y EL DEBATE ECONÓMICO\*

Cuando Carlos Marx y Federico Engels decían, para amedrentar a la burguesía, que un fantasma recorría el mundo, el fantasma del comunismo, refiriéndose a la nueva ideología que, según ellos, arrasaría con las viejas instituciones del capitalismo, no podían imaginar que una ideología contrapuesta ejercería una influencia dominante sobre el fin del siglo XX. Esa ideología es inseparable del proceso de globalización, que marca hoy la evolución de la economía mundial, y le sirve de fundamento teórico.

La manera en que el discurso globalizador ha logrado, en el terreno económico, la casi unanimidad de organismos internacionales y gobiernos, le ha dado un nombre: el “pensamiento único”. No por singular, sino porque frente a él todas las interpretaciones alternativas (desde el mismo marxismo, que también tuvo sus ímpetus hegemónicos,

---

\* Publicado originalmente en Julio Gambina (comp.), *La globalización económico-financiera. Su impacto en América Latina*, Buenos Aires, Clacso, 2002, pp. 357-363.

hasta las distintas variantes del keynesianismo y del Estado de bienestar) parecen haberse fundido como la nieve.

En verdad, ya desde la crisis de los años treinta comienzan a madurar tres líneas de pensamiento económico que, desde una interpretación diferente de la crisis, propondrán también soluciones distintas para asegurar la supervivencia del sistema o para transformarlo por vías no autoritarias.

Keynes es el más influyente, y además el primero, que critica los fundamentos de la economía neoclásica y propone construir los cimientos de un nuevo edificio teórico que no se basa, como señala en su artículo “El fin del *laissez faire*”, escrito en 1926, en los supuestos de que “los individuos poseen (...) una ‘libertad natural’ en el ejercicio de sus actividades económicas” y de que el mundo está gobernado por “la Providencia de forma de hacer coincidir siempre el interés particular con el interés general”.<sup>1</sup> De ahí la importancia del papel del Estado, a través de políticas activas, vía incremento de la demanda, para volver a restablecer los equilibrios perdidos en épocas de crisis y, especialmente, el pleno empleo, y retomar la senda de crecimiento. Su *Teoría general*, publicada en 1936, constituye la culminación no sólo de otros estudios teóricos sino también de una serie de trabajos sobre las políticas económicas vigentes en su época, tanto en el escenario mundial como en su país, Inglaterra, que habían comenzado con la crítica del sistema económico internacional de la primera posguerra en sus “Consecuencias económicas de la Paz de Versalles”. Las ideas keynesianas fundamentarán el “Estado de bienestar” que predomina en la mayoría de los países industrializados en los treinta años “gloriosos” que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

Una segunda alternativa frente a la crisis y al capitalismo liberal, la plantea un economista y antropólogo de origen

---

<sup>1</sup> John Maynard Keynes, *Essays in Persuasion*, Londres, Rupert Hart-Davis, 1931.

húngaro, Karl Polanyi, quien publica en 1944 un libro, *La gran transformación*, que tendrá repercusión muchos años más tarde, pero que merece, por su originalidad, un lugar propio entre las líneas de pensamiento principales de su tiempo. En el modelo de Polanyi, como señalaba Fernand Braudel, el intercambio se distingue del mercado y se opone a él. La autorregulación de la vida económica por los mecanismos de mercado constituye para Polanyi una utopía y sólo la acción del Estado, desde la “gran transformación”, que comenzó en Inglaterra a fines del siglo XVIII, ha podido imponer el uso de la moneda y de la mercancía. Si el mercado es una creación artificial y no, como señalan los neoclásicos, una condición natural de la vida económica, puede existir una solución socialista para superar las contradicciones del capitalismo. Es preciso notar que Polanyi, aunque inspirado en el marxismo, se aparta fundamentalmente de él; Marx comienza con el análisis de la mercancía y del intercambio para fundamentar su teoría del valor, mientras que Polanyi tiene una concepción antropológica que lo conduce a proponer otros modos de regulación diferentes de los del mercado. No es suficiente con “dar vuelta la sociedad”, sino que hay que incorporar al cambio social una cuestión moral para que no se convierta en un simple autoritarismo.

La tercera alternativa que va a plantearse, también como consecuencia del análisis crítico de los años del período de entreguerras y de la gran depresión, es la del economista austríaco, Friedrich von Hayek. Tempranamente, en su libro *Precio y producción*, Von Hayek crítica las ideas expuestas por Keynes en su *Tratado sobre la moneda*, de 1930. A diferencia de Keynes, Von Hayek es un liberal convencido que no considera que las causas de la crisis se debieron a fallas en el funcionamiento de las leyes del mercado y que, por el contrario, el advenimiento del fascismo y del nazismo y de los socialismos autoritarios tiene su origen en la intervención del Estado. En 1944, en su libro más importante, *La ruta de*

húngaro, Karl Polanyi, quien publica en 1944 un libro, *La gran transformación*, que tendrá repercusión muchos años más tarde, pero que merece, por su originalidad, un lugar propio entre las líneas de pensamiento principales de su tiempo. En el modelo de Polanyi, como señalaba Fernand Braudel, el intercambio se distingue del mercado y se opone a él. La autorregulación de la vida económica por los mecanismos de mercado constituye para Polanyi una utopía y sólo la acción del Estado, desde la “gran transformación”, que comenzó en Inglaterra a fines del siglo XVIII, ha podido imponer el uso de la moneda y de la mercancía. Si el mercado es una creación artificial y no, como señalan los neoclásicos, una condición natural de la vida económica, puede existir una solución socialista para superar las contradicciones del capitalismo. Es preciso notar que Polanyi, aunque inspirado en el marxismo, se aparta fundamentalmente de él; Marx comienza con el análisis de la mercancía y del intercambio para fundamentar su teoría del valor, mientras que Polanyi tiene una concepción antropológica que lo conduce a proponer otros modos de regulación diferentes de los del mercado. No es suficiente con “dar vuelta la sociedad”, sino que hay que incorporar al cambio social una cuestión moral para que no se convierta en un simple autoritarismo.

La tercera alternativa que va a plantearse, también como consecuencia del análisis crítico de los años del período de entreguerras y de la gran depresión, es la del economista austríaco, Friedrich von Hayek. Tempranamente, en su libro *Precio y producción*, Von Hayek crítica las ideas expuestas por Keynes en su *Tratado sobre la moneda*, de 1930. A diferencia de Keynes, Von Hayek es un liberal convencido que no considera que las causas de la crisis se debieron a fallas en el funcionamiento de las leyes del mercado y que, por el contrario, el advenimiento del fascismo y del nazismo y de los socialismos autoritarios tiene su origen en la intervención del Estado. En 1944, en su libro más importante, *La ruta de*

la *servidumbre*, expondrá las tesis principales del liberalismo moderno, que luego son retomadas por otros economistas como Milton Friedman y sus colegas de Chicago. Para Von Hayek el socialismo y la libertad son incompatibles y el papel del Estado en un sistema capitalista debe permanecer limitado. Para mantener una sociedad libre sólo la parte del derecho que consiste en reglas de “justa conducta” (es decir, esencialmente el derecho privado y penal) debería ser obligatoria para los ciudadanos e impuesta a todos. Es la tesis ultraliberal, basada en la descentralización y la desregulación total de la actividad económica, que entiende, incluso, que la libertad individual no depende de la democracia política y que ser libre es, por el contrario, no estar sujeto, salvo en el caso de los derechos señalados, a la injerencia del Estado.

Son las ideas de Von Hayek, matizadas, sin duda, por sus discípulos, las que constituyen hoy la base del neoliberalismo, doctrina que parece tener un dominio excluyente en el pensamiento económico moderno. El propio Von Hayek, defensor a ultranza de la libertad, estaría preocupado, si viviera, por este “monopolio” del pensamiento, bien lejos de sus propias inquietudes filosóficas.

Las razones históricas que dieron lugar al predominio de estas ideas son por todos conocidas. En primer lugar, la crisis del dólar, a principio de los años setenta, acompañada bien pronto por la crisis del petróleo, significó en los países desarrollados el fin del *boom* de la posguerra y la aparición de políticos como Reagan y Margaret Thatcher, que desregularizaron la economía de sus países y estabilizaron sus monedas. La crisis de la deuda de los años ochenta creó, por otro lado, nuevas reglas de juego y de funcionamiento en los mercados financieros internacionales.

Los cambios en la producción resultantes del pasaje a un modelo posfordista vinculado al prodigioso desarrollo del Japón y luego de los “tigres asiáticos”, la transnacionalización de la economía y el peso creciente de las empresas

multinacionales, la reafirmación del libre comercio, con las últimas rondas del GATT y la creación de la OMC, y, sobre todo, la desintegración del bloque soviético, que puso fin a la Guerra Fría, fueron los otros ingredientes de una notable transformación de la economía mundial, que iba a la par con el cambio en los paradigmas teóricos y en los esquemas ideológicos.

El repliegue económico que se produce en la década de 1970 es, por otra parte, un punto de inflexión de uno de los llamados “ciclos largos” característicos de la historia del capitalismo. El sistema entra en una nueva etapa recesiva con caída de la rentabilidad en los sectores productivos, acumulación de capitales líquidos, inflación generalizada y desaceleración de las tasas de crecimiento. Pero esta vez no son las teorías neoclásicas las que se ponen en cuestionamiento, como en los años treinta, sino los paradigmas keynesianos o neokeynesianos, considerados los principales responsables intelectuales de la crisis.

El cambio en las ideas acompaña, en realidad, una nueva revolución tecnológica que le sirve de sustentación: la revolución informática y de las comunicaciones. Si la primera Revolución Industrial reemplazó el músculo por la máquina, ahora se plantea el reemplazo del cerebro por la computadora, por lo menos para un número importante de funciones. La revolución en las comunicaciones constituye, a su vez, el segundo elemento clave para explicar el cambio en la economía y en las ideas económicas. Su principal característica, la instantaneidad de la información, incorpora el “tiempo real” que hace posible la intensificación explosiva de los flujos económicos y financieros en todo el globo.

El escenario estaba preparado para la aparición, en revistas vinculadas al mundo de los negocios o de la administración, como la *Harvard Business Review*, o autores como el consultor japonés Kenichi Ohmae, de la popularización del

concepto de globalización, que se extiende luego a economistas e historiadores, a fin de explicar la conformación de mercados globales (financieros, productivos, comerciales y de servicios) y el advenimiento de un “mundo sin fronteras”. Francis Fukuyama, con su teoría del “fin de la historia” contribuye, por su parte, a restar historicidad al nuevo período, que no sería uno más sino el último en la trayectoria del capitalismo, pero no, por supuesto, en la acepción que le daba Marx como preludio del socialismo. La historia carece a partir de ahora de sentido, porque el sistema no tiene ya contradicciones que lo puedan llevar a su disolución.

Pero el cambio en las ideas no pudo producirse sin la caída del “socialismo real”, que, como señala Krugman, no sólo ayudó a “desacreditar las políticas estatistas” en todo el mundo, sino también a asegurar a “los inversores que sus activos en los países en desarrollo no serían expropiados por los gobiernos de izquierda”. El nuevo punto de vista que aparece, apoyado por una constelación de actores nacionales e internacionales, entre los que se destacan instituciones y redes de líderes de opinión vinculados al capital mundial (FMI, Banco Mundial, bancos de inversión, empresas multinacionales), fue conocido como el “Consenso de Washington”, término que acuñó el economista John Williamson.<sup>2</sup> Los diez puntos expresados a través de este “consenso de ideas” que deberían presidir, a partir de ahí, las políticas económicas de la economía global (y de las economías nacionales incluidas en ella) tienen como eje el control del gasto público y la disciplina fiscal, la liberalización del comercio y del sistema financiero, el fomento de la inversión extranjera, la privatización de las empresas públicas, y la desregulación y reforma del Estado.

---

<sup>2</sup> Paul Krugman, “Dutch tulips and emergent markets”, en *Foreign Affairs*, vol. 74, julio-agosto, 1995.

Los Estados deben limitarse a fijar el marco que permita el libre juego de las fuerzas del mercado, pues sólo éste puede repartir de la mejor manera posible los recursos productivos, las inversiones y el trabajo. La economía de bienestar desaparece y el individuo vuelve a ser así enteramente responsable de su propia suerte. El "*homo economicus*" resurge con toda su fuerza y la economía pasa a tener primacía sobre lo político. El nuevo orden económico tendrá, por supuesto, sus ganadores y sus perdedores, resultante del tipo de vinculación de cada uno con el mercado y con los valores principales que lo regulan; la rentabilidad, el libre cambio, la productividad, la competitividad y la flexibilidad del trabajo.

Numerosas instituciones, en diversos países, pero sobre todo en los Estados Unidos, garantizan la difusión de estas ideas. Organismos económicos internacionales, a través de sus informes anuales o de sus asesores, o fundaciones de grandes empresas, que financian universidades y cátedras de economía y administración, ayudan a conformar el nuevo credo. Va diseñándose lo que algunos terminarán por denominar "el pensamiento único".

El politólogo francés Ignacio Ramonet definirá las cuatro características principales de este pensamiento: es planetario, permanente, inmediato e inmaterial. Planetario, porque abarca todo el globo. Permanente, porque se supone inmutable, sin posibilidades de ser cuestionado o cambiado. Inmediato, porque responde a las condiciones de instantaneidad del "tiempo real". Inmaterial, porque se refiere a una economía y a una sociedad virtual, la del mundo informático. Características que "recuerdan —según Ramonet— los cuatro principales atributos de Dios mismo. Y, de hecho, se erige en una nueva divinidad, exigiendo sumisión, fe, culto y nuevas liturgias". El modelo central del nuevo pensamiento son los mercados financieros, que no tienen más como marco teórico de referencia, como en el caso de la economía productiva, las ciencias físicas o naturales o la química orgánica, sino la teoría de los juegos y del

caos y la matemática borrosa. El núcleo duro del “pensamiento único” es la mercantilización acelerada de palabras y de cosas, de cuerpos y de espíritus.<sup>3</sup>

El nuevo discurso dominante se desentiende de sus consecuencias. El desempleo, la desigualdad de ingresos, la pobreza y aun las diferencias en la educación y el nivel de conocimientos –contrapartida de la fuerte acumulación de riquezas que se genera en el más reducido polo de los ganadores– no constituyen una carga social ni deben ser atemperados por políticas del Estado, sino en última instancia. Es el propio sistema, generando –según los defensores del “pensamiento único”– una supuesta igualdad de oportunidades a través del crecimiento acelerado de la economías, el que brindará la solución a largo plazo, mientras que, en lo inmediato, recae en la sociedad civil, a través de la acción privada y de instituciones no gubernamentales de distinto tipo, la responsabilidad de hacerse cargo de los excluidos del sistema.

Pero nada nos garantiza realmente que esto ocurrirá. Por un lado, se reiteran las crisis en los mercados financieros (la de 1987, la del “tequila” mexicano, la actual del sudeste asiático), mostrando una creciente inestabilidad del sistema que no termina de revertir la fase recesiva del “ciclo largo”, iniciada en los años setenta, y revelando la incapacidad del “pensamiento único”, cuya confianza en las leyes del mercado parece inamovible, para ofrecer herramientas adecuadas a fin de superarla. Por otro lado, la “sociedad global” profundiza la brecha entre las “islas” de riqueza y de pobreza diseminadas en todo el mundo, y ya no sólo por la división geográfica entre el “norte” rico y el “sur” empobrecido. Entretanto, la economía productiva es dominada por los mercados financieros y la política, por la economía, mientras que la difusión del “pensamiento único” a través de los medios

---

3 Ignacio Ramonet, *Géopolitique du chaos*, París, Galilée, 1997, cap. IV.

de información aumenta su influencia en todos los aspectos de la vida económica, política, social y cultural.

La historia nos revela que el “Estado absoluto”, ya sea en la forma del “socialismo real” o de las distintas variantes del fascismo, no sólo no resultó una solución para los problemas de la sociedad moderna, sino que se transformó en una verdadera pesadilla. Pero el paradigma del mercado, y la ideología que lo sustenta, puede generar otras fuentes, igualmente injustas, de opresión y desigualdad. Como señala William Hutton, la idea de que “no podemos escoger, que estamos predestinados a ser como somos” y que la “única eficiencia posible a nuestro alcance es la que nos brinda la asignación de recursos del mercado” constituye la doctrina “más insidiosa” de nuestra época.<sup>4</sup> Porque democracia y mercado no son términos intercambiables, y si la vigencia de la primera debe sacrificarse a la persistencia del segundo, es decir, si los ciudadanos no pueden intervenir en el dominio de una economía cada vez más desconectada de lo social y a la que se le niega la posibilidad de utilizar los instrumentos de política necesarios para corregir los desequilibrios que el mercado por sí mismo no puede solucionar, la sociedad civil deja de tener sentido y se corre el riesgo de que otras aventuras totalitarias se levanten, como en los años treinta, por sobre sus cenizas. Es posible que, sólo entonces, por la fuerza de las circunstancias, nuevos Keynes, Polanyis o Von Hayeks retomen el rumbo de una discusión perdida.

---

<sup>4</sup> William Hutton, *The State to Come*, Londres, 1997.

## 1.5 LOS REBELDES DE LA GLOBALIZACIÓN\*

Cada paso adelante en el proceso de globalización de la economía y la política mundiales, cuyos comienzos se remontan al siglo XV, tiene sus vencedores y vencidos, y también sus “rebeldes”. El maquinismo fue la base de una de las fases de la globalización más violentas y arrasadoras: la primera Revolución Industrial. Miles de campesinos desalojados de sus tierras, artesanos despojados de sus trabajos, familias separadas y destruidas. Pero el cambio no se aceptó con sumisión por parte de muchos de los que lo padecieron. Un tal Ned Ludd, un artesano desocupado, encendió la chispa arruinando algunos telares y, contagiados por su ejemplo, muchedumbres de trabajadores manuales se dedicaron a destruir toda maquinaria textil que veían por delante. Su característica principal era que se abstenían de cualquier violencia contra las personas y eran apoyados por la opinión pública local. Como señala Hobsbawm, con cierta malicia, en un artículo sobre el tema, doce mil soldados llegaron a ser desplegados contra los “ludditas” en 1812, un ejército más

---

\* *Clarín*, suplemento Zona, 3-4-2000

grande que el que utilizó el duque de Wellington cuando invadió la península ibérica unos años antes. Pero el triunfo de la mecanización era inevitable y los "ludditas" desaparecieron en los recovecos de la historia. Sin embargo, el llamado Estado de bienestar no surgió de la nada, y si aquellos desclasados no pudieron oponerse al progreso, forman parte a su modo de una tradición de "rebeldes" que defendieron una calidad de vida y terminaron, al menos, amortiguando lo efectos más crueles de los cambios tecnológicos y productivos.

Hoy tenemos un proceso de globalización y de transformaciones tecnológicas igualmente arrasador, con vencedores, vencidos y "rebeldes", aunque ninguno de estos últimos, como los que manifestaron en Seattle a principios de diciembre de 1999 contra la primera reunión de la OMC o los que lo hicieron en Washington hace poco tiempo, para expresar su descontento a los asambleístas del FMI y del Banco Mundial, piensan en destruir computadoras ni en nada parecido. Sus protagonistas son más diversos, sus objetivos, más profundos y sus enemigos, más poderosos.

El amplio abanico de fuerzas e instituciones no gubernamentales o corporativas que estuvieron en una u otra, o en ambas manifestaciones, puede llevar a la perplejidad: desde la principal organización sindical norteamericana, la AFL-CIO, hasta campesinos de diversas partes del mundo; desde movimientos ecuménicos y la más variada gama de defensores del medio ambiente y de los derechos humanos hasta críticos acérrimos del capital especulativo; mujeres, hombres, activistas de los años sesenta y de los noventa, todos reunidos bajo el lema "Movimiento por la Justicia Global", hicieron recordar que el fin de la Guerra Fría no significó el fin de la historia sino, probablemente, sólo el comienzo de un nuevo tipo de toma de conciencia, y esta vez global.

Es que pocos pueden estar de acuerdo con un tipo de capitalismo como el actual, que ni siquiera Adam Smith

o David Ricardo hubieran reconocido. El librecambio del siglo XVIII estaba basado en la necesidad de terminar con el despotismo de las monarquías absolutas, los abusos del mercantilismo y del monopolio colonial y los resabios del sistema feudal. Hoy, el libre juego de las fuerzas del mercado resulta para los manifestantes una artimaña que intenta ocultar el despotismo de las organizaciones financieras internacionales, el neomercantilismo de los países más ricos y el comportamiento oligopólico de las organizaciones transnacionales.

Es notable, en particular, el rol jugado por organismos internacionales creados en Bretton Woods para ayudar a estabilizar el sistema económico mundial e impulsar su desarrollo después del caos de la guerra y que ahora privilegian otros objetivos: la protección de poderosos acreedores que exigen la devolución de deudas difíciles o imposibles de pagar; la imposición de un conjunto de políticas monetarias y fiscales similares a países esencialmente desiguales; y la caída de barreras comerciales que casi siempre terminan beneficiando a los que venden productos valorizados por su alta tecnología. Pero, en un mundo donde los ricos se enriquecen cada vez más y los pobres aumentan en forma más que proporcional al incremento de la población, estas políticas parecen adquirir ribetes muy peligrosos, por lo que también surgen enemigos de adentro, como Joseph Stiglitz, ex vicepresidente del Banco Mundial y crítico implacable del FMI e instituciones similares. Su descripción de la burocracia interna de esas organizaciones, de los dogmas teóricos en los que se basan, del mediocre perfil de sus ejecutores y de los decepcionantes resultados de las políticas que prescriben, particularmente para los países del Tercer Mundo, es lapidaria. Gracias a las recomendaciones del FMI —dice Stiglitz— la crisis del sudeste asiático ha resultado, por ejemplo, más fuerte, más profunda y más larga de lo que podía suponerse.

Ocurre que esos organismos tienen un doble discurso. Mientras que, por un lado, se oponen a establecer controles

para los capitales especulativos (ni aun la modesta tasa propuesta por el premio Nobel, James Tobin, es aceptada), no mencionan la existencia de paraísos fiscales (que existen incluso en islas imaginarias) y dejan crecer como una bola de nieve el endeudamiento externo de los países en desarrollo; exigen, por otro lado, a las naciones deudoras, rigurosas políticas de ajuste que restringen el consumo y aumentan la desocupación y la pobreza.

Es curioso constatar que la primera víctima de la creación del FMI fue su principal fundador, y uno de sus primeros dirigentes, Harry Dexter White. Como es sabido, en 1944, en Bretton Woods, una localidad cercana a Washington, White, subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos, impuso sus ideas sobre las de Keynes, quien no deseaba una institución dominada por el país del norte, estableciendo las bases del FMI tal como se lo conoce hoy en día, sustentado en la hegemonía financiera norteamericana. Pero White creía en la necesidad de controlar el flujo de capitales y en que el mundo de la posguerra iba a ser mucho más global y fraterno del que efectivamente resultó. Por eso deseaba la inclusión en el FMI de la entonces Unión Soviética y fue uno de los redactores del plan para limitar la reindustrialización de la Alemania nazi derrotada. Acusado de comunista en el caliente clima de la Guerra Fría, murió en 1948 a los cincuenta y cinco años, según algunos, de un ataque al corazón y, según otros, por su propia voluntad, después de haber sido largamente interrogado por el Comité de Actividades Antinorteamericanas del Congreso.

Es probable que hoy H. D. White fuera como Stiglitz o como los manifestantes de Seattle o de Washington, tanto o más crítico de las instituciones que ayudó a crear, aunque luego de la caída del Muro de Berlín nadie se atrevería a enjuiciar a cualquiera de ellos por comunista. En cambio, los nuevos "rebeldes" de la globalización creen tener sobrados motivos para sentar en el banquillo de los acusados al sistema que esas instituciones representan.

## 1.6 FÚTBOL Y RELACIONES INTERNACIONALES\*

El Mundial de Fútbol tiene varias lecturas, además de las deportivas, y una de las más importantes, apenas explorada, es la que lo vincula al ámbito de las relaciones internacionales. No cabe duda de que la evolución del fútbol comparte las dos características principales de este mundo globalizado: es un negocio multinacional, que implica cifras multimillonarias, y su fuerza actual proviene del prodigioso avance de las comunicaciones que, a través de la televisión y de otros medios masivos, pone el espectáculo futbolístico al alcance de prácticamente toda la población del globo.

Pero también, al mismo tiempo, el fútbol constituye cada vez más un atributo importante de la sociedad de las naciones y tiene incluso su propia organización internacional, en donde esas naciones están representadas. En realidad, mientras que las Naciones Unidas cuentan con 186 miembros, la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociado) está constituida por 198 representaciones nacionales. Considerando que no

---

\* *Clarín, Opinión*, 8-6-1998.

todos los miembros de una pertenecen a la otra (hay diez afiliados a la ONU que no lo son de la FIFA y una veintena que pertenecen a ésta y no a la primera) puede constatarse que la afiliación a la FIFA parece a veces anticipar realidades políticas que luego comienzan a ser reconocidas dentro de sus respectivos países. Gales, Inglaterra, Escocia e Irlanda del Norte, por ejemplo, adelantaron con su afiliación futbolística los desvelos políticos de Tony Blair por darles una mayor igualdad representativa dentro del Reino Unido. En otras circunstancias, el fútbol siguió inmediatamente los acontecimientos políticos y hoy la demolida Unión Soviética tiene quince representantes, la ex Yugoslavia, cinco, y la ex Checoslovaquia, dos. Pero hay casos más comprometidos: los partidarios de un Puerto Rico independiente o los palestinos, que también figuran en la FIFA, están expresando intereses nacionales, aunque no reconocidos o que recién empiezan a reconocerse.

El fútbol tiene asimismo su mapa "geopolítico", diferente del que refleja las fuerzas dominantes en el mundo. En este universo propio, Estados Unidos es un socio menor, no una superpotencia, los "tigres asiáticos" todavía no cuentan y, en la constelación de países mayores, se hallan, acompañando a varios equipos europeos, las potencias futbolísticas sudamericanas, como el Brasil y la Argentina (aunque no podemos negar la contribución histórica del Uruguay para el prestigio del continente), pero emergen también con fuerza los mayores olvidados en la distribución de la riqueza mundial: los países africanos. Parece un mundo dado vuelta.

No resulta así casual que la primera manifestación de voluntad de los nuevos Estados independientes sea la afiliación a la FIFA. A los cuatro elementos tradicionales que constituyen un Estado-nación: territorio, población, gobierno, lengua común (aunque haya algunos con pluralidad de lenguas y otros que le agregan una religión única), la formación de un equipo de fútbol nacional es ya un requisito indispensable. Como decía nuestro conocido Dante Panzeri, el público "es permeable

a creer que en un partido de fútbol juega el país o la patria". El fútbol y la política están, en este sentido, profundamente interrelacionados, y la historia nos lo muestra. Por un lado, tenemos el caso de las dictaduras. El mundial de 1934, celebrado en Italia, fue el primer ejemplo de la utilización política de un deporte. Mussolini consideraba a los jugadores del equipo italiano como "soldados al servicio de la causa nacional", y el triunfo de Italia contribuyó a la exaltación del régimen y a la difusión del "ideal fascista del deporte". La última dictadura militar argentina constituyó otro caso, más familiar para nosotros. El fútbol no sirvió aquí para mostrar las bondades de los militares, sino más bien para tratar de ocultar sus crímenes, procurando apaciguar la campaña internacional en curso en contra del gobierno de facto. Aunque en un contexto diferente, es significativo que Pinochet haya transformado el Estadio Nacional de Chile en la principal cárcel de su dictadura: los espectadores forzados del terror ocupaban ahora la plaza de los hinchas.

Pero el fútbol ayudó también a reafirmar identidades nacionales en lucha, como en el caso del Frente de Liberación Nacional de Argelia, que envió en 1958 un equipo compuesto por jugadores argelinos residentes en Francia a realizar una gira mundial anticipando el reconocimiento diplomático de su país. O contribuyó a desencadenar una guerra, como la que estalló en 1969 entre El Salvador y Honduras, después de un partido de fútbol que tenía como rivales a las dos naciones vecinas. En ambos casos, la importancia del fútbol tuvo un valor relativo (ni la independencia argelina ni la guerra centroamericana dependieron de él) pero su utilización con fines políticos constituye una muestra de su poder simbólico. Así, desde Armenia, donde un dirigente de fútbol decía en 1995 que, luego de la pérdida de tantas vidas, "los hombres en los vestuarios tienen la posibilidad de ser un país", pasando por África del Sur, donde el fútbol, deporte negro, "puede amenazar —según un periódico local— la hegemonía del

rugby, como símbolo de unidad nacional”, hasta Gran Bretaña, donde una encuesta de *The Economist* revelaba, para consternación de ese medio conservador, que los británicos se sentían identificados con su país no por su tradición imperial sino por el fútbol, este deporte, que los mismos ingleses desparramaron por el mundo, parece reafirmar su condición de quinto elemento constitutivo de los Estados nacionales.

Sin embargo, el fútbol no es ajeno tampoco al proceso de transnacionalización de la sociedad moderna. Bajo su manto proliferan las organizaciones regionales, como la UEFA (que por el número de países que la integran sea quizás un anticipo de la Unión Europea del siglo XXI), la Confederación Sudamericana o la Concacaf, y se cruzan instituciones de distinto tipo, hasta desembocar en las células originales: los clubes de fútbol. Pero éstos no son ajenos a los emporios económicos transnacionales, como los de los Agnelli, los Berlusconi y otros, a los que varios de ellos pertenecen o están vinculados. En los torneos internacionales interclubes son muchas veces empresas multinacionales las que se enfrentan, para no hablar de los mismos jugadores, que dependen de empresas o empresarios futbolísticos.

De todos modos, los equipos de las treinta y dos naciones que participan en la Copa del Mundo de 1998 tienen una representación más pareja e igualitaria que en las Naciones Unidas, aunque sin dejar de traslucir, a pesar de la igualación de tácticas y estrategias, las diferencias culturales que hacen más factible soportar la homogeneidad del mundo globalizado. A fin de cuentas, el fútbol en la Argentina surgió también como un concierto de naciones. Lo trajeron los británicos y el campeón inicial del fútbol argentino, el Alumni, estaba integrado nada más que por jugadores de esa nacionalidad; pero en el primer equipo exitoso del “fútbol criollo”, el Racing Club de Avellaneda, todos los

apellidos eran de hijos de inmigrantes, italianos o españoles. El fútbol argentino comenzó así como una cuestión de “gringos” que hicieron la “patria”. Otra contradicción más de un deporte que, en un mundo caótico y frágil, unifica las sociedades ayudándolas a definir mejor sus identidades perdidas.

## 1.7 EL PODER GLOBAL\*

Sobre el Golfo Pérsico vuelven a cernirse nubarrones de guerra, amenazando al mundo con nuevas y terribles conmociones. En el trasfondo está la crisis económica, que sigue extendiéndose por el planeta en nuevos capítulos: después del sudeste asiático, Rusia y el Brasil, ahora sacude a la Argentina. Ante este panorama hay un debate planteado: ¿qué papel desempeñan las grandes potencias? ¿Son las instituciones internacionales depositarias de una pretendida “gobernabilidad” mundial? ¿Marcha el mundo hacia la conformación de un poder “global”?

### Los atentados del 11 de septiembre y el nuevo rol de Estados Unidos

Los trágicos atentados de septiembre de 2001 en Nueva York dieron un empujón decisivo al nuevo rumbo de la política

---

\* Escrito en colaboración con Rubén Laufer. *Encrucijadas*, revista de la Universidad de Buenos Aires, octubre, 2002.

exterior norteamericana, que comenzaba a imponerse a partir del momento mismo en que arribó al gobierno de los Estados Unidos el equipo presidencial de George W. Bush, encarnando los intereses del “complejo petrolero-militar” norteamericano.

Amenazado el país del norte por primera vez en su propio territorio, la proclamada “guerra contra el terrorismo” dio pie a que el presidente estadounidense señalara con el dedo a un difuso “eje del mal”, definido hasta ahora por Irak, Irán y Corea del Norte, pero con límites más que borrosos, pudiendo incluirse otros en el futuro (¿Cuba, Sudán, Libia?).

Ahora, a impulso de sus sectores más “duros”, el gobierno norteamericano ha puesto proa a una nueva campaña guerrera dirigida lisa y llanamente a adecuar el mapa político de la región del Golfo Pérsico a sus propios fines imponiendo un gobierno adicto en Irak, cuyos dirigentes actuales sobrevivieron a las acciones bélicas emprendidas por Bush padre.

Washington acelera los pasos en dirección a completar su dispositivo estratégico. La guerra de Afganistán le permitió ocupar posiciones militares en países ex soviéticos de Asia Central y en Georgia. Con ello no sólo asienta sus reales sobre uno de los mayores reservorios petroleros de la Tierra, sino que lo hace en el “entorno” mismo de China y Rusia. El desembarco reciente de varios miles de soldados norteamericanos en las Filipinas podría completar el cerco a los dos gigantes asiáticos.

En su preparación, el gobierno del presidente Bush dispuso aumentar el presupuesto militar anual de los Estados Unidos a 379 mil millones de dólares (el 40% del total mundial). Esto se corresponde con el discurso presidencial del 1º de junio en la academia militar de West Point, donde se advertía que Washington podría desatar una guerra contra cualquier país que se considerara una “amenaza”. Fuerzas

terrestres, navales y aéreas llevaron a cabo hace algunas semanas una de las maniobras bélicas de mayor envergadura en la historia de los Estados Unidos.

Invocando la "lucha contra el narcotráfico", asesores y tropas norteamericanas forman parte del Plan Colombia, ahora reconvertido en "Iniciativa Regional Andina", una red de "defensa" regional que comprendería prácticamente todo el sur del hemisferio. Washington pretende de ese modo acceder a bases militares en todo el subcontinente; ya las tiene en Manta (Ecuador), Santa María (Perú) y Alcántara (Brasil), mientras ya se ha hecho pública su exigencia de concesiones territoriales en Tierra del Fuego y Chubut.

Si se suma a esto la apenas disimulada intervención de la embajada norteamericana en el frustrado golpe de Estado venezolano de abril y la abierta injerencia en el proceso electoral boliviano y en el próximo del Brasil (condicionando a los candidatos a través de la ayuda financiera para hacer frente a la crisis), se tendrá conciencia de que América del Sur constituye un casillero específico en el ajedrez de las grandes potencias.

Todo esto ha hecho del mundo un lugar cada vez más inestable y violento. Las ambiciones estratégicas y económicas del gobierno de Estados Unidos despiertan recelos y oposición en diversas partes del mundo. La sombra de una nueva agresión a Irak amalgamó en la vereda opuesta a la inmensa mayoría de la opinión pública mundial y a un amplio arco de gobiernos que abarcó a casi todos los países europeos, Rusia, China y prácticamente la totalidad de los países árabes, incluyendo sectores del mismo *establishment* norteamericano, preocupados por el destino incierto de las alianzas exteriores de Washington.

El poderío bélico de Washington no tiene igual, pero su soledad actual revela la gran distancia que separa la posición que Estados Unidos ocupa en el mundo del naciente siglo XXI de aquella que detentaba en los pasados años de la segunda posguerra.

## La crisis mundial como telón de fondo

La desintegración del bloque soviético a comienzos de los años noventa abrió paso a una acelerada reconfiguración de las relaciones de poder entre las grandes potencias. Con la reunificación del mercado capitalista mundial sobrevino la “globalización” de los mercados, pero también la de la crisis, aunque su naturaleza y sus efectos son, desde luego, muy distintos en los países desarrollados y en los países atrasados y dependientes.

En el trasfondo del actual recalentamiento de la situación mundial se halla la mano de hierro recesiva que aprisiona la economía mundial. Desde 1997, las sucesivas oleadas que golpearon primero a los “tigres” del sudeste asiático, luego a Rusia y ahora a la Argentina y el Cono Sur fueron revelando la profundidad y extensión de una crisis que emerge en estallidos en la periferia, pero que tiene su núcleo de irradiación en el centro, y particularmente en los Estados Unidos. Una crisis que se manifiesta principalmente en el plano financiero, pero cuya base es una de las típicas crisis sistémicas del capitalismo (cuya profundidad comienza a asemejarla a la gran depresión de los años treinta), caracterizada por la existencia de inmensos recursos productivos y por el hecho de que grandes porciones de la riqueza social se concentran en pocas manos mientras miles de millones de personas, que viven en condiciones paupérrimas en el mundo, no pueden acceder a los bienes que, según los preceptos liberales, el mercado debería asignarles.

Los escandalosos fraudes con que los mayores conglomerados empresariales norteamericanos —Enron, World-Com, Merck, etc.— trataron de falsear sus pérdidas reflejan mucho más que fenómenos aislados de “corrupción”. Han sacado a luz el derrumbe, sin pausa durante los últimos años, de las tasas de ganancia de las industrias “de punta” (las de la informática y las comunicaciones), precisamente las que lideraban el proceso “globalizador” y que

—según la vulgata que predicán los economistas neoliberales— encarnaban el ingreso a la era postindustrial.

Enfrentadas al fantasma de una recesión generalizada, las autoridades económicas norteamericanas apelaron a un vasto recetario de estímulos a la inversión: reiteradas bajas de las tasas de interés, devolución de impuestos a las empresas, gastos “keynesianos” en defensa, y prácticas proteccionistas en resguardo de su agricultura y su siderurgia. El déficit resultante de todas estas medidas intervencionistas —practicadas, paradójicamente, por los adalides del mercado puro y duro que recomiendan lo contrario a los países en crisis de la periferia— alcanzaría en 2002 los 160 mil millones de dólares: el 1,5% del PBI estadounidense.<sup>1</sup> Al respecto, bien observa el ex primer ministro español Felipe González: “El déficit cero es historia pasada”.<sup>2</sup>

Sin embargo, obturado el diagnóstico por sus negras anteojeras ideológicas y por el tiempo perdido, no aciertan sin embargo con los remedios, que parecen tímidos. Precisamente porque lo que viene cayendo sin cesar es el consumo, con sus consiguientes efectos de acumulación de stocks, baja de precios y ganancias, y depreciación de activos y valores accionarios. Esto es lo que impulsa la búsqueda, por parte de las dirigencias empresariales más encumbradas y ligadas al gobierno norteamericano, de recursos “non sanctos” para remontar el precipicio.

La crisis económica mundial —que ya lleva cinco años— puso también en cuestión la idea de que la llamada “globalización” refleja una era de crecimiento sostenido de la economía internacional. El derrumbe afectó justamente a los llamados

---

1 *La Nación*, Economía & Negocios, 22-6-2002, p. 4.

2 *Clarín*, 27-7-2002. Véanse también “Una década de déficit en la mayor economía del mundo”, artículo de *The Economist*, en *La Nación*, Economía & Negocios, 22-6-2002, p. 4; y “Baja bursátil por temor a una recesión global”; *idem*, 6-8-2002, p. 2.

“mercados emergentes” (los “tigres” del sudeste asiático, el Brasil, la Argentina —que aparecía como “el mejor alumno”—), cuyas elevadas tasas de crecimiento (bastante efímeras en el caso argentino) eran presentadas como modelo a seguir por el mundo “en desarrollo”. Y aun antes que aquéllos —señalando que se trata de una tendencia de larga duración—, los índices de crecimiento de los países más desarrollados experimentaron un sostenido descenso durante los últimos treinta años: los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) pasaron de un promedio de 4,1% en la década de 1950 a uno de 3,5% en el quinquenio 1975-1980, y de allí a apenas el 1,5% entre 1990 y 1996.<sup>3</sup> A la “globalización tecnológica” le sigue, como la sombra al cuerpo, la “globalización de la miseria”, y un despojado “Tercer Mundo” se ha instalado y crece en el propio interior de las grandes potencias.<sup>4</sup>

Más y más indicios se acumulan en los países desarrollados. La tasa de crecimiento de Alemania experimenta una visible caída, y lo mismo ocurre en la Unión Europea en su conjunto; la Fiat italiana se halla al borde del colapso; persiste el estancamiento de la economía japonesa; lo que se denomina “recuperación” de Rusia revela su dura realidad, tanto en la declinación de sus fuerzas armadas, como en el florecimiento de las mafias dentro y fuera del Estado.

---

3 Cf. Mario Rapoport, “La globalización económica: ideologías, realidad, historia”, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, N° 12, 1º semestre de 1997.

4 “Oculta por largo tiempo tras la imagen hinchada de la abundancia, el hambre ha reaparecido en esta ciudad [Nueva York] y se está extendiendo a causa del creciente desempleo y subempleo (...) Más de un millón de residentes neoyorkinos depende de las entregas de comida o de su asistencia a comedores vecinales para alimentarse (...) Más de 800.000 neoyorkinos de bajos ingresos reciben ayuda en la forma de cupones para comida, pero existen por lo menos otros tantos que no los tienen, aunque están en condiciones similares” (*The New York Times*, reproducido por *La Nación*, 23-8-2002).

La OCDE informó a mediados de junio pasado que la economía global había caído en el cuatrimestre anterior por primera vez en veinte años. Morgan Chase & Co. pronosticó que el crecimiento de la economía mundial para 2002 y 2003 será el más bajo en dos décadas: apenas el uno por ciento.<sup>5</sup> China es prácticamente el único país que muestra por ahora tasas medianamente altas de crecimiento, aunque las fuertes protestas de campesinos y obreros fabriles que trascienden la censura revelan las profundas desigualdades que la “reconversión” china acarrea a sus mayorías, señalando los límites de su expansión.

La perspectiva de un agravamiento de la crisis empuja los constantes cambios de alineación y reformulaciones de alianzas que caracterizan el actual escenario político y estratégico internacional, y apura la búsqueda de posiciones ventajosas por parte de las grandes potencias con vistas a un escenario estratégico sumamente “móvil”. Europa apunta a consolidar y extender los alcances de su proceso de integración. China y Rusia han dado pasos en dirección a lo que llaman una “asociación estratégica”, que incluye acuerdos económicos, diplomáticos y militares.<sup>6</sup>

Washington apela a la “huida hacia delante”: busca escapar de la crisis conquistando posiciones geopolíticas, sobre la base de su indiscutible superioridad militar, y reactivando su economía —como ha hecho recurrentemente desde el final

---

5 “El fin de la Era Dorada Global”, por Jeremy Brecher y Tim Costello, en *Znet*, 14-6-2002. El economista y profesor de Harvard, Jeffrey Sachs, se pregunta: “El reventón del ciclo expansivo [en Estados Unidos] ¿no alentará un derrumbe económico que se extenderá al resto del mundo?” (“Tormenta sobre Wall Street”, en *La Nación*, 7-8-2002, p. 17).

6 Uno de los más significativos fue la “Declaración conjunta ruso-china sobre un mundo multipolar y el establecimiento de un nuevo orden internacional”, adoptada en Moscú el 23-4-1997. El Banco Central de Rusia y el Banco del Pueblo de China acaban de acordar que a partir de 2003 las cuentas interbancarias se ajustarán en rublos y yuanes, excluyendo el dólar.

de la Segunda Guerra Mundial— con inmensas inversiones en el complejo militar-industrial. Del mismo modo se esfuerza, particularmente en los países latinoamericanos donde sus intereses se han visto fuertemente afectados como consecuencia de la crisis, por utilizar su predominio financiero y el dogal de la deuda externa para forzar la adopción de medidas que afecten o debiliten las inversiones y los grupos económicos locales asociados con intereses de otras potencias.

### **“Globalizadores” y “globalizados”. ¿Dónde vive el “poder global”?**

El fin de la Guerra Fría y del sistema bipolar de las superpotencias devino en la emergencia de una estructura mundial multicéntrica. Vuelven a evidenciarlo los múltiples tonos en que se manifiesta el repudio a una nueva guerra en la región del Oriente Medio y el Golfo Pérsico.

Los Estados Unidos constituyen hoy la única superpotencia global (económica, política, militar). Sin embargo, tras la profunda crisis de 1971 no han podido volver a detentar el grado de predominio que poseían en los años cincuenta y sesenta, y se ven precisados a recurrir cada vez más a su inquestionable superioridad militar para compensar los desafíos que en el campo económico, financiero y científico-tecnológico les plantean las potencias competidoras. El fortalecimiento de la Unión Europea se mide principalmente, hasta el momento, en términos económicos; a lo largo de la década se consolidó —junto con los Estados Unidos y el Japón— como uno de los tres grandes centros de poder económico, tecnológico y político, y dio los primeros pasos hacia su autonomía militar. Pese a su relativa debilidad, Rusia conserva un notorio peso político y sigue poseyendo armas nucleares; difícilmente pueda excluirla de cualquier negociación internacional sobre temas políticos importantes. China, tras más de dos décadas de ejecución de amplias reformas capitalistas, formula abiertamente sus aspiraciones a constituirse en un

nuevo eje de poder mundial. Todo esto en un mundo fracturado, donde el fin de la Guerra Fría dejó paso a guerras comerciales, pugnas estratégicas y otras expresiones de la competencia entre esos centros.<sup>7</sup>

A fin de cuentas, la “caída” del Muro de Berlín puede haber motivado que celebraran el “fin de la historia” quienes no advirtieron entonces –y probablemente todavía no advierten– que con la crisis de la Rusia otrora soviética incorporada ahora plenamente al mercado mundial capitalista, las campanas no doblaban sólo por la “muerte del comunismo”: más bien anunciaban los actuales y fuertes remezones económicos y políticos, que debiéramos desear no se comparen a los que siguieron a la gran depresión de los años treinta con el ascenso del nazismo y las tragedias de la Segunda Guerra Mundial. A la caída del “socialismo real” se sucede la caída del “capitalismo real”, es decir, de un capitalismo mitificado por la ideología de la globalización y del “efecto derrame” de los mecanismos de mercado.<sup>8</sup>

Al ritmo de las sacudidas de la economía internacional son puestos así en cuestión los “modelos” y creencias sobre la marcha de la humanidad hacia un mundo sin crisis, unificado sobre los principios del capitalismo liberal y armonizado por acuerdos entre los mandatarios de los países más poderosos del planeta.

Las cumbres de los “países más industrializados” partidarios de la “economía de mercado” se iniciaron en 1975, y a partir de 1976 adquirirían regularidad anual, bajo la forma de un foro (el “G7”) donde los presidentes o jefes de gobierno de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón, Italia y Canadá establecen su agenda de prioridades

---

7 Rubén Laufer: “América Latina entre Estados Unidos y Europa. Una relación triangular en el escenario ‘global’”, en *Página/12*, *La Gaceta de Económicas*, agosto, 2002.

8 Mario Rapoport, entrevista en *Página/12*, 19-8-2002, p. 14.

y preocupaciones comunes y deciden iniciativas sobre temas económicos, políticos y concernientes a la seguridad, el medio ambiente, la deuda externa y otros asuntos.

A comienzos de la década de 1990, las prioridades del G7 se concentraron en la nueva asociación con los países de la ex órbita soviética y los problemas derivados del “estallido” de la Federación Yugoslava. Desde 1994 el G7 pasó a funcionar como “G7+1” para abordar temas específicamente políticos: Rusia se incorporó formalmente al grupo en 1998. La agenda de las grandes potencias abordó los problemas de la economía mundial y del comercio internacional y las relaciones con los países “subdesarrollados”, y se amplió luego a cuestiones relativas al empleo, informática, medio ambiente, drogas, control de armas y otros. En esa agenda, los países del Tercer Mundo no son más que una referencia a los “peligros” derivados del subdesarrollo y la potencial “ingobernabilidad” del orden mundial vigente.

Las potencias congregadas en 1975 salían al cruce de una convergencia de circunstancias críticas, originadas por el colapso del sistema monetario de Bretton Woods, en 1971; la paridad nuclear con los Estados Unidos alcanzada en esos años por la Unión Soviética; la gran crisis del petróleo que siguió a la guerra de Yom Kippur, en 1973; y la consumación de la derrota norteamericana en Vietnam, con la caída de Saigón, en 1975. El G7 nació, por lo tanto, en el contexto de la declinación relativa de la hegemonía estadounidense y coincidió, también, con la primera ampliación de la Comunidad Europea, que sumó al Reino Unido, Dinamarca e Irlanda a los seis miembros originales. Así, en sus orígenes, ese foro permitió a potencias del “Segundo Mundo” conquistar un rol de mayor relevancia en los asuntos internacionales.

El G7/G8 se constituyó como un club poderoso y exclusivo, más oligárquico incluso que el grupo de miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU. Sus “cumbres” fueron un importante instrumento político para

legitimar la conducción de los asuntos internacionales conforme al enfoque y las prioridades de sus miembros: suele denominarse “consenso” a los acuerdos contraídos por ese puñado de potencias “líderes”. Su misma autodesignación como “democracias industriales” revela el interés por lograr esa legitimación, ya que supone que existe una correspondencia directa entre el grado de desarrollo tecnológico-productivo y la promoción de los valores democráticos en todo el mundo (lo que está lejos de tener fundamento histórico: basta con evocar la Alemania industrial de 1913 o de 1938...). Pero, en la medida en que las “cumbres” del G7/G8 fueron institucionalizando su funcionamiento y adoptando orientaciones atinentes al conjunto de las relaciones internacionales, reclaman en los hechos facultades propias de un “gobierno mundial”, en forma paralela e incluso por encima de las Naciones Unidas.

Su rol en el actual escenario internacional es motivo de polémica. Hay quienes piensan que el G8 es un mero instrumento de los Estados Unidos para esquivar los compromisos emanados de instituciones multilaterales como la ONU y tratar con sus socios sobre una base bilateral o incluso unilateral.

Otros consideran que la persistente declinación del poderío norteamericano durante los últimos veinticinco años acrecentó los puntos vulnerables de esa potencia en el período de la posguerra fría. Aunque la relación de fuerzas entre las grandes potencias mundiales cambió notoriamente con la “revolución conservadora” de Reagan en los años ochenta y la prolongación de la contraofensiva estratégica norteamericana bajo Bush y Clinton en los noventa, también se hicieron patentes las debilidades estadounidenses en el marco de la “globalización”. Estas flaquezas llevan a Washington a depender fuertemente de la cooperación con sus aliados para afianzar un “orden mundial”, como pudo observarse con la serie de crisis financieras y “contagios”

regionales que se sucedieron desde la crisis mexicana, de 1994, y del sudeste asiático, de 1997, hasta la crisis actual del cono sur de América Latina. En consecuencia, los Estados Unidos necesitarían hoy del G8 para asegurarse la aceptación de sus políticas mundiales y para afirmar su condición hegemónica.

Esos analistas hablan de una “nueva dependencia norteamericana”, gracias a la cual los otros miembros de “los 8” pueden presionar para modificar los objetivos y prioridades de Washington acorde con sus propios fines. Puesto que “los 8” representan más de la mitad del producto bruto mundial y detentan lo fundamental del poderío militar planetario, consideran “natural” la función de regencia que ese club ejerce, e incluso conciben que la presencia de la Unión Europea y la multiplicidad de “relaciones especiales” que sus miembros poseen con los países “del sur y del este” les da garantía de representatividad universal. Desde esta óptica, propia de potencias que aspiran a contrabalancear el poderío norteamericano, el G8 actuaría como un mecanismo “colectivo” apto para tener bajo control a los Estados Unidos, una superpotencia global pero debilitada.<sup>9</sup>

Ahora bien, es evidente que si los Estados Unidos han podido imprimir su sello a las orientaciones del G8 es porque algunos de sus principios fundamentales son compartidos por todos sus integrantes. Todos ellos, más allá de sus diversas configuraciones políticas, fueron durante los noventa firmes impulsores de las políticas neoliberales motorizadas a través de las organizaciones financieras y comerciales internacionales. En aras de esas políticas, todos pregonaron el “fin de las fronteras nacionales”. Y en nombre de la “mundialización” afirmaron la existencia de “problemas globales”

---

<sup>9</sup> John Kirton (Centre for International Studies, University of Toronto), “United States Foreign Policy and the G8 Summit”, Chuo University, Japón, 6-7-2000. Véase también “The Significance of the Seven-Power Summit”, [g8info@library.utoronto.ca](mailto:g8info@library.utoronto.ca).

que justificaban un pretendido “derecho de intervención” –e incluso el “deber de injerencia”– de las grandes potencias en los asuntos internos de otros países. Asimismo aceptaron el llamado “Consenso de Washington”, que moldeó las políticas económicas de las naciones en desarrollo.<sup>10</sup>

Por eso, el G8 puede ser efectivo como un circunstancial ámbito de acuerdos entre las potencias, pero no constituye una garantía de armonía universal. Frente al “nuevo orden mundial” basado en la hegemonía estratégica norteamericana, Rusia, China y los países europeos alzan su reclamo a favor de un mundo multipolar. Tras los atentados del 11 de septiembre todas las grandes potencias se alinearon con Estados Unidos en su “guerra contra el terrorismo”; pero en nuestros días, a medida que se aceleran los preparativos de nuevos bombardeos de Washington sobre campos y ciudades iraquíes, vuelve a evidenciarse que los gestos de apenas un año atrás eran sólo concesiones temporales y relativas: la competencia –multifacética y omnipresente– entre esas potencias sigue siendo un rasgo estructural de nuestra época.

La profunda crisis rusa forzó la aproximación de Moscú a Washington. El presidente Putin acordó la reducción de su potencial estratégico, admitió sin chistar los ensayos misilísticos estadounidenses, ingresó en la OTAN y apoyó la “lucha contra el terrorismo”. Pero en la coyuntura internacional abierta por las nuevas amenazas militares norteamericanas contra Irak, realizó un convenio comercial con Bagdad por 40 mil millones de dólares, mantiene vigente el acuerdo de intercambio nuclear con Irán y reafirma las relaciones con

---

10 Rubén Laufer y Claudio Spiguel, “Intervencionismo en el mundo ‘globalizado’: ¿ruptura o continuidad del ‘viejo orden’? Estado nacional, soberanía e intervención en el proceso histórico mundial del siglo XX”, en las III Jornadas de Historia de las Relaciones Internacionales, *Globalización e historia*, Tandil, 26, 27 y 28 de junio de 1996, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1998.

la República Popular de Corea; es decir, en un apenas disimulado desafío a Washington, ratifica e incluso amplía sus vínculos con los integrantes del llamado “eje del mal”.

En este último período, también los países europeos han ido abandonando su posición de alianza subordinada hacia los Estados Unidos, denunciando con creciente energía lo que califican de “unilateralismo” del gobierno de Bush y reivindicando su derecho a tener parte en las decisiones sobre los destinos del mundo. Recurren a los organismos internacionales como un instrumento para mantener a los dirigentes norteamericanos bajo control y cuestionan la tendencia de Washington a reclamar privilegios especiales y a no comprometer su firma en acuerdos multilaterales, como los que dieron origen al Tribunal Penal Internacional y al Protocolo Ecológico de Kyoto.<sup>11</sup> Critican la transformación de las instituciones financieras y comerciales internacionales como el FMI, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio en voceros del “fundamentalismo de mercado” que pregonan los círculos dirigentes de Washington, a los que acusan de ser “el verdadero eje del mal”.<sup>12</sup> Ello a pesar de que las propias socialdemocracias europeas acomodaron sus políticas desde los años ochenta a la “globalización” liberal, y fueron en buena medida responsables del desguace del llamado “Estado de bienestar” en sus respectivos países.

Agudas diferencias de enfoque han deteriorado la solidez de la alianza atlántica entre los Estados Unidos y Europa. La OTAN ya fue dejada de lado por Washington cuando el ataque de 1999 a Yugoslavia, y podría volver a serlo ahora.

---

11 R. C. Longworth, “El unilateralismo norteamericano ayuda a aflojar los lazos”, en el *Chicago Tribune*, 28-7-2002, p. 1.

12 Ignacio Ramonet, “El eje del mal”, en *Le Monde Diplomatique*, marzo, 2002, p. 40.

Una decisión norteamericana de invadir Irak originará seguramente un nuevo punto de divergencia. Los mismos dirigentes europeos que apoyaron la política norteamericana en Afganistán, en lo que se refiere a Irak, exigen que Washington se atenga a las decisiones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La oposición europea a la ofensiva norteamericana en el Oriente Medio aceleraría el colapso de la alianza.

Durante la Guerra Fría, y especialmente en su segunda etapa entre 1960 y 1990, Europa fue el frente de batalla en la lucha bipolar entre Estados Unidos y la Unión Soviética; por eso constituyó un objetivo crucial de la política exterior norteamericana. Pero tras el fin del bloque soviético, y especialmente con los atentados terroristas del 11 de septiembre, Washington pasó a centrar su atención en lo que sus líderes denominan “amenazas globales”. Una pronunciada divisoria de aguas separa a una Europa que reivindica el imperio de las instituciones internacionales, de unos Estados Unidos que rechazan cualquier restricción a su poder. Es difícil que acuerdos de “cumbre” de un puñado de potencias sean resorte suficiente para zanjar la brecha.

### ¿“Gobierno mundial”?

El derecho que se arrogan las grandes potencias a modelar el mundo conforme a sus propios intereses suele ser afirmado mediante la reivindicación del papel de las organizaciones internacionales. Pero, como señala Paul Kennedy, pese al rol creciente de esas instituciones —por otra parte, y contradictoriamente, cada vez más debilitadas o contestadas—, como las Naciones Unidas, la OTAN, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, el abordaje de los problemas originados por el fenómeno globalizador sigue requiriendo acuerdos entre naciones; “aun cuando la categoría y las funciones del Estado hayan resultado erosionadas por las tendencias transnacionales, no ha surgido

ningún sustituto adecuado para reemplazarlo como unidad clave a la hora de responder al cambio global".<sup>13</sup>

En verdad, aunque en la segunda mitad de los años sesenta y primera de los setenta el ascenso de los países del Tercer Mundo logró incluir algunos de sus reclamos en la agenda admitida por los "grandes" en las Asambleas Generales de la ONU, esta institución fue y sigue siendo en lo fundamental un foro de acuerdos temporales entre las grandes potencias; en los marcos del sistema internacional imperante, cada conflicto a nivel mundial supone la intervención directa de los países más poderosos. Los intereses y estrategias de éstos son la fragua en que se moldean las bases del derecho internacional, lo que se traduce en la "doble medida" que caracteriza los juicios de valor de su Consejo de Seguridad: éste jamás se ha pronunciado en favor de la realización de inspecciones —ni menos por la lisa y llana destrucción—, sino apenas por la limitación de los inmensos arsenales de armamentos nucleares, químicos y biológicos en poder de las grandes potencias, en buena medida responsables y beneficiarias del comercio internacional de armamentos tanto convencionales como "de destrucción masiva".

Sobre el trasfondo del precario equilibrio existente entre los diversos polos del poder mundial, se verifica un debilitamiento global de la gravitación política del mundo periférico. Por un lado, durante las décadas de 1970 y 1980, los efectos de la crisis económica mundial fueron descargados principalmente sobre esos países. Por el otro, las condiciones en que se desarrolló la rivalidad entre las dos superpotencias en el período bipolar fragmentaron y debilitaron las tendencias tercermundistas y nacionalistas.

Una de las manifestaciones de este fenómeno es la notoria pérdida de peso político del Movimiento de Países No

---

<sup>13</sup> Paul Kennedy, *Hacia el siglo XXI*, Barcelona, 1993, pp. 165-172.

Alineados, mientras se acrecienta correlativamente el de las grandes potencias. Para Joseph Nye, el fin de la bipolaridad hizo que el funcionamiento del poder en la política mundial se hiciera “menos coactivo”, pero la necesaria estructuración del nuevo orden deviene del papel rector de ciertas “potencias estructurantes”, como los Estados Unidos.<sup>14</sup>

Esas atribuciones autoconcedidas fueron históricamente cuestionadas por los países dependientes y subdesarrollados, y las instituciones mundiales que les sirven de escenario son entendidas como un instrumento de dominación económica en manos de las grandes potencias, en particular aquellas que utilizan la ayuda financiera para imponer políticas de apertura y ajustes estructurales favorables a los intereses de los países “centrales”.

El aporte de Joseph Stiglitz, ex vicepresidente del Banco Mundial, consiste en haber confirmado “desde adentro” los reiterados señalamientos que se han hecho sobre el papel de los organismos financieros. Para Stiglitz, las políticas aplicadas por esas instituciones desde los años ochenta han desvirtuado y revertido sus ideas e intenciones originales, reemplazando la orientación keynesiana —que señalaba las fallas del mercado y el necesario papel del Estado en la generación de empleo— por la sacralización del “libre mercado” y la imposición de políticas de austeridad fiscal, privatizaciones y liberalización de mercados, dentro de los lineamientos del llamado “Consenso de Washington” entre el FMI, el Banco Mundial y el Tesoro de los Estados Unidos sobre las orientaciones generales a impulsar en los países “subdesarrollados”.<sup>15</sup>

Stiglitz denuncia el “fundamentalismo de mercado”, el burocratismo y la falta de transparencia de las conducciones

---

14 Citado en Laufer y Spiguel, “Intervencionismo...”, *op. cit.*, p. 109.

15 Joseph Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Buenos Aires, Taurus, 2002, p. 44.

del FMI y el BM; éstas –señala– impusieron grados de austeridad que originaron recesión y ritmos de privatización que generaron desempleo. En su análisis, Stiglitz desmenuza los factores que demuestran la grave responsabilidad de la línea predominante en esas instituciones durante las dos últimas décadas en los “males” causados por el proceso de globalización, y particularmente en las crisis del sudeste asiático y de Rusia. La Argentina de los noventa es un ejemplo de ello, demostrativo de la naturaleza destructiva de tales políticas.

Pero la Argentina es también, a partir del 2001, el “laboratorio” en que se ensayan los efectos de la nueva línea dura del FMI, iniciada con el arribo de George W. Bush a la presidencia de los Estados Unidos, principal accionista de ese organismo. Tras los masivos rescates que caracterizaron la década de los noventa, el FMI reorientó ahora sus líneas de modo que los costos de potenciales *default* fueran cargados en la cuenta del propio país deudor. Y debe destacarse que, antes como ahora, el Fondo sólo corre detrás de los acontecimientos, incapaz en el corto plazo de hacer “medicina preventiva” y de tender buenos “cordones sanitarios” capaces de prevenir contagios financieros como los que aquejan a los países vecinos de la Argentina y, en el largo plazo, de pergeñar recetas distintas del mero ajuste fiscal.<sup>16</sup> Pero no debe olvidarse que las decisiones del Fondo Monetario no suelen encuadrarse en los moldes de la “economía pura” sino en los de la política mundial, y que en sus consideraciones suelen pesar decisivamente –entre otras cosas– las evaluaciones que los timoneles de la institución internacional –ligados siempre a los intereses de las “potencias estructurantes”– hacen sobre los gobiernos más que sobre los países destinatarios de los fondos.

---

16 Jorge Carrera, “El nuevo papel del FMI”, en *Clarín*, 2-9-2002.

Stiglitz señala, precisamente, que las condiciones económicas y a menudo políticas que acompañan siempre la concesión de préstamos por el FMI “convierten el préstamo en una herramienta de política”, al punto que tales condiciones han podido ser tachadas de neocolonialistas.<sup>17</sup> Políticas, por otra parte, caracterizadas por un notorio “doble rasero”: sus gestores, en nombre de la “libertad de mercado”, por un lado, se oponen a establecer controles para los capitales especulativos, dan luz verde a la existencia de paraísos fiscales y permiten o promueven el endeudamiento externo de los países pobres; pero, por el otro, exigen a las naciones deudoras rigurosas políticas de ajuste que restringen el consumo y aumentan la desocupación y la pobreza.<sup>18</sup>

Sin embargo, al proponer como solución lo que denomina una “gobernancia” mundial (*governance*), una suerte de mecanismo supranacional facultado para imponer *urbi et orbi* iniciativas regulatorias —como podrían ser el establecimiento de un banco central con jurisdicción internacional,<sup>19</sup> o restricciones a los flujos financieros transfronterizos mediante la famosa “tasa Tobin”— las buenas intenciones de algunos de estos economistas críticos, como Gilpin o Stiglitz, acabarían favoreciendo nuevas formas de intervencionismo de las metrópolis, ya que tales iniciativas no cuestionan la naturaleza de los Estados que prevalecerían en esos organismos internacionales de regulación económica y financiera.

Lo dicho puede hacerse extensivo también al Foro Económico Mundial de Davos, una institución privada con asiento en Ginebra que, desde 1971 congrega a una elite de altos

---

17 Joseph Stiglitz, *op. cit.*, p. 77.

18 Mario Rapoport, “Los rebeldes de la globalización”, en *Clarín*, 23-4-2000.

19 Cf. Robert Gilpin, *Global political economy. Understanding the international economic order*, Princeton University Press, 2001.

ejecutivos de monopolios multinacionales, políticos y dueños de medios de comunicación, y a los “*think-tanks*” del pensamiento neoliberal. Participan de él los jefes del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y de la Organización Mundial de Comercio (OMC), que comandan el actual proceso de globalización.

Reflejo del papel preponderante adquirido por las grandes multinacionales en la economía mundial, Davos es el símbolo del dogmatismo neoliberal que proclama el achicamiento del Estado y las privatizaciones, la liberalización de los mercados y del capital, la rebaja de los impuestos a los consorcios empresariales y el recorte del gasto social, es decir, las formas “salvajes” del capitalismo que se impusieron mundialmente a partir de los ochenta. Davos es un foro aristocrático y excluyente donde una elite de grandes empresarios y funcionarios de los organismos financieros internacionales busca establecer consenso sobre problemas económicos y políticos, concertar negocios importantes y acuerdos políticos y definir una “agenda global”.

En buena medida, Davos se constituyó en el “Consejo ejecutivo” que determina las líneas centrales de lo que se tratará y aprobará en las reuniones del G8. En el 2002, en forma extraordinaria y a modo de respuesta a los atentados del 11 de septiembre, el Foro Económico Mundial trasladó sus sesiones de enero a Nueva York, donde, a más de sus prioridades relativas a desarrollo “sustentable” y otros, se sumó la cuestión del “terrorismo global”.

Estos rasgos que asume el proceso de “globalización” contribuyen a alzar frente a él una creciente resistencia a nivel nacional e internacional. Los pueblos sudamericanos se han constituido de hecho en la avanzada de la lucha en defensa de la soberanía nacional y contra la apropiación y extranjerización de sus recursos naturales y de sus empresas estatales productivas y de servicios. En Bolivia, Paraguay y Perú, movimientos populares muy amplios lograron revertir las

concesiones. En la Argentina, las manifestaciones de protestas de diciembre de 2001 no sólo hicieron caer un gobierno, sino que arrojaron una luz crítica sobre la desarticulación del Estado, la extranjerización de la economía y la pauperización de vastos sectores de la población.

Paralelamente, lejos de aceptar la actual globalización como un fenómeno inevitable, grandes movilizaciones de distintos grupos contestaron las “cumbres” de los poderes económicos y políticos de la tierra, como sucedió en Seattle, Davos, Québec, Washington y Génova. Se reunieron allí un amplio abanico de fuerzas e instituciones no gubernamentales o corporativas que incluyeron a organizaciones sindicales y campesinas de diversas partes del mundo, movimientos ecuménicos, defensores del medio ambiente y de los derechos humanos, agrupamientos críticos del capital especulativo, activistas de los años sesenta y de los noventa. Reunidos bajo el reclamo de “Justicia Global”, hicieron recordar “que el fin de la Guerra Fría no significó el fin de la historia sino, probablemente, sólo el comienzo de un nuevo tipo de toma de conciencia”,<sup>20</sup> que indudablemente reclama formas originales de articulación con los movimientos nacionales contra la dominación económica y política, la desigualdad social y la pobreza.

En enero de 2001, en paralelo con la 30ª edición del Foro de Davos, tuvo lugar el nacimiento del Foro Social Mundial de Porto Alegre (que volvió a reunirse un año más tarde), organizado por entidades y movimientos sociales de distintos países. Impulsado por la búsqueda de una contestación “global” a las políticas neoliberales, el Foro de Porto Alegre propone una “globalización de la solidaridad” frente a la “globalización neoliberal”. En su seno participan delegaciones de trabajadores, campesinos, pueblos indígenas, mujeres,

---

20 Mario Rapoport, “Los rebeldes...”, *op. cit.*

estudiantes, iglesias, redes ciudadanas, autoridades locales, y ONG de América, Europa, Asia, África y Oriente Medio. El Foro Social Mundial de Buenos Aires, en agosto de 2002, constituyó una prolongación del de Porto Alegre y, a la vez, un anticipo de futuros foros alternativos.

## Conclusiones

El 11 de septiembre no constituyó el inicio de una nueva era en las relaciones internacionales como se presagiaba, ni se produjeron cambios significativos en la distribución del poder en el mundo. Como afirma Gobbi, “el terrorismo, la intervención y la más reciente globalización no constituyen peculiaridades de esta época... sino procesos casi permanentes de la vida mundial”.<sup>21</sup> Pero tampoco surgió de esos hechos un nuevo eje duradero de alianzas internacionales. Se afianzaron, sí, las tendencias hegemónicas de la superpotencia norteamericana, volcadas aun más hacia estrategias de acción unilateral basadas en su poderío militar. La misma OTAN, creación de los Estados Unidos dirigida a alinear a los países “socios” detrás de sus estrategias en el mundo de la Guerra Fría, fue en verdad dejada de lado ya durante la guerra contra Yugoslavia en 1999.

La expansión del poderío imperial norteamericano tiene un capítulo particular en América del Sur, donde una compleja y multinacional trama de intereses –vinculada tanto al narcotráfico como a la llamada “guerra contra las drogas”, y potencialmente a un nuevo escenario de la “guerra contra el terrorismo”– apenas encubre ambiciones relacionadas con los recursos energéticos y ambientales de nuestros países.<sup>22</sup>

En este contexto, el ALCA actuaría de hecho como un marco “americano” de absorción y subordinación de las

---

21 Hugo Gobbi, *Orden y desorden internacional*, Buenos Aires, GEL, 2002, p. 27.

22 Mónica Hirst, José Paradiso, Roberto Russell y Juan Tokatlián, “La agenda que nos dejó el 11/9”, en *Clarín*, 2-9-2002.

economías sudamericanas por el “Gran hermano”. Frente al proyecto de Washington se alza la conformación del Mercosur como un eje alternativo, asociado considerablemente a los consorcios de la Unión Europea radicados en la región; un eje a partir del cual se proyecta una asociación interregional de carácter *global*, ofrecida como una oportunidad para que los países de nuestra región diversifiquen sus relaciones económicas y afirmen su identidad nacional. La cristalización de cualquiera de estas vías de asociación implicaría de hecho volcar decisivamente hacia uno de los lados la “relación triangular” en la que se traduce la potente rivalidad entre las grandes potencias por el predominio en América Latina. En el contexto del extraordinario agravamiento de la vulnerabilidad externa de nuestras economías, tal “triangularidad” no hace más que acentuar esta problemática.<sup>23</sup>

Un mundo multicéntrico, en el que las diversas áreas del “poder” se presentan repartidas entre distintas potencias, no atenúa las contradicciones, ya que perdura el peligro de acrecentadas disidencias comerciales e incluso de nuevas confrontaciones bélicas derivadas de ambiciones imperialistas. Sin embargo, la división del “poder global” también crea mayores brechas a través de las cuales los pueblos y naciones pueden hacer oír sus necesidades y avanzar sus reclamos. Más que la emergencia de un supuesto “imperio global”, la experiencia de las últimas dos décadas reactualiza la vigencia de viejas formas de “imperialismo” como concepto que da cuenta del mundo actual.<sup>24</sup>

¿Qué significa hoy la “globalización” para las mayorías del mundo? Enajenación de recursos, destrucción de los

---

23 Rubén Laufer, “América Latina...”, *op. cit.*

24 Véase en este sentido la polémica desatada por el libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002; Atilio A. Borón, *Imperio e imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, Buenos Aires, Clacso, 2002.

mercados internos, despidos masivos, recortes salariales, crecimiento de la enfermedad, el hambre y la pobreza, guerra y destrucción del medio ambiente, son algunos de sus efectos, multiplicados por las políticas que, acordadas por los círculos dirigentes de los mayores poderes de la Tierra, toman cuerpo en las “recomendaciones” e imposiciones del FMI, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, a través de “Programas de Ajuste Estructural” que fuerzan a las naciones más pobres y endeudadas a practicar medidas de “austeridad” y privatizaciones catastróficas para cualquier posibilidad de desarrollo independiente y autosostenido. Mientras tanto, Europa y Estados Unidos cierran sus fronteras y levantan trabas insuperables al comercio de aquéllas.

El mundo se halla hoy en una peligrosa encrucijada. En este sentido, el verdadero drama que se plantea sobre la cuestión de Irak no es si un nuevo conflicto contará con el consenso de las potencias aliadas y el respaldo de las instituciones multilaterales donde esas potencias llevan la voz cantante, sino si será posible –y en qué condiciones– revertir la creciente fragmentación del escenario internacional, ahogar las chispas que amenazan al mundo con nuevos e impredecibles padecimientos, y alentar un tipo de universalismo fundado en el pleno ejercicio de las soberanías nacionales y en el desarrollo económico independiente de países y regiones en el marco de una distribución más equitativa de la riqueza a nivel mundial.